





OBRAS PUBLICADAS EN ESTE ESTABLECIMIENTO.

	TOMOS.	MADR.	PROV.	Precios.
<i>Historia de España</i> , por Galiano.	7	200	24	
<i>Historia de la Literatura Francesa, Inglesa é Italiana en el siglo XVIII</i> , por el mismo autor.	4	36	3	
<i>Un hombre grave</i> (novela), por Carlos Bernard.	4	10	4	
<i>Gersaut</i> , id., id.	4	10	4	
<i>¡Qué amor tan singular!</i> por de Mery.	4	10	4	
<i>La verdad de un epitafio</i> , por Gozlan.	4	10	4	
<i>Leona</i> , por Soulié.	2	10	4	
<i>Tres novios</i> , por id.	2	6	4	
<i>La Reina Margarita</i> , por Dumas.	4	20	2	
<i>Los tres Mosqueteros</i> , por id.	5	25	3	
<i>Veinte años despues</i> , por id.	8	28	3	
<i>La corte de la Reina Ana</i> , por Ainsworth.	5	47	2	
<i>Devereux</i> , por Bulwer.	6	21	27	
<i>Viaje á la Habana</i> , por la condesa de Merlin.	4	6	4	
<i>El Primo y el Relicario</i> (comedia), por don Luis de Olona.	4	4	4	

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA Y LEGIS

Van publicadas 214 entregas á dos reales entreg y DOS Y MEDIO en provincias para los suscritores leccion, y medio real de aumento fuera de suscric

EL DERECHO MODERNO.

Se publica en los mismos términos, y se ha entrega segunda del tomo octavo.

Ejemplar No

de D. Joaõ

EL C I D

el inventario de enpre

Enix de Salazar

Donativo testamentario

Ejemplar

de

5716

NON
ESSE
PRESERT
T

3079
EL CID.



ROMANCES

HISTÓRICOS.

EDICION AUMENTADA, Y ADICIONADA CON LAS
NOTAS DE DEPPING.



De
Palma:

IMPRENTA DE PEDRO J. GELABERT.

1844.



THE GREAT

UNIVERSITY OF

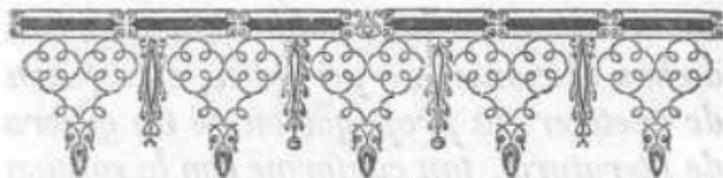
HISTORICAL

RECORDS AND DOCUMENTS
OF THE

1850

THE UNIVERSITY OF

1850



A los Españoles.

LA estimacion que han logrado entre los pueblos mas adelantados en la cultura y buen gusto los antiguos romances históricos del **CID**, alusivos á nuestros siglos heróicos, ha hecho que dentro de poco se publicasen varias ediciones de lujo á fin de que esta composicion eminentemente nacional de España tenga toda la importancia posible. Pero los gastos que precisa-

mente importan las láminas que adornan dichas ediciones, no permiten, cual fuera de apetecer, la propagacion de un género de literatura, tan conforme con la soltura y la facilidad del habla castellana como con la poesía, índole y costumbres de nuestros mayores; y esta consideracion nos ha impulsado á dar á luz nuevamente una rica y económica coleccion de los mismos, procurando en un todo el mayor esmero y cuidado en los tipos, papel, tinta y demas que contribuya á su realce, á escepcion de las láminas. De este modo las personas estudiosas con solo una décima parte del precio fijado á la que se ha anunciado últimamente, podrán proporcionarse con facilidad una obrita interesante bajo diferentes conceptos y que tan buena acogida mereció en Inglaterra y especialmente en Alemania.



4

QUIDANDO Diego Laynez
Por las menguas de su casa,
Fidalga, rica y antigua
Antes que Iñigo de Abarca:
Y viendo que le fallecen
Fuerzas para la venganza,
Y que por sus luengos años
Por sí no puede tomalla:
Y que el de Orgaz se pasea
Libre y exento en la plaza,
Sin que nadie se lo impida,
Lozano en el nombre y gala;
No puede dormir de noche,

Ni gustar de las viandas,
 Ni alzar del suelo los ojos,
 Ni osa salir de la sala,

Nin fabla con sus amigos:
 Antes les niega la fabla,
 Temiendo que les ofenda
 El aliento de su infamia.

Estando pues combatiendo
 Con estas honrosas bascas,
 Quiso hacer una experiencia,
 Que no le salió contraria.

Mandó llamar sus tres fijos:
 Y sin fablalles palabra,
 Les apretaba uno á uno
 Las fidalgas tiernas palmas.

Non para mirar en ellas
 Las quirománticas rayas;
 Que aquel hechicero abuso
 No habia nacido en España.

Y poniendo el honor fuerza,
 A pesar del tiempo y canas,
 A la fria sangre y venas,

Nervios y arterias heladas,
 Les apretó de manera,
 Que dijeron: «Señor, basta:
 ¿Qué intentas, ó que pretendes?
 Déjanos ya, que nos matas.»

Mas cuando llegó á Rodrigo,
 Casi muerta la esperanza
 Del fruto que pretendia,
 Que dó no piensa se halla;

Encarnizados los ojos,
 Cual fiera tigre de Hircania,
 Con tal semblante y denuedo,
 Que atemoriza y espanta;

Sacando atras el pié izquierdo,
 La mano diestra sacara,
 Y al viejo padre le dice,
 Que azas mirándole estaba:

«Soltedes, padre, en mal hora,
 Soltedes en hora mala,
 Que á no ser padre, no hiciera
 Satisfaccion con palabras;»

«Antes con mis propias manos

Vos sacara las entrañas,
 Haciendo lugar mi brazo
 En vez de puñal ó daga.»

Llorando el padre de gozo,
 Dice: «Hijo de mi alma,
 Tu enojo me desenoja,
 Y tu indignacion me agrada.»

«Esa fiereza asegura
 Con abonada fianza
 El desagravio á mi pecho
 En tu esfuerzo y hechos de armas.»

«Esos brios, mi Rodrigo,
 Muéstralos en la venganza
 De mi honor, que está perdido,
 Si en tí no se cobra y halla.»

Contóle su agravio, y dióle
 Su bendicion y la espada
 Con que dió la muerte al conde,
 Y principio á sus fazañas.

Pensativo estaba el Cid,
Viéndose de pocos años,
Para vengar á su padre
Matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario
Que tenia en las montañas
Mil amigos asturianos.
Miraba como en las Córtes
Del Rey de Leon Fernando
Era su voto el mejor,
Y en guerra el mejor su brazo.
Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio,
El primero que se ha hecho
A la sangre de Layn Calvo.
Al cielo pide justicia,
Y á la tierra pide campo,
Y al viejo padre licencia,

Y á la honra esfuerzo y brazo.

No cura de su niñez,
Que en naciendo, está obligado
A morir por casos de honra
El hijo del hijodalgo.

Descolgó una espada vieja
De Mudarra el castellano,
Que estaba vieja y mohosa
Con la muerte de su amo.

Y pensando que ella sola
Bastaba para descargo,
Antes que se la ciñese,
Así le dice turbado:

«Haz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes,
Porque suyo es el agravio.»

«Bien sé que te correrás
De verte asida en mi mano;
Mas no te podrás correr
De volver atras un paso.»

«Tan fuerte como tu acero

Me verás en campo armado;
 Tan bueno como el primero
 Segundo dueño has cobrado.»

«Y cuando alguno te venza,
 Del torpe fecho enojado,
 Hasta la cruz en mi pecho
 Te esconderé muy airado.»

«Vamos al campo, que es hora
 De dar al conde Lozano
 El castigo que merece
 Tan infame lengua y mano.»

Determinado va el Cid,
 Y van tan determinado,
 Que en espacio de una hora
 Mató al conde, y fué vengado.

3

» **N**ON es de sesudos homes
 Nin de infanzones de pro
 Facer denuesto á un fidalgo,
 Que es tenuto mas que vos.»

«Non los fuertes barraganes
 Del vueso ardid tan feroz
 Prueban en homes ancianos
 El su juvenil furor.»

«No son buenas fechorías
 Que los homes de Leon
 Fieran en el rostro á un viejo,
 Y en el pecho á un infanzon.»

«Cuidaras que era mi padre,
 De Layn Calvo sucesor,
 Y que non sufren á tuertos
 Los que han de buenos blason.»

«¿Mas cómo vos atrevistes
 A un home que solo Dios,
 Siendo yo su fijo, puede
 Facer aqueso, otro non?»

«La su noble faz nublastes
 Con nube de deshonor;
 Mas yo desfaré la niebla,
 Que es mi fuerza la del sol.»

«Que la sangre despercude
 Mancha que finca al honor;

Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor.»

«La vuesa, conde tirano,
Lo será, pues su fervor
Os movió á desaguisado
Privando vos de razon.»

«Mano en mi padre pusistes
Delante el rey con furor;
Cuida que lo denostastes,
Y que soy su fijo yo.»

«Mal fecho, fecistes conde,
Yo vos repto de traidor;
Y catad, si vos atiendo,
Si me causaréis pavor.»

«Diego Laynez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Probaré en vos mi fineza,
Y en vuesa falsa intencion.»

«Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para me comba tir
Traigo mi espada y troton.»

A questo al conde Lozano
 Dijo el buen Cid campeador,
 Que despues por sus fazañas
 Este nombre mereció.

Dióle la muerte, y vengóse,
 La cabeza le cortó,
 Y con ella ante su padre
 Contento se afinó.

4

DLORANDO Diego Laynez
 yace sentado á la mesa,
 vertiendo lágrimas tristes,
 y tratando de su afrenta,
 y trasportándose el viejo,
 la mente siempre inquieta,
 va de temores honrados
 levantando mil quimeras,
 cuando Rodrigo venia
 con la cortada cabeza
 del Conde, vertiendo sangre,

y asida por la melena.

Tiró á su padre del brazo,

y del sueño le recuerda,

y con el gozo que trae

le dice desta manera:

«Veis aquí la yerba mala,

para que vos comais buena,

abrid, mi padre, los ojos,

y alzad la faz, que ya es cierta

vuesa honra, y ya con vida

la resucito de muerta.

De su mancha está lavada

á pesar de su soberbia,

que hay manos que no son manos,

y esta lengua ya no es lengua.

Yo os he vengado, señor,

que está la venganza cierta

cuando la razon ayuda

á cualquier que se arma della.»

Piensa que lo sueña el viejo,

mas no es así, que non sueña,

sino que el llorar prolijo

mil caracteres le muestra,
mas al fin alzó los ojos,
que fidalgas sombras ciegan,
y conoció á su enemigo,
aunque en la mortal librea.

«Rodrigo, fijo del alma,
encubre aquesa cabeza,
no sea la de Medusa
que me trueque en dura piedra,
y sea tal mi desventura,
que antes que te lo agradezca
se me abra el corazon
con alegría tan cierta.

¡O Conde Lozano infame!
el cielo de tí me venga,
y mi razon contra tí
ha dado á Rodrigo fuerzas.
Sienta á yantar, el mi fijo,
do estoy á mi cabecera,
que quien tal cabeza trae
será en mi casa cabeza.

GRANDE rumor se levanta
De gritos, armas y voces,
En el palacio de Búrgos
Donde son los ricos homes.

Bajó el rey de su aposento,
Y con él toda la corte,
Y á las puertas del palacio
Hallan á Jimena Gomez.

Desmelenado el cabello,
Llorando á su padre el conde;
Y á Rodrigo de Vivar
Ensangrentado el estoque.

Vieron el soberbio mozo
El rostro airado que pone,
De Doña Jimena oyendo
Lo que dicen sus clamores.

«Justicia, buen rey, te pido,
Y venganza de traidores;
Así se logren tus fijos,

Y de sus fazañas goces.»

«Que aquel que no la mantiene,
De rey no merece el nombre,
Nin comer pan á manteles,
Nin que le sirvan los nobles.»

«Mira, buen rey, que desciendo
De aquellos claros varones,
Que á Pelayo defendieron
Con castellanos pendones.»

«Y cuando no fuera así,
Tu brazo ha de ser conforme,
Dando venganza á los chicos
Con rigor de los mayores.»

«Y tú, matador rabioso,
Tu espada sangrienta corte
Por esta humilde garganta
Sugeta á tu duro golpe,»

«Mátame, traidor, á mí,
No por muger me perdones,
Mira que pide justicia
Contra tí Jimena Gomez.»

«Pues mataste un caballero,

El mejor de los mejores,
 La defensa de la fé,
 Terror de los Almanzores.»

«No es mucho, rapaz villano,
 Que te afrente y te deshonne:
 La muerte, traidor, te pido,
 No me la niegues, ni estorbes.»

En esto viendo Jimena
 Que Rodrigo no responde,
 Y que tomando las riendas
 En su caballo se pone;

El rostro volviendo á todos,
 Por obligallos da voces,
 Y viendo que no le siguen,
 Dice: «Venganza, señores.»

6

CABALGA Diego Laynez
 Por al rey besar la mano,
 Consigo se los llevara
 Los trescientos hijosdalgo.

Entre ellos yva Rodrigo,
El soberbio castellano:
Todos cabalgan á mula,
Solo Rodrigo á caballo.

Todos visten oro y seda;
Rodrigo va bien armado:
Todos espadas ceñidas;
Rodrigo estoque dorado:

Todos con sendas varicas;
Rodrigo lanza en la mano:
Todos guantes olorosos;
Rodrigo guantes mallados:

Todos sombreros muy ricos;
Rodrigo casco afinado,
Y encima del casco lleva
Un bonete colorado.

Andando por su camino,
Unos con otros hablando,
Allegados son á Búrgos,
Con el rey se han encontrado.

Los que vienen con el rey
Entre sí van razonando;

Unos le dicen de quedo,
Otros le van preguntando:

«Aquí viene entre esta gente
Quien mató al conde Lozano.»
Como lo oyera Rodrigo,
En hito los ha mirado.

Con alta y soberbia voz
De esta manera ha hablado:
«Si hay alguno entre vosotros
Su pariente y adeudado,»

«Que le pese de su muerte,
Salga luego á demandarlo;
Yo se lo defenderé,
Quier á pie, quier á caballo.»

Todos responden á una:
«Que te lo demande el diablo.»
Todos se apearon juntos
Para al rey besar la mano,

Rodrigo se quedó solo
Encima de su caballo.
Entónces habló su padre;
Bien oiréis lo que ha hablado.

»Apeados vos, mi fijo,
 Besaréis al rey la mano;
 Porque él es vuestro señor,
 Vos, fijo, sois su vasallo.»

Desde Rodrigo esto oyera,
 Sintióse muy agraviado:
 Las palabras que responde
 De hombre son enojado,

»Si otro me lo tal dijera,
 Ya me lo hubiera pagado;
 Mas por mandarlo vos, padre,
 Yo lo faré de buen grado.»

Ya se apeaba Rodrigo
 Para al rey besar la mano;
 Al fincar de la rodilla
 El estoque se ha arrancado.

Espantóse de esto el rey,
 Y dijo como turbado:
 «Quítate, Rodrigo, allá,
 Quitáteme allá, diablo;
 Que tienes el gesto de home,
 Y los hechos de león bravo.»

Como Rodrigo esto oyó,
 Aprieta pide el caballo,
 Con la voz muy alterada
 Contra el rey así ha hablado:

«Por besar mano de rey
 No me tengo por honrado:
 Porque la besó mi padre,
 Me tengo por afrentado.»

En diciendo estas palabras,
 Salido se ha del palacio:
 Consigo se los tornaba
 Los trescientos hijosdalgo.

Si bien vinieron vestidos,
 Volvieron mejor armados,
 Y si vinieron con mulas,
 Todos vuelven en caballos.

REYES moros en Castilla
 Entran con mucho alarido:
 De moros son cinco reyes,

Lo demas mucho gentío.
 Pasaron por junto á Búrgos,
 A Montedoca han corrido
 Corrieron á Belforado,
 Tambien á Santo Domingo,
 A Nájera y á Logroño,
 Todo lo avian destruido.
 Llevan presa de ganados,
 Muchos cristianos captivos,
 Hombres muchos, y mugeres,
 Y tambien niñas y niños,
 Ya se vuelven á sus tierras
 Bien andantes y muy ricos;
 Porque el rey ni otro ninguno
 A quitárselo han salido.
 Rodrigo cuando lo supo
 En Vivar el su castillo,
 Mozo es de muy pocos dias,
 Los veinte años no ha cumplido,
 Cavalgó sobre Babieca,
 Y con él los sus amigos.
 Apellidara la tierra,

Mucha gente le ha venido.
 Gran salto diera en los moros,
 En Montedoca el castillo.

Venciera todos los moros,
 Y prendió á los reyes cinco,
 Quitárales la gran presa,
 Y gentes que iban captivos.

Repartiera las ganancias
 Con los que le avian seguido.
 Los reyes trujera presos
 A Vivar el su castillo.

Entrególos á su madre,
 Ella los ha recibido.
 Soltólos de la prision,
 Vasallage han conocido:

Y á Rodrigo de Vivar
 Todos lo avian bendecido:
 Loaban su valentía,
 Sus parias le han prometido.

Fuéronse para sus tierras
 Cumpliendo lo que avian dicho.

SENTADO está el señor rey
En su silla de respaldo,
De sus gentes mal regidas
Desavenencias juzgando.

Dadivoso y justiciero,
Premia al bueno, y pena al malo,
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.

Y arrastrando luengos lutos
Entraron treinta fidalgos,
Escuderos de Jimena,
Fija del conde Lozano.

Despejaron los maceros,
Suspense quedó el palacio,
Y así comenzó sus quejas
Rodillada en los estrados:

«Señor, hoy hacen dos meses
Que murió mi padre á manos
De un muchacho que las tuyas

Para matador criaron.»

«Cuatro veces he venido

A tus pies, y todas cuatro

Alcancé prometimientos,

Justicia jamás alcanzo.»

«Don Rodrigo de Vivar,

Rapaz orgulloso y bravo,

Profana tus leyes justas,

Y tú le amparas profano.»

«Tú le zelas, tú le guardas,

Y despues de puesto en salvo,

Castigas á tus merinos

Porque no pueden prendallo.»

«Si de Dios los reyes justos

La semejanza y el cargo

Representan en la tierra

Con los humildes y humanos;»

«No debiera de ser rey

Bien temido y bien amado

Quien desmaya la justicia,

Y esfuerza los desacatos.»

«Mal lo miras, mal lo sientes,

Perdona si mal te fablo,
 Que la injuria en la muger
 Trueca el respeto en agravio.»

«No haya mas, la mi Jimena,
 Responde el primer Fernando,
 Que no verán vuestras cuitas
 Entrañas de acero y mármol.»

«Si he guardado á Don Rodrigo,
 Para vueso honor le guardo,
 Tiempo vendrá que por él
 Convirtais en gozo el llanto.»

En esto llegó á Jimena
 De Doña Urraca un recado,
 Del brazo llevala el rey,
 Y á ver á la infanta entraron.

9

EN Búrgos está el buen rey
 Asentado á su yantare
 cuando la Jimena Gomez
 se le vino á querellare.

Cubierta toda de luto,
tocas de negro cendale,
las rodillas por el suelo
comenzára de fablare.
Con mancilla vivo, rey,
con ella murió mi madre,
cada dia que amanece
veo al que mató á mi padre
caballero en un caballo,
y en su mano un gavilane:
por facerme mas despecho
cébalo en mi palomare:
mátame mis palomillas
criadas y por criare,
la sangre que sale dellas
teñido me ha mi briale,
envíoselo á decire,
envíame á amenazare;
rey que non face justicia
non debiera de reinare,
nin cabalgar en caballo,
nin con la reina fablare,

nin comer pan á manteles,
 nin menos armas armare.

El rey cuando aquesto oyera
 comenzara de pensare:

si yo prendo ó mato al Cid,
 mis córtes revolveránse;

pues si lo deajo de hacer,
 Dios me lo ha de demandare:

mandarle quiero una carta,
 mandarle quiero llamare:

las palabras no son dichas,
 la carta camino vae;

mensagero que la lleva
 dado la habia á su padre:

cuando el Cid aquesto supo,
 así^o comenzó á fablare:

malas mañas habeis, conde,
 non vos las puedo quitare,

que carta que el rey vos manda
 non me la quereis mostrare.

Non era nada, mi fijo,
 si non que vades allae:

fincad vos acá, mi fijo,
 que yo iré en vuestro lugare.
 Nunca Dios lo tal quisiere
 nin Santa María su madre,
 sino que donde vos fuéredes
 tengo yo de ir adelante.

10

DELANTE el rey de Leon (1)
 Doña Jimena una tarde
 Se pone á pedir justicia
 Por la muerte de su padre,
 Para contra el Cid la pide,
 Don Rodrigo de Vivare,
 Que huérfana la dejó,
 Niña y de muy poca edade,
 «Si tengo razon ó non,
 Bien, rey, lo alcanzas y sabes;
 Que los negocios de honra
 No pueden disimularse.»
 »Cada dia que amanece

Veo al lobo de mi sangre
 Caballero en un caballo,
 Por darme mayor pesare.

«Mándale, buen rey, pues puedes,
 Que no me ronde mi calle;
 Que no se venga en mugeres
 El hombre que mucho vale.»

«Si mi padre afrentó al suyo,
 Bien ha vengado á su padre,
 Que si honras pagaron muertes,
 Para su disculpa basten.»

«Encomendada me tienes,
 No consientas que me agravien;
 Que el que á mí se me ficiere,
 A tu corona se face.»

«Callede, doña Jimena,
 Que me dades pena grande,
 Que yo daré buen remedio
 Para todos vuestros males.»

«Al Cid no le he de ofender,
 Que es hombre que mucho vale,
 Y me defiende mis reinos,

Y quiero que me los guarde;»

«Pero yo faré un partido

Con él, que no esté male,

De tomalle la palabra

Para que con vos se case.»

Contenta quedó Jimena

Con la merced que le face,

Que quien huérfana la fizo,

Aquese mismo la ampare.

11

DOMINGO por la mañana (2)

Cuando el sol claro salió

Mas alegre que otras veces

Por gozar de la ocasion,

Don Rodrigo de Vivar,

El que la palabra dió

De casarse con Jimena,

Ese dia la cumplió.

Y para ir á la iglesia

A tomar la bendicion,

Por mostrar lo que valia,
 ¡O qué galan que salió!
 Que de raso columbino
 Llevaba un rico jubon ,
 Calza colorada y justa
 Por su gusto ajustó.

Bohemio de paño negro,
 De raso la guarnicion,
 La manga larga y angosta
 Con capilla de buytron.

Jaqueta lleva de raja ,
 Y en ella mucho brahon,
 Y las faldetas tan cortas,
 Que se parece el jubon.

Lleva un cinto tachonado,
 De plata los cabos son;
 Pendiente lleva del cinto
 Un doblado mocador.

Zapatos lleva de seda
 De un amarillo color,
 Abiertos y acuchillados,
 Porque era acuchillador.

Un collar de piedras y oro
Que al muerto suegro sirvió,
La gorra lleva con plumas,
Y un labrado camison.

Y de la tizona espada,
A quien él mucho estimó,
De terciopelo morado
Los tiros y vayna son.

Todos los grandes le aguardan
Cuantos en la corte son.
Sale el Cid, y hácenle campo
Porque era Cid campeador.

El rey le lleva á su lado,
Que en hacerlo adevinó
Que de otros muy muchos reyes
Rodrigo le hará señor.

Todos le llevan en medio
En órden y procesion,
Y para ir á la iglesia
Todos se mueven á un son.

A su palacio de Búrgos, (3)
 Como buen padrino honrado.
 Llevaba el rey á yantar
 A sus nobles afijados.

Salen juntos de la Iglesia
 El Cid y Obispo Layncalvo
 Con el gentío del pueblo
 Que les iba acompañando.

Por la calle adonde van
 A costa del rey gastaron
 En un arco muy polido
 Mas de treinta y cuatro cuartos.

En las ventanas alfombras,
 Y en el suelo juncia y ramos,
 Y de trecho en trecho avia
 Mil trobas al desposado.

Salió Pelayo hecho toro
 Con un paño colorado,
 Y otros que le van siguiendo,

Y una danza de lacayos,

Tambien Antolin salió

A la gineta de un asno,

Y Pelaez con vegigas

Fuyendo de los mochachos.

Diez y seis maravedis

Mandó el rey dar á un lacayo,

Porque espantaba á las fembras

Con un vestido de diablo.

Mas atrás viene Jimena

Trabándola el rey la mano,

Con la reina su madrina,

Y con la gente de manto.

Por las rejas y ventañas

Arrojaban trigo tanto,

Que el rey llevaba en la gorra,

Como era ancha un gran puñado,

Y á la humildosa Jimena

Se le metian mil granos

Por la marquesota al cuélló,

Y el rey se los va sacando,

Envidioso dijo Suero,

Que lo oyera el rey en alto: *Y*
 «Aunque es de estimar ser rey,
 Estimara mas ser mano.» *A la gloria*

Mandóle por el requiebro *Y*
 El rey un rico penacho, *Fuendo*
 Y á Jimena le rogó *Dix y sea*
 Que en casa le dé un abrazo. *Mas*

Fablando la iba el rey, *Porque*
 Mas siempre la habla en vano; *Como*
 Que non dirá discrecion; *Mas*
 Como la que faz callando. *Tambien*

Llegó á la puerta el gentío, *Con*
 Y partiéndose á dos lados, *Y con*
 Quedóse el rey á comer, *Por las*
 Y los que eran convidados. *Arriba*

Que el rey llevaba en la gorta, *Que*
 Como era mucho gran ruido, *Como*
 Y á la humildosa Jimena. *Y*

CELEBRADAS ya las bodas, *Se le*
 A dó la Corte yacia, *Por la*
 De Rodrigo con Jimena, *Y el*
 A quien tanto bien queria; *Y*

El Cid pide al rey licencia
Para ir en romería

Al apóstol Santiago,
Porque así lo prometía.

El rey lo tuvo por bien,
Muchos dones le daría.

Rogóle viniese presto,
Que es cosa que le cumplía.

Despidióse de Jimena;
A su madre la daría,

Diciendo, que la regale,
Que en ello merced le haría.

Llevaba veinte fidalgos
Que van en su compañía;

Dando va muchas limosnas
Por Dios y Santa María.

Y allá en medio del camino
Un gafo le aparecía,

Metido en un tremedal,
Que salir dél no podía.

Grandes voces está dando;
Por amor de Dios pedía

Que le sacasen de allí,
 Pues dello se serviria;

Cuando lo oyera Rodrigo,
 Del caballo descendia;
 Ayudóle á levantar,
 Y consigo lo subia.

Lleváralo á la posada,
 Consigo cenado habia;
 Ficierónles una cámara
 En la cual ambos dormian.

Hácia allá á la media noche,
 Ya que Rodrigo dormia,
 Un soplo por las espaldas
 El gafe dado le avia.

Tan recio fué, que á los pechos
 A don Rodrigo salia;
 Despertó muy espantado,
 Al gafe buscado avia.

No lo hallaba en su cama,
 A voces lumbre pedia;
 Traido le avian lumbre,
 El gafe no parecia.

Tornado se avia á la cama,
 Gran cuidado en sí tenia
 De lo que le aconteciera;
 Mas un hombre á él se venia

Vestido de paños blancos:
 Desta manera decia:

«¿Duermes ó velas, Rodrigo?»

«No duermo,» le respondia,

«Pero dime ¿quién tú eres,
 Que tanto resplandecias?»

«San Lázaro soy, Rodrigo,

Que yo á fablarte venia.»

«Yo soy el gafo que tú

Por Dios tanto bien facias:

Rodrigo, Dios bien te quiere,

Y otorgado te tenia,»

«Que lo que tu comenzares

En lides ó en otra via,

Lo cumplirás á su honra,

Y crecerás cada dia.»

«De todos serás temido,

De cristianos, y morisma;

Y que los tus enemigos
Empecer no te podrian.»

«Morirás tu muerte honrada,
No tu persona vencida.

Tu serás el vencedor:
Dios su bendicion te envia.»

En diciendo estas palabras,
Luego desaparecia.

Levantóse Don Rodrigo,
De finojos se ponía,

Dió gracias al rey del cielo,
Tambien á Santa María.

Ansí estuvo en oracion
Hasta que fuera de dia.

Partiérase á Santiago,
Su romería cumplía.

De allí se fué á Calahorra,
A donde el buen rey yacia.

Recibiéralo muy bien;
Folgoése con su venida;

Lidió con Martin Gonzalez;
En el campo lo vencía.

QUERCADA tiene á Coymbra
 Aquese buen rey Fernando:
 Siete años duró el cerco,
 Que jamás le uvo quitado.
 Porque el lugar es muy fuerte,
 De muros bien torreado:
 No hay vianda en el real,
 Que todo lo avian gastado.
 Ya quieren alzar el cerco:
 Al rey monges han llegado
 De aquese gran monasterio
 Que nombrado era Lormano:
 Que con trabajo crescido
 Avian mucho trigo alzado,
 Hórdeo, mijo, y aun legumbres,
 Al rey todo se lo han dado.
 Rogáronle no alce el cerco,
 Que darán vianda á basto:
 El rey se lo agradeció,

Tomó lo que le fué dado.

Partiólo por sus compañas,
Vianda les ha abondado:

Quebrantaron muchos muros,
Los moros se han acuitado.

Dado se le habia al rey
La villa y todo su algo;
Solo fincan con las vidas,
Que el rey se las ha otorgado.

En tanto que dura el cerco,
Un romero avia llegado,
Que viene de allá de Grecia
Al apóstol Santiago.

Estraños avia por nombre,
Obispo es intitulado.
Faciendo estaba oracion
Ante el apóstol muy santo.

Estraños oyó decir
Que el apóstol Santiago
Entraba en las grandes lides
Armado y en un caballo
A pelear con los moros

Y en favor de los cristianos.

El obispo que lo oyó,

Muy mucho le avia pesado.

«No le digais caballero,

Pescador era llamado.»

Y con esta gran porfía

Dormido se avia quedado.

Santiago se apareció

Con llaves en la su mano,

Y con muy alegre rostro

Dijo: «Tú faces escarnio

Por llamarme caballero,

Y en ello tanto has dudado:»

«Vengo agora yo á mostrarte

Porque no dudes en vano.

Caballero soy de Cristo,

Ayudador de cristianos

Contra el poder de los moros;

De aquellos soy abogado.»

Estando en estas razones,

Traido le fué un caballo:

Blanco era y muy hermoso,

Santiago ha cabalgado,
 Guarnido de todas armas
 Frescas, blancas, relumbrando,
 A guisa de caballero,
 A ayudar va al rey Fernando,
 Que yace sobre Coymbra,
 Avia ya siete años.

«Y con estas llaves mismas
 Dijo, que llevo en mis manos,
 Abriria yo el lugar
 Mañana, el dia llegado.»

«He de dárselo yo al rey,
 Que lo ha tenido cercado.
 Y en aquesta propia hora
 Al rey se avia entregado.

Nombróse Santa María.
 La mezquita que han hallado,
 Consagrándola en su nombre;
 Y en ella se avia armado
 Caballero Don Rodrigo
 De Vivar, el afamado.

El rey le ciñó la espada,

Paz en la boca le ha dado:
 No le diera pezcozada,
 Como á otros avia dado.

Y por hacelle mas honra
 La reina le dió el caballo,
 Y doña Urraca la infanta
 Las espuelas le ha calzado.

Novecientos caballeros
 Don Rodrigo avia armado
 Mucha honra le hizo el rey,
 Y mucho fuera loado,

Porque fuera muy valiente
 En ganar lo que es contado,
 Y en otros muchos lugares,
 Que el buen rey ha conquistado.

15

AL arma, al arma sonaban
 Los pífanos y atambores.
 Guerra, fuego, sangre, dicen
 Sus espantosos clamores.

El Cid apresta su gente,
 Todos se ponen en órden,
 Cuando llorosa y humilde
 Le dice Jimena Gomez:

*Rey de mi alma, y desta tierra con
 Porque me dejas? dónde vas? adónde*

Que si eres Marte en la guerra,
 Eres Apolo en la córte,
 Donde matas bellas damas
 Como allá moros feroces.

Ante tus ojos se postran,
 Y de rodillas se ponen
 Los reyes moros, y hijas
 De reyes cristianos nobles.

Rey de mi alma, etc.

Ya truecan todas las galas
 Por lucidos morriones,
 Por arneces de Milan
 Los blandos pechos de Lóndres.

Las calzas por duras grevas,
 Por mallas guantes de flores,
 Mas nosotros trocarémos

Las almas y corazones.

Rey de mi alma, etc.

Viendo las duras querellas

De su querida consorte,

No puede sufrir el Cid

Que no la consuele y llore.

«Enjugad, señora, dice,

Los ojos hasta que torne:»

Ella mirando los suyos,

Su pena publica á voces.

Rey de mi alma, etc.

16

UA silla del buen San Pedro

Victor Papa la tenia,

Y el Emperador Enrique

Ante él se humilló, y decia:

«Ante vos, el Padre Santo,

Mi querella proponia,

Contra ese rey Fernando,

Que Castilla y Leon tenia;»

«Porque todos los cristianos
 Por señor me obedescian;
 Solo él no lo conosee,
 Ni mi tributo me envia.»

«Constreñidlo, Santo Padre,
 Que me obedezca este dia.»
 El Papa envia su mando,
 En que mandado le avia,
 Que le fuese tributario,
 So pena que enviaria
 Y daria su cruzada,
 Porque no le obedescia.

Muchos reyes que allí estaban,
 Que en concilio presidian,
 Retaban al rey Fernando,
 Si esto cumplir no queria.

El rey cuando vió las cartas,
 Gran pena recibiria;
 Porque si esto va delante,
 A sus reinos mal vendria.

A los sus honrados homes
 Su consejo les pedia:

Ellos consejan al rey,
Siga lo que le pedian,

Porque de ser obediente
Al Papa, á él convenia;
Y si no lo quiere hacer,
A sus reinos mal vendria,
Porque vendrán contra él
Reyes que le desafian.

No estuvo en este consejo
El buen Cid, que ydo avia
A ver á Jimena Gomez,
Su esposa, que bien queria,
Y avia muy poco tiempo
Que el buen Cid la conocia.

Estando hablando en esto,
Don Rodrigo entrado avia.
El rey cuando vido al Cid,
Lo que ha pasado decia:
Rogóle que le aconseje
Lo que sobre esto faria.

El Cid cuando tal oyó,
El corazon le dolia.

Fabló su razon al rey
 Desta manera decia:

«Rey Fernando, vos nacisteis
 En Castilla en fuerte dia:
 Si en vueso tiempo ha de ser
 A tributo sometida,
 Lo cual nunca fué hasta aquí,
 Gran deshonra nos seria.»

«Cuanta honra Dios vos dió,
 Si tal faceis, es perdida.
 Quien eso vos aconseja,
 Vuesa honra no queria,
 Ni de vueso señorío,
 Que á vos, rey, obedescia.»

«Enviad vueso mensage
 Al Papa, y á su valia,
 Y á todos desafiad
 De vuesa parte y la mia.»

«Pues Castilla se ganó
 Por los reyes que ende avia.
 Ninguno les ayudó
 De moros á conquerilla.»

«Mucha sangre les costó,
 La vida me costaría
 Antes que pagar tributo,
 Pues á nadie se debía.»

El rey tuvo por bien
 Lo que el buen Cid le decia,
 Al Papa envió mensage,
 Y por merced pedia
 No ayude tal sin razon
 Sobre lo que le pedian.

Y al emperador Enrique,
 Y aquellos que le seguian,
 A todos desafiaba,
 Y que á buscar los yria.

Ocho mil y novecientos
 Caballeros ya venian;
 Parte dellos son del rey,
 Y otros que el buen Cid tenia:
 Por capitan general
 A don Radrigo facian.

Pasaron los puertos de Aspe,
 Y al encuentro les salia

Remon, conde de Saboya,
 Con muy gran caballería:

Con el Cid uvo lidiado,
 La lid fué mucho ferida;
 Mas Rodrigo venció al conde
 Y en la prision lo ponía.

Soltólo con los rehenes
 De una fija que tenía:
 En ella tuvo el buen rey
 Un fijo que se decía
 Don Fernando, cardenal,
 De ese reino de Castilla.

Tambien don Rodrigo Diez
 Otra batalla vencia
 Del mayor poder de Francia
 Que al encuentro le salía,

Sin que el rey se hallase en ella,
 Que atras quedado se avia,
 Y el emperador y reyes
 Con toda la su valía,

Cuando vieron el estrago
 Que el buen Cid haciendo yva,

Por merced piden al Papa
 Que al rey Fernando le escriba
 Que á Castilla se volviese,
 Que tributo non querian,
 Que contra el poder del Cid
 Ninguno se ampararia.

El rey cuando vió el mensaje,
 A su tierra se volvia;
 Túvose por muy contento,
 Al Cid se lo agradecia.

DN Zamora está Rodrigo
 En Córtes del rey Fernando,
 Padre del rey sin ventura,
 A quien llamaron don Sancho,
 Cuando llegan mensageros
 De los reyes tributarios
 A Rodrigo de Vivar,
 Al cual dicen humillados:
 «Buen Cid, á tí nos envian

Siete reyes tus vasallos,
 A te pagar el tributo
 Que quedaron obligados.»

«Y por señal de amistad
 Te envian mas cien caballos,
 Veinte blancos como armiños,
 Y veinte rucios rodados:

«Treinta te envian morcillos,
 Y otros tantos alazanos,
 Con todos sus guarnimientos
 De diferentes brocados:»

«Y mas á doña Jimena
 Muchas joyas y tocados,
 Y á la doña Sol y Elvira
 Dos jacintos muy preciados,
 Dos cofres de muchas sedas
 Para vestir sus fidalgos.»

El Cid les dijera : «Amigos,
 El mensaje aveys errado,
 Porque yo no soy señor
 Adonde está el rey Fernando.
 Todo es suyo, nada es mio,

Yo soy su menor vasallo.»

El rey agradeció mucho

La humildad del Cid honrado,

Y dijo á los mensageros:

«Decidles á vuestros amos,

Que aunque no es rey su señor,

Con un rey está sentado:»

«Y que cuanto yo poseo,

El Cid me lo ha conquistado,

Y que estoy muy contento

De tener tan buen vasallo.»

El Cid despidió á los moros

Con dones que les ha dado,

Siendo desde allí adelante

El Cid Ruy Diez llamado;

Apellido entre los moros

De hombre de valor y estado.

EN los solares de Búrgos (4)
A su Rodrigo aguardando

Tan en cinta está Jimena
 Que cedo esparaba el parto.
 Cuando además dolorida
 Una mañana en disanto
 Bañada en lágrimas tristes
 Tomó la pluma en la mano.
 Y despues de haverle escrito
 Mil quejas á su velado,
 Bastantes á domeñar
 Unas entrañas de mármol;
 De nuevo tomó la pluma,
 Y volvió de nuevo al llanto;
 Y de esta guisa le escribe
 Al noble rey don Fernando:
 «A vos, mi señor el rey,
 El bueno, el aventurado,
 El magno, el conqueridor,
 El agradecido, el sabio,»
 «La vuestra sierva Jimena,
 Fija del conde Lozano,
 A quien vos marido disteis,
 Bien así como burlando;»

«Desde Búrgos os saluda,
 Donde vive lacerando;
 Las vuestras andanzas buenas,
 Llévevos las Dios al cabo.»

«Perdonédesme, señor,
 Que no tengo pecho falso,
 Y si mal talante os tiene,
 No puede disimularlo.»

«Yo estoy de vos querellosa,
 Y os escribo mal mi grado,
 Magüer que enemiga os tengo,
 A fuerza de mis agravios.»

«Respondedme en puridad
 Con letras de vuestra mano;
 Aunque yo al demandadero
 Le pagaré el aguinaldo.»

¿«Qué ley de Dios vos otorga,
 Que podais por tiempo tanto,
 Como ha que fincais en lides,
 Descasar á los casados?»

«¿Qué buena razon consiente,
 Que á un garzon bien doctrinado,

Falaguero y humildoso,
Le enseñeis á ser leon bravo?»

«¿Y que de noche y de dia
Le tengais atrahillado,
Sin soltarle para mí,
Sino una vez en el año?»

«Y esa vez que le soltais,
Fasta los pies del caballo
Tan bañado en sangre viene,
Que pone pavor mirarlo.»

«Y no bien mis brazos toca
Cuando se duerme en mis brazos,
Y en sueños gime y forceja,
Que cuida que está lidiando.»

«Y apenas el alba rompe,
Cuando le están acuciando
Las esculcas y adalides
Para que se vuelva al campo.»

«Lástima tiene de verle
Tan extraño y acosado
La su madre y los mis ojos
De tanto llorar cansados.»

«Y aun cuando se desposó,
 Fizo tan buen desposado,
 Que pasar no le dejastes
 Tres meses en cuatro mayos.»

«Si lo faceis por honrarle,
 Asaz Rodrigo es honrado,
 Pues no tiene barba, y tiene
 Cinco reyes por vasallos.»

«Yo finco, señor, en cinta,
 Y en nueve meses he entrado
 Y me pueden empecer
 Las lágrimas que derramó.»

«Que como otro bien no tengo,
 Y me lo avedes quitado,
 En guisa le lloro vivo,
 Cual si estuviese enterrado.»

«No permitais se malogren
 Prendas del mejor fidalgo,
 Que sigue cruces bermejas,
 Ni á rey ha besado mano.»

«Doleos, noble señor,
 De ver que acueste á mi lado,

En vez de su mancebía,
Una vieja, y suegra al cabo.»

«Que aunque me muestra cariño,
Dos celebros entranzados
Mala amistad mantienen
En un hogar y un estrado.»

«Dadle mi escrito á las llamas,
Non se faga dél palacio;
Que en malos barruntadores
No me será bien contado.»

«Y enderezadme este tuerto;
Ya sabeis lo que os demando.
Mirad que se ofende el cielo
De fecho tan mal guisado.»

19

PIDIENDO á las diez del dia (5)
Papel á su secretario,
A la carta de Jimena
Responde el rey por su mano,
Después de facer la cruz

Con cuatro puntos y un rasgo,
 Aquestas palabras fina
 A guisa de cortesano:

«A vos, Jimena la noble,
 La del marido invidiado,
 La discreta, la homildosa,
 La que cedo espera el parto.»

«El rey que nunca vos tuvo
 Talante desmesurado,
 Vos envia sus saludes
 En fé de quereros tanto.»

«Que estais de mí querellosa
 Decis en vuestro despacho,
 Y que no suelto á Rodrigo
 Sinó una vez en el año.»

«Y que cuando está con vos,
 En lugar de falagaros,
 En vuestros brazos se duerme,
 Como viene tan cansado.»

«Y á no vos tener en cinta
 Vuestro esposo el alindado,
 Creyera de su dormir

Lo que me avedes contado.»

«Mas pues vos tiene, señora,
Con el brial levantado,
No se ha dormido en el lecho,
Si espera en vos mayorazgo.»

«Que si Rodrigo estuviera
Al vuestro llavero atado,
En patrimonio mi hacienda
No hubiera sobrepujado,»

«Si con otros infanzones
Se anduviera paseando,
Vuestro San Miguel de oro
No estuviera bien parado.»

«Y si yo no hubiera puesto
Las mis huestes á su cargo,
No fuérades mas que dueña,
Ni el fuera mas que fidalgo.»

«Decisme, que soy mal rey,
Y que descaso casados,
Y que por el mi provecho
No cuido de vuestros daños.»

«Si supiérades, Señora,

Que vos quitaba el velado
 Para mis namoramientos,
 Fuera bien el lamentarlo.»

«Mas pues solo vos le quito
 Para lidiar en el campo
 Con los moros convecinos,
 No vos fago tanto agravio.»

«Decis, que vuestro Rodrigo
 Tiene reyes por vasallos;
 Ojalá como son cinco,
 Fueran cinco veces cuatro.»

«Porque teniéndolos él
 Sugetos á su mandado,
 Mis castillos y los vuestros
 No tendrán tantos contrarios.»

«Decis que entregue á las llamas
 La carta que me aveis dado;
 A contener heregias,
 Fuera digna de tal caso.»

«Mas pues razones contiene
 Dignas de los siete sabios,
 Mejor es para mi archivo,

Que no para el fuego ingrato.»

«Y porque guardéis la mia,

Y no la fagais pedazos,

Por ella á lo que parierdes

Le mando buen aguinaldo.»

«Si fuere fijo, daréle

Una espada y un caballo,

Y cien mil maravedís

Para ayuda de su gasto.»

«Si fuere fija, prometo

De poner su dote en cambio,

Desde el día en que naciere,

De plata cuarenta marcos.»

«Con esto ceso, Señora,

Mas no de estar suplicando

A la Virgen vos ayude

En los dolores del parto.»

SALIÓ á misa de parida
A San Isidro en Leon

La noble Jimena Gomez,
Muger del Cid campeador.

Para salir de contray
Sus escuderos vistió;
Que el vestido del criádo
Dice quien es el señor.

Un jubon de grana fina
La hermosa dama sacó,
Con fajas de terciopelo
Picadas de dos en dos.

De lo mismo una vasquiña
Con la misma guarnicion,
Donas que le diera el rey
El dia que se casó.

Y con los cabos de plata
Un pulido ceñidor,
Que á la condesa su madre
El conde en donas le dió.

Lleva una cofia de papos
De riquísima labor,
Que le dió la infanta Urraca
El dia que se veló.

Dos patenas lleva al cuello
 Puestas con mucho primor,
 Con San Lázaro y San Pedro,
 Santos de su devoción.

Y los cabellos que al oro
 Diminuyen su color,
 A las espaldas echados,
 De todos hecho un cordon.

Lleva un manto de contray,
 Porque las damas de honor
 Mientras mas su rostro encubren,
 Mas descubren su opinion.

Tan hermosa va Jimena,
 Que suspenso quedó el sol
 En medio de su carrera
 Por podella ver mejor.

A la entrada de la iglesia
 Al rey Fernando encontró,
 Y para metella dentro
 De la mano la tomó.

Dícele: «Noble Jimena,
 Pues es el Cid campeador

Vueso dichoso marido,
Y mi vasallo el mejor.»

«Que por estar en las lides,
Hoy de la iglesia faltó,
A falta de brazo suyo,
Yo vueso bracero soy.»

«Y á aqueste fermoso infante,
Que el cielo divino os dió,
Mando mil maravedís,
Y mi plumage el mejor.»

No le agradeció Jimena
Al rey tan alto favor,
Que le ocupó la vergüenza,
Y á sus palabras la voz.

Las manos quiso Jimena
Besar, y el rey las huyó,
Y acompañóla en la iglesia,
Y á su casa la volvió.

LA noble Jimena Gomez,
 Hija del conde Lozano,
 Con el Cid marido suyo
 Sobre mesa estaba hablando.

Triste, quejosa y corrida
 En ver que el Cid haya dado
 En despreciar su campaña,
 Por preciarse de soldado.

Sospechaba que el enojo
 Del muerto conde Lozano
 Vengaba de nuevo en ella,
 Aunque estaba bien vengado.

Y con este sentimiento
 Tiernamente suspirando,
 Con lágrimas amorosas,
 Así le dije llorando:

«Desdichada la dama cortesana,
 Que casa lo mejor que casar puede;

Y dichosa en extremo la aldeana,
 Pues no hay quien de su bien la deserede,
 Que si amanece sola á la mañana,
 No hay suceso á la tarde que la vede
 De anochecer al lado de su cuyo,
 Segura del ausencia y daño suyo.»

«No la despiertan sueños de pelea,
 Sino el sediento hijuelo por el pecho;
 Con dársele y brincarle se recrea,
 Dejándole dormido y satisfecho. (dea;
 Piensa que todo el mundo está en su al-
 Y debajo un pajizo y pobre techo,
 De dorados palacios no se cura,
 Que no consiste en oro la ventura.»

«Viene el disanto, múdase camisa.
 Y la saya de boda alegremente,
 Corales y patena por divisa
 De gozo y libertad que el alma siente;
 Vase al solaz, y en él con gozo y risa
 A la vecina encuentra, ó al pariente,
 De cuyas rudas pláticas se goza,
 Y en años de vejez la juzgan moza.»

No quiso el Cid que Jimena

Se le aqueje y duela tanto,

Y en la cruz de su tizona

(Espada que ciñe al lado)

Le jura de no volver

Mas al fronterizo campo,

Y vivir gozando della

Y de su noble condado.

DOLIENTE se siente el rey,

Ese buen rey don Fernando,

Los pies tiene hácia Oriente

Y la candela en la mano.

A su cabecera tiene

Arzobispos y perlados,

A su man derecha tiene

A sus hijos todos cuatro.

Los tres eran de la reina,

Y el uno era bastardo:

Ese que bastardo era,

Quedaba mejor librado.

Arzobispo es de Toledo,

Maestre de Santiago,

Abad era en Zaragoza,

De las Españas primado.

«Hijo, si yo no muriera,

Vos fuérades Padre Santo,

Mas con la renta que os queda,

Vos bien podreis alcanzarlo.»

Ellos estando en aquesto,

Entraba Urraca Fernando,

Y vuelta hácia su padre,

Desta manera ha hablado.

23

ACABABA el rey Fernando

De distribuir sus tierras,

Cercano para la muerte,

Que le amenaza de cerca.

Cuando por la sala, triste,

De negro luto cubierta,

La olvidada infanta Urraca
Vertiendo lágrimas entra.

Delante su padre el rey
Con debida reverencia
De hinojos ante la cama
Las manos le pide y besa,

«Entre divinas y humanas,
¿Qué ley, padre, vos enseña,
Por mejorar á los homes,
Desheredar á las fembras?»

«Que non es derecho, non,
Ni es posible que lo sea,
Pudiendo ganarlo en lides,
Deis á los homes hacienda.»

«Pues si esto, padre, es así,
¿Qué culpa me deshereda?
¿Qué desacato vos fice,
Que yo tal pena merezca?»

«A Alfonso, Sancho, y García,
Que están en vuestra presencia,
Les dais todos los averes,
Y de mí non se vos miembra.»

«Non debo ser vuestra fija ;
 Que os causara si lo fuera,
 A tener de mí membranza,
 La misma naturaleza.»

«Si legitima non soy,
 Magüer que bastarda fuera,
 De alimentar los mestizos
 Debeis de naturaleza.»

«En traje de peregrina
 Partiré, mas faced cuenta
 De lo que podré facer
 Sin varon y sin hacienda,»

«Si tierras non me dejais,
 Yo me iré á las agenas,
 Y por negar vuestro tuerto,
 Negaré ser fija vuestra.

QTENTO escucha las quejas
 De su fija Doña Urraca
 El noble rey Don Fernando,
 Desafuciado en la cama.

A sus libertades locas
 Va á responder y non habla;
 Que enmudece hasta en los reyes.
 Una muger libertada.

Mas por poder juntamente
 Reprendella y remedialla,
 Arrancó palabras, ántes
 Que se le arrancase el alma.

«Si cual lloras por hacienda,
 Por la mi muerte lloraras,
 Non cuido, querida fija,
 Que el vivir se me otorgara.»

¿«Qué lloras, loca muger,
 Por las tenencias humanas,
 Pues ves que de todas ellas
 Solo llevo hoy la mortaja?»

«Confieso que eres mi fija;
 Pero salistes liviana:
 En liviandades pensé
 Al punto que te engendrara.»

«Parióte madre honorosa,
 Pero entregáronte á una ama,

Que en las palabras demuestras
Que era la leche villana.»

«Dices que á tierras ajenas
Irás, pero no me espanta;
Que las que se van de lengua
A ser infames se vayan.»

«No envidies á tus hermanos:
¿Cómo no atiendes, cuitada,
Que con hacienda les dejo
Obligacion de guardalla?»

«Ellos con mucho están pobres,
Y tú estás rica sin nada;
Porque las nobles mugeres
Entre paredes se pasan.»

Por el restante de vida
Que me resta, rindo gracias,
Pues solo en ello consiste
El dejar tú de ser mala.»

«Non quiero dejarte pobre,
Porque lo dicho non fagas;
Porque aunque eres noble, eres
Muger y determinada.»

«Mas por si puedo atajar
 Mi descuido y tu desgracia,
 Detrás las mandas que he fecho,
 Quiero facer otra manda.»

«Por tuya deajo á Zamora,
 Bien guarnida y torreada;
 Que para tus desvaríos
 Importan fuertes murallas.»

«Homes buenos tiene dentro
 Para servirte y guardalla:
 De sus consejos te fia,
 Y de mis tesoros gasta.»

«Quien te la quitare fija,
 La mi maldicion le caya.»

«Amen, amen,» dicen todos,
 Sino es don Sancho que calla.
 Juramento tiene fecho
 Sobre la cruz de su espada,
 Antes de la media noche
 De tenérsela quitada.

EL hijo de Arias Gonzalo,
 El mancebo Pedro Arias,
 Para responder á un reto
 Velando estaba unas armas.
 Era su padre el padrino,
 La madrina doña Urraca,
 Y el obispo de Zamora
 Es el que la misa canta,
 El altar tiene compuesto,
 Y el sacristan perfumaba
 A San Jorge y San Roman,
 Y Santiago el de España.
 Estaban sobre la mesa
 Las nuevas y frescas armas,
 Dando espejos á los ojos,
 Y esfuerzo á quien las miraba.
 Salió el obispo vestido,
 Dijo la misa cantada,
 Y el arnés pieza por pieza
 Bendice, y arma á Pedrarias.

Enlázale el rico yelmo,
 Que como el sol relumbraba,
 Relevado de mil flores,
 Cubierto de plumas blancas.

Al armarle caballero,
 Sacó el padrino la espada;
 Dándole con ella un golpe,
 Le dice aquestas palabras:

«Caballero eres, mi fijo,
 Hidalgo y de noble casta,
 Criado en buenos respetos
 Desde los pechos del ama.»

«Hágate Dios tal que seas
 Como yo deseo que salgas,
 En los trabajos sufrido,
 Esforzado en las batallas.»

«Espanto de tus contrarios,
 Venturoso con la espada,
 De tus amigos y gentes
 Muro, esfuerzo y esperanza.»

«No te agrades de traidores,
 Ni les mires á la cara;

A quien de tí se fiare
No le engañes que te engañas.»

«Perdona al vencido triste,
Que no puede tomar lanza,
No des lugar que tu brazo
Rompa las medrosas armas.»

«Mas en tanto que durare
En tu contrario la saña,
No dudes el golpe fiero,
Ni perdones la estocada.»

«A Zamora te encomiendo
Contra don Diego de Lara,
Que nada siente de honra
Quien no defiende su casa.»

Y en el libro de la misa
Le tomó jura y palabra.
Pedrarias dice: «Sí, otorgo,
Por aquestas letras santas.»

El padrino le dió paz,
Y el fuerte escudo le embraza,
Y doña Urraca le ciñe
Al lado izquierdo la espada.

A concilio dentro en Roma (6)
 El Padre Santo ha llamado;
 Por obedescer al Papa
 Ese noble rey don Sancho,
 Para Roma fué derecho
 Con el Cid acompañado:
 Por sus jornadas contadas
 Dentro en Roma han apeado.
 El rey con gran cortesía
 Al Papa besó la mano,
 Y el Cid y sus caballeros
 Cada cual de grado en grado.
 En la iglesia de San Pedro
 Don Rodrigo se avia entrado,
 A dó vide siete sillas
 De siete reyes cristianos.
 Y vió la del rey de Francia
 Junto á la del Padre Santo,

Y la del rey su señor
 Un estado mas abajo.

Fuese á la del rey de Francia,
 Con el pie la ha derribado;
 La silla era de marfil
 Fecho se ha cuatro pedazos.

Tomara la de su rey
 Y subióla en lo mas alto.

Habló allí un honrado duque,
 Que dicen el Saboyano:

«Maldito seas tú, Rodrigo,
 Del Papa descomulgado,
 Porque deshonoraste un rey,
 El mejor el maspreciado.»

En oir aquesto el Cid,
 Tal respuesta le uvo dado:

«Dejemos los reyes, duque,
 Y si os sentis agraviado,

Hayámoslo los dos solos,
 De mí á vos sea demandado.»

Allegóse cabe el duque,
 Un gran rempujon le ha dado.

El duque sin responderle
Se quedó muy sosegado.

El Papa cuando lo supo
Al Cid ha descomulgado.

En saberlo luego el Cid,
Ante el Papa se ha postrado:

«Absolvedme, dijo, Papa,
Sino, seráos mal contado.»

El Papa, de piadoso,
Respondió muy mesurado:

«Yo te absuelvo, don Rodrigo,
Ye te absuelvo de buen grado,

Con que seas en mi corte
Muy cortés y mesurado.»

27

DL rey don Sancho reinaba

En Castilla su reinado,

Y en Galicia don García

Que de don Sancho es hermano.

Sobre los reinos los dos

Mucho se habian guerreado,
 Y en batalla muy sangrienta
 Ambos reyes se han hallado.

Muchos mueren de sus gentes,
 Prendió García á don Sancho,
 Diéralo á seis caballeros,
 Que lo tengan á recado:

Va en alcance de la gente
 Que traia el rey don Sancho,
 Don Sancho que se vió preso,
 Gran enojo avia cobrado.

Dijo á los que le guardaban,
 Que lo dejen ir en salvo:

Faráles grandes mercedes,
 Siempre les dará gran algo,
 Y en el reino de su rey
 Non farán desaguizado.

Respondieron todos juntos
 No farán lo que ha mandado,
 Hasta que vuelva su rey
 Y ponga en ello recado.

Estando preso el buen rey,

Alvar Fañez ha llegado.

A los que al rey tienen preso.

De esta manera ha hablado:

«Dejad á mi rey, traidores,

Que teneis aprisionado.»

Y arremetió para ellos,

Con todos ha peleado.

Derribara los dos dellos,

Los cuatro fuyen del campo.

Don Sancho quedando libre

De los que le habian guardado,

A muy grandes voces dice:

«Venid á aquí, mis vasallos,

Acordaos, mis caballeros,

Del prez que los castellanos»

«Ganastes en las batallas

Y lides do áveis estado:

No lo querais hoy perder;

Sea adelante llevado.»

Cuatrocientos caballeros

Con el rey se havian juntado.

Estando ellos todos juntos,

El buen Cid avia asomado.

Caballeros trae trecientos,
 Todos eran hijosdalgo.

Quando don Sancho lo vido,
 Muy gran placer ha cobrado.

A sus caballeros dijo:
 «Bajemos luego á lo llano,
 Que pues el Cid es venido,
 Nuestro será hoy el campo.»

Recibió bien á Rodrigo
 El famoso castellano,
 Y dijo: «En bien vengais, Cid,
 El muy bien aventurado.»

«Ningun vasallo hasta hoy
 A tal punto avia llegado,
 A servir á su señor,
 Como vos, buen Cid honrado.»

El Cid le responde al rey
 Con ánimo de esforzado:

«Bien podeis creer, señor,
 Que vos cobraréis el campo,»

«En el cual vos venceréis

A García el vuesto hermano;
 O yo por vos moriré,
 Como cualquier buen fidalgo.»

Ellos estando en aquesto,
 Don García avia llegado:
 Cantando viene y alegre,
 No sabe lo que ha pasado.

Diciendo como venció
 A su hermano el rey don Sancho,
 Y como lo tiene preso,
 Y puesto á muy buen recado.

Como se vieron los reyes,
 A la batalla han tornado
 Mas fuerte que la pasada
 Dó fué preso el rey don Sancho.

Vencido fué don García,
 Mueren muchos de su bando,
 Prendió á don García el Cid
 Con su esfuerzo tan sobrado:

Entrególo á su señor
 Con placer demasiado:
 En fuertes hierros lo meten

Por mando del rey don Sancho,
 En el Castillo de Luna
 Estuviera encarcelado.

DON Sancho reina en Castilla,
 Alfonso en Leon su hermano,
 Sobre cual habrá ambos reinos
 Muy gran lid han levantado.

Junto al rio Carrion
 Los reyes han batallado,
 De sus gentes mueren muchas,
 Don Sancho perdiera el campo.

Huyera de la batalla,
 Triste yva y muy cuytado.
 Alfonso mandó á su gente
 Que no maten los cristianos.

Gran mancilla tiene dellos,
 De su hermano se ha quejado
 Por aver sido la causa
 Del rompimiento pasado.

Rodrigo Diez de Vivar,
 Ese buen Cid castellano,
 A don Sancho su señor
 Estábalo confortando.

Díjole: «Rey y señor,
 Verdad es lo que vos fablo,
 Y es, que las gentes gallegas
 Que están con el vueso hermano»

«Agora están bien seguras
 En sus posadas folgando,
 Y non se temen de vos,
 Nin de los de vueso bando.»

«Faced volver los que fuyen,
 Ponedlos so vuesa mano,
 Y tras el alba venida,
 Con esfuerzo denodado»

«Ferid en todos muy recio,
 Leoneses y galicianos
 Y muy fuerte asombramiento
 Con ánimos esforzados.»

«Ca ellos han por costumbre
 Cuando ganan algun campo,

Alabarse de su esfuerzo,
Y escarnecer al contrario.»

«Gastarán toda la noche
En placer y en gasajado,
Y dormirán la mañana
Como homes sin cuidado.»

«Vos, buen rey, los vencereys,
Y quedareys bien vengado.»

Muy bien le pareció al rey
Lo que el Cid le ha consejado.

El rey con todas sus gentes
Firieron en los contrarios,
Unos matan, otros prenden,
Todos son desbaratados.

Prendieron al rey Alfonso
En un templo consagrado,
Cuando vieron los leoneses
Su señor aprisionado.

Pelean muy fuertemente,
Prendieron al rey don Sancho,
Y catorce caballeros
Lo llevan á buen recado,

El buen Cid cuando lo vido,
 En su alcance es ya llegado,
 Díjoles: «Vos caballeros,
 Soltad mi señor de grado.»

«Darvos he yo á don Alfonso,
 De quien érades vasallos.»
 Respondieron los leoneses
 Al buen Cid tan afamado:

«Ruy Diez, volveos en paz,
 Sino yreys aprisionado
 Con vueso señor el rey
 Que con nusco aquí llevamos.»

Gran enojo cobró el Cid
 De lo que le han hablado:
 Peleó con todos ellos,
 A su señor ha librado.

Los trece deja vencidos,
 El uno se avia escapado.
 A Búrgos llevaron preso
 A Alfonso, del rey hermano,
 Por el gran esfuerzo suyo
 De ese Cid tan afamado.

«... mucho bien hecho es avia»
 «... 29 ...»
 Y caballero en Coimbra

LEGADO es el rey don Sancho
 Sobre Zamora, esa villa:

Muchas gentes trae consigo,
 Que averla mucho queria.

Caballero en su caballo,
 Y el Cid en su compañía,
 Andábala al rededor,
 Y el rey al Cid le decia:

«Armada está sobre peña
 Tajada toda esta villa,
 Los muros tiene muy fuertes,
 Torres ha en gran demasía.»

«Duero la cercaba el pie,
 Fuerte es la maravilla;
 No bastan á la tomar
 Cuantos en el mundo avia.»

«Mi hermana, si me la diese,
 Mas que á España la querria.
 Cid, á vos crió mi padre,

Mucho bien hecho os avia.»

«Fizo os mayor de su casa,
Y caballero en Coimbra,
Quando la ganara á moros,
Quando en Cabezon moria.»

«A mí y á los mis hermanos
Encomendado os avia:
Jurámosle allí en sus manos
De hacervos merced cumplida.»

«Fizeos mayor de mi casa,
Gran tierra dado os tenia,
Que vale mas que un condado
El mayor que hay en Castilla.»

«Yo vos ruego como amigo,
Como bueno y de valía,
Que váyades á Zamora
Con la mi mensagería.»

«Y á doña Urraca mi hermana
Decid, que me dé la villa
Por gran aver ó por cambio,
Como á ella mejor seria.»

«A Medina de Rio Seco

Yo por ella le daría,
Con todo el infantonazgo

Yo también le prometía.»

«A Villalpando y su tierra,

O á Valladolid la rica,

O á Piedra que es buen castillo,

Y juramento le haría»

«Con doce de mis vasallos

De cumplir lo que decía,

Y si non lo quiere hacer,

Por fuerza lo tomaría.»

El Cid le besó las manos,

Del buen rey se despedía;

Llegado avia á Zamora

Con quince en su compañía.

POR aquel postigo viejo

Que nunca fuera cerrado,

Ví venir pendon bermejo

Con trecientos de á caballo.

En medio de los trecientos
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataúd de palo.

Y dentro del ataúd
Venía un cuerpo finado,
Fernandarias ha por nombre,
Hijo del Arias Gonzalo.

Llorábanle cien doncellas,
Todas ciento fijasdalgo,
Todas eran sus parientas
En tercero ó cuarto grado.

Las unas le dicen primo,
Otras le llaman hermano,
Las otras decían tío,
Otras lo llaman cuñado.

Sobre todas lo lloraba
Aquesa Urraca Hernando,
Y cuan bien que la consuela
Ese viejo Arias Gonzalo:

«¿Porqué llorais, mis doncellas,
Porqué haceis tan grande llanto?»

No lloreis así, señoras,
Que non es para llorallo.»

«Que si un hijo me han muerto,
Abí me quedaban cuatro,
No murió por las tabernas,
Nin á las tablas jugando,»

«Mas murió sobre Zamora,
Vuestra honra bien guardando,
Murió como caballero
Con sus armas peleando.»

DESPUES del lamento triste
De la muerte de Fernando,
Y despues de sucederle
El rey su fijo don Sancho,
En medio de mil contrastes
Ordena al Cid castellano
Con mil ofertas y ruegos
Ir al pueblo zamorano,
A rogar á doña Urraca

De parte del rey su hermano
Que á Zamora dé y entregue
A su potestad y mando.

Y partiendo el de Vivar
A hacer del rey lo mandado,
Llegando al postigo viejo,
Que está con órden guardado,
Como prohiben la entrada
Al que honra el pueblo hispano,
Intenta romper la guarda
Por cumplir el real mandado.

Y á la defensa del muro
La guarda que está guardando
Procura la resistencia,
Y al rumor del castellano

La oprimida Zamorana
Vestida de negros paños
Pone el pecho sobre el muro,
Y moviendo el rostro y manos,
Humedesciendo los ojos,
Le dice al Cid castellano.

AFUERA, afuera, Rodrigo,
El soberbio castellano,
Acordásete debiera
De aquel buen tiempo pasado»
«Que te armaron caballero
En el altar de Santiago,
Cuando el rey fué tu padrino,
Tú, Rodrigo, el ahijado;»
«Mi padre te dió las armas,
Mi madre te dió el caballo,
Yo te calcé espuelas de oro,
Porque fueses mas honrado.»
«Pensé de casar contigo;
No lo quiso mi pecado.
Casaste Jimena Gomez,
Fija del conde Lozano.»
«Con ella uviste dineros;
Conmigo fueras honrado;

«Porque si la renta es buena,
Muy mejor es el estado.»

«Si bien casaste, Rodrigo,
Muy mejor fueras casado ;
Dejaste fija de rey
Por tomar de su vasallo.»

En oyr esto Rodrigo,
Quedó dello algo turbado,
Con la turbacion que tiene
Esta respuesta le ha dado:

«Si os parece, mi señora,
Bien podemos desviallo:»
Respondióle Doña Urraca
Con rostro muy sosegado:

«No lo mande Dios del cielo
Que por mí se haga tal caso;
Que mi alma penaria,
Si yo fuese en discrepallo.»

Volvióse presto Rodrigo,
Y dijo muy angustiado:
«Afuera, afuera los mios,
«Los de á pié y los de á caballo,»

«Que de aquella torre mocha»
 Una vira me han tirado,
 Y aunque no traia fierro,
 El corazon me ha pasado:
 «Ya ningun remedio sienta»
 Sino vivir mas penado.»

ENTRADO ha el Cid en Zamora,
 En Zamora, aquesa villa,
 Llegado ha ante Doña Urraca,
 Que muy bien lo recebia.
 Dicho le havia el mensagero
 Que para ella traia;
 Doña Urraca que lo oyó
 Muchas lágrimas vertia.
 Decia: «Triste, cuitada,
 Don Sancho ¿qué nos queria?
 No cumplirá el juramento
 Que á mi padre fecho ávia.»

«Que despues qu' el fuere muerto,
 A mi hermano Don García
 Le tomó toda su tierra
 Y en prisiones lo tenia.»

«Como si fuese ladron,
 Agora en ella yacia;
 Tambien á Alfonso mi hermano
 Su reyno se lo ponía.»

«Huyóse para Toledo;
 Con moros está hoy dia.

A Toro tomó á mi hermana,
 A mi hermana Doña Elvira.»

«Tomarme quiere á Zamora,
 Gran pesar yo recebia.
 Muy bien sabe el rey Don Sancho
 Que soy muger femenina,»

«Que no lidiaré con él,
 Mas á furto ó paladina
 Yo le haré dar la muerte,
 Que muy bien lo merescia.»

Levantóse Arias Gonzalo,
 Y respondido le avia:

«Non lloredes vos, señora,
Yo por merced vos pedia:»

Que á la hora de la cuyta,
Consejo mejor seria,
Que non acuytaros tanto,
Que gran daño á vos vernia.»

«Fabad con vuestos vasallos,
Decid lo que el rey pedia;
Y sí ellos lo han por bien,
Dadle al rey luego la villa.»

«Y si no les pareciere
Facer lo que el rey pedia,
Muramos todos en ella
Como manda la hidalguía.»

La infanta tuvo por bien
Facer lo que le decia:

Sus vasallos no quisieron,
Y antes todos moririan
Cercados dentro en Zamora,
Que non dar al rey su villa.

Con esta respuesta el Cid
Al buen rey vuelto se avia.

El rey cuando aquesto oyó,
 Al buen Cid le respondia:
 «Vos aconsejastes, Cid,
 No darme lo que queria,
 Porque os criasteys dentro
 De Zamora aquesa villa.»
 «A no ser por la crianza
 Que en vos mi padre facia,
 Luego os mandara enforcár;
 Mas de hoy en noveno día
 Os mando vays de mis tierras
 Y del reyno de Castilla.»

EL Cid fué para su tierra,
 Con sus vasallos partia,
 Para Toledo dó estaba
 Alfonso cuando fuia.
 Los condes y ricos-homes
 Al rey don Sancho decian

No perdiese tal vasallo
 Y de tanta valentía,

Como es Ruy Diez el Cid,
 Ques muy grande su valia.

El rey fabló á Diego Ordoñez:
 Mandóle que al Cid le diga,

Que se venga luego á él,

Que como bueno haria,

Y que le haria mayor

De los que en su casa avia.

Ordoño fué tras del Cid,
 Su mensage le decia.

El Cid se avia aconsejado
 Con los suyos que abí tenia:

Si haria lo que el rey mandaba
 Su parecer les pedia:

Que se vuelva al rey, dijeron,
 Pues su disculpa le envia.

El Cid con ellos se vuelve,
 El rey cuando lo sabia,

Dos leguas salió á él,
 Quinientos van en su guía.

El Cid, cuando vido al rey,
 De Babieca descendia,
 Besóle luego las manos,
 Para el real se volvia,
 Y todos los castellanos
 Gran placer con él avian.

RIBERA de Duero arriba
 Cabalgan dos Zamoranos,
 Las divisas llevan verdes,
 Los caballos alazanos.
 Ricas espadas ceñidas,
 Sus cuerpos muy bien armados,
 Adargas ante sus pechos,
 Gruesas lanzas en sus manos:
 Espuelas llevan ginetas
 Y los frenos plateados.
 Como son tan bien dispuestos,
 Parescen muy bien armados,

Y por un repecho arriba
 Suben mas recios que galgos.
 Súbenselos á mirar
 Del real del rey don Sancho.

Desde á la otra parte fueron,
 Dieron vuelta á los caballos,
 Y al cabo de una gran pieza
 Soberbiamente han hablado:

«Si avia dos para dos,
 Caballeros castellanos,
 Que quisiesen facer armas
 Con otros dos zamoranos,»

«Por darles á conocer
 Non face el rey como hidalgo
 En quitar á doña Urraca
 Lo que su padre le ha dado.»

«Nin queremos ser tenidos,
 Nin queremos ser honrados,
 Nin rey de nos faga cuenta,
 Nin conde nos ponga al lado,»

«Si á los primeros encuentros
 No los hemos derribado:

Y siquiera salgan tres,

Y siquiera salgan cuatro,»

«Y siquiera salgan cinco,

Y salga siquiera el diablo;

Con tal que no salga el Cid,

Ni ese noble rey don Sancho,»

«Que lo avemos por señor,

Y el Cid nos ha por hermanos.

De los otros caballeros

Salgan los mas esforzados.»

Oydo lo avian los condes,

Los cuales eran cuñados:

«Atended, los caballeros,

Mientras estamos armados.»

Piden apriesa las armas,

Suben en buenos caballos,

Caminan para las tiendas,

Donde yace el rey don Sancho.

Piden que les dé licencia

Que ellos puedan hacer campo

Con aquellos caballeros,

Que con soberbia han hablado.

Allí hablara el buen Cid,
 Que de los buenos dechado:
 «Los dos contrarios guerreros
 No los tengo yo por malos,»
 «Porque en muchos campos de ar-
 Su valor han demostrado,
 Que en el cerco de Zamora
 Ficieron con siete campo.»
 «El mozo mató á los dos,
 Y el viejo mató á los cuatro,
 Por uno que se les fuera
 Las barbas se van mesando.»
 Enojados van los condes
 De lo que el Cid ha hablado:
 El rey desde que yrlos viera,
 Que vuelvan les ha mandado,
 Que otorgó cuanto pedian
 Mas por fuerza que de grado.
 Mientras los condes se arman,
 El padre al hijo está hablando:
 «Volved, fijo, hácia Zamora,
 A Zamora y sus andamios,

Mirad dueñas y doncellas,
Como nos están mirando.»

«Fijo, non miran á mí,
Porque yo soy viejo y cano;
Mas miran á vos, mi fijo,
Que sois mozo y esforzado.»

«Si lo faceis como bueno,
Seréis dellas muy honrado;
Si lo faceis de cobarde,
Abatido y ultrajado.»

«Afirmaos en los estribos,
Terciad la lanza en las manos,
Esa adarga ante los pechos,
Y apercebid el caballo:»

«Que al que primero acomete
Tienen por mas esforzado.»

Apenas esto uvo dicho,
Ya los condes han llegado.

El uno viene de negro,
Y el otro de colorado.

Vanse unos para otros,
Fuertes encuentros se han dado.

Con el que al mozo le cupo,
 Derribóle del caballo,
 Y el viejo al otro de encuentro
 Pasóle de claro en claro.

Y el conde desde esto viera
 Huyendo sale del campo:
 Y los dos van á Zamora
 Con victoria muy honrados.

DE Zamora sale Dolfos
 Corriendo y apresurando,
 Huyendo va de los fijos
 Del buen viejo Arias Gonzalo.

En la tienda del buen rey,
 En ella se avia amparado:
 «Manténgate Dios, el rey.
 Vellido, seas bien llegado.»

«Señor, tu vasallo soy,
 Tu vasallo y de tu bando:

Y yo por aconsejarle
A aquel viejo Arias Gonzalo»

«Que te entregase á Zamora,
Pues se te avia quitado;
Hame querido matar,
Y dél me soy escapado.»

«A tí me vengo, señor,
Por ser en el tu mandado,
Con deseo de servirte
Como cualquier fijodalgo.»

«Yo te entregaré á Zamora,
Aunque pese á Arias Gonzalo,
Que por un falso postigo,
En ella serás entrado.»

El buen Arias de leal
Al rey avia avisado
Desde el muro del adarve,
Estas palabras hablando:

«A tí lo digo, el buen rey,
Y á todos tus castellanos,
Que allá ha salido Vellido,
Vellido un traydor malvado:

Que si traycion te ficiere,
A nos no sea imputado.»

Oydo lo avia Vellido
Que al rey tiene por la mano:

«Non lo creades, señor,
Lo que contra mí ha hablado.»

«Que Don Arias lo publica
Porque el lugar no sea entrado,
Porque él sabe bien que sé
Por donde será tomado.»

Allí le hablara el rey
De Vellido confiado:

«Yo lo creo bien, Vellido
El Dolfos, mi buen criado.»

«Por tanto vámonos luego
A ver el postigo falso.»

«Vámonos luego, señor,
Id solo, no acompañado:»

«Apartadvos del real.»

El rey se avia apartado

Con voluntad de facer

Lo que á nadie es escusado.

El venablo que llevaba,
 A Vellido se lo ha dado,
 El cual desque así lo vido
 De espaldas y descuidado,
 Enhestóse en los estribos,
 Con fuerza se lo ha tirado,
 Diérale por las espaldas,
 Y á los pechos ha pasado.

Allí cayó luego el rey
 Muy mortalmente llagado:
 Viólo caer D. Rodrigo
 Que de Vivar es llamado:

Y como lo vió ferido,
 Cabalgaba en su caballo,
 Con la priesa que tenia,
 Espuelas no se ha calzado,

Huyendo yva el traydor,
 Tras él yva el castellano:
 Si apriesa avia salido,
 A muy mayor se avia entrado.

Rodrigo que ya llegaba,
 Y el Dolfos que estaba en salvo,

Maldiciones que se echaba
El nieto de Layn Calvo.

«Maldito sea el caballero,
Que como yo ha cabalgado,
Que si yo espuela trajera,
No se me fuera el malvado.»

Todos van á ver al rey,
Que mortal estaba echado,
Todos le dicen lisonjas,
Nadie verdad le ha hablado,

Sino fué el conde de Cabra,
Un buen caballero anciano:
«Soys mi rey y mi señor,
Y yo soy vuestro vasallo:

«Cumple que mireis por vos,
Que es verdad lo que vos fablo,
Que del ánima curedes,
Del cuerpo no fagais caso.

«A Dios vos encomendad;
Pues fué este dia aciago.»

«Buena ventura ayays, conde,
Que así me aveys aconsejado.»

En diciendo estas palabras,
 El alma á Dios ayia dado.
 Desta suerte murió el rey
 Por averse confiado.

Con el cuerpo que agoniza,
 Despidiéndose del alma,
 Haciendo bajas razones,
 Que tierna lástima causan;
 El mal logrado don Sancho
 A vista del cerco estaba;
 Que si lejos estuviera,
 Fuera de mas importancia.
 Muerto le deja un traydor,
 Que siempre tuvo esta fama,
 Movido de su alvedrío,
 Que á un traydor esto le basta.
 Por fiarse de su abrigo,
 Y de su alevosa traza,

Que quien de traidores fia
En tales sucesos para.

A su malograda muerte,
El famoso Cid se halla;
Que si en vida le creyera,
Un mundo no le matara.

Siente el caso desastrado
De tan notable desgracia,
Por ver que blandir no puede
Contra Zamora la lanza.

Por el juramento hecho,
Con que las manos le ata,
Que aun la razon le fuerza,
Mira á Dios y á su palabra.

Quiere acudir al remedio,
Allí el remedio le falta,
Porque aunque está allí el difunto,
Ve que está ausente la causa;

Unas veces se enternece,
Otras suspira y repara,
Otras le mira y revuelve,
Y viéndole muerto calla.

Ya fia, ya desafia,
Viendo que el hablar le falta,
Y aunque revuelto en su sangre,
Así le dice y abraza:

«Famoso rey, que ya la tierra fria
Triunfa de tu valor y brazo fuerte,
De quien el mundo todo se temia,
Procurando rendido obedecerte ;
¿De qué te aprovechó tu valentía,
Si agora con amarga y cruda muerte,
Vencido quedas en la tierra dura,
Con tan estraña y grave desventura?»

«Miraras, rey, que al fin era tu
(hermana,
La que su casa y tierra defendia,
Y la razon que el Cid, aunque liviana,
Te dijo para el fin desta porfia;
Agora quedará leda y ufana
Viendo muerto á quien tanto le ofendia,
Tendido en esta tierra fria y dura
Con tan estraña y grave desventura.»
Estas razones le dice,

Y el tierno llanto le ataja,
Y así muerto como está,
Le respeta y avasalla.

El cuerpo mete en su tumba
Para que le den mortaja,
Dando traza en el real
Para la justa venganza.

MUERTO yace el rey don Sancho,
Vellido muerto le avia:
Pasado está de un venablo,
Que gran lástima ponía.

Llorando estaba sobre él

Toda la flor de Castilla:

Don Rodrigo de Vivar

Es el que mas lo sentía.

Con lágrimas de sus ojos,

Estas palabras decía:

«Rey don Sancho, señor mio,

Aciago fuera aquel día»

«Qué tú cercastes á Zamora
Contra la voluntad mia.

Quien te lo aconsejó, rey,

A Dios, ni al mundo temia;»

«Pues te hizo quebrantar

La ley de caballería.»

Levantóse un caballero,

Y á grandes voces decia:

«Que se nombre una persona

Antes que se pase el día,

Para reñir á Zamora

Sobre tal alevosía.»

Todos dicen ser muy bien,

Mas nadie al campo salia.

Témense de Arias Gonzalo,

Y cinco hijos que tenia,

Mancebos de gran valor,

De grande esfuerzo y estima.

Mirando estaban al Cid

Por ver si lo aceptaria,

Mas el Cid que los entiende,

Desta manera decia:

«Caballeros fijosdalgo,
Ya sabeis que non podia
Armarme contra Zamora,
Que jurado lo tenia.»

«Mas yo daré un caballero,
Que combata por Castilla,
Tal que estando él en campo,
Non sintais la falta mia.»

Levantóse Diego Ordoñez,
Que á los pies del rey yacia:
La flor es de los de Lara,
Y lo mejor de Castilla.

Con voz ronca y enojosa
Desta manera decia:

«Pues que el Cid ha ya jurado
Lo que jurar no debía,
No es menester que señale
Quien la batalla prosiga.»

«Caballeros hay en ella
De tanto esfuerzo y valía,
Como el Cid, aunque muy bueno,

Y yo por tal lo tenia.»

«Mas si quereis, caballeros,

Yo lidiaré la conquista,

Aventurando mi cuerpo,

Poniendo á riesgo mi vida.»

39

DESPUES que Vellido Dolfos,

Ese traidor afamado,

Derribó con cruda muerte

Al valiente rey don Sancho:

Juntáronse en una tienda

Los mayores de su campo,

Juntóse todo el real,

Como estaba alborotado:

Don Diego Ordoñez de Lara

Grandes gritos está dando,

Y con corage encendido

Muy presto se avia armado.

Para Zamora se ha ido,

Junto al muro se ha llegado,

A grandes voces diciendo,
De esta suerte ha razonado:

«Fementidos y traydores
Sois todos los Zamoranos,
Por que dentro de esa villa
Acogisteis al malvado»

«De Vellido, ese traydor
Que mató al rey don Sancho,
Mi buen señor, y mi rey,
De que soy muy lastimado.»

«Que los que á traydor acogen,
Traydor han de ser llamados,
Y por tales yo vos repto,
Y á vuestos antepasados;»

«Y á los que están por nacer
Los pongo en el mismo grado,
Y á los panes y á las aguas
De que sois alimentados.»

«Y esto os haré conocer
Así como estoy armado,
Y lidiaré con aquellos
Que non querrán confesarlo.»

«O con los cinco uno á uno
 Como en España es usado,
 Que lidie el que aconsejó,
 Como yo avia reptado.»

Arias Gonzalo, ese viejo,
 Así le habia hablado,
 Despues que uvo entendido
 Lo que Ordoño ha razonado:

«No debiera yo nascer,
 Si es como tu has contado,
 Mas yo acepto el desafío,
 Que por tí es demandado,
 Y te haré conocer
 No ser lo que has publicado.»

A todos los de Zamora
 De esta manera ha hablado:
 «Varones de gran estima,
 Los pequeños y de estado,
 Si hay alguno de vosotros
 Que en esto se haya hallado,»

«Dígalo muy prestamente,
 De decirlo no haya empacho:

Mas quiero irme desta tierra
 En Africa desterrado,
 Que no en campo ser vencido
 Por alevoso y malvado.»

Todos dicen prestamente
 Sin alguno estar callando :
 «Mal fuego nos queme, conde,
 Si en tal muerte hemos estado:
 No hay en Zamora ninguno
 Que tal uviese mandado.»

«El traydor Vellido Dolfos
 Por sí solo lo ha acordado:
 Bien podeis vos ir seguro,
 Id con Dios, Arias Gonzalo.»

ANTE los nobles y el vulgo
 De su pueblo zamorano
 Hablando con Diego Ordoñez
 Está el viejo Arias Gonzalo.

En las palabras que dice
 Con pecho feroz y airado,
 Arias demuestra su enojo,
 Y Ordoñez su pecho hidalgo.

«Cobarde, el viejo le dice,
 Animoso con muchachos,
 Pero con hombres de barba
 Temido cual liebre al galgo.»

Dice: «Si al campo saliera,
 No viviérades ufano,
 Ni trajera por mis hijos
 Aqueste capuz cerrado.»

«Que por vos el de Vivar
 Le trajera cual le traigo,
 Siendo la menor hazaña
 Que se aplicara á mi brazo.»

«Pues bien sé que sois, Ordoñez,
 Mas arrogante que bravo,
 Y sabeis que en todo tiempo
 Obro mas que lo que hablo.»

«Y con aquesto sabeis
 Que por miedo el rey don Sancho

Estorbó que los tres condes
No entraran conmigo en campo:»

«Contando las valentías
Cuando dijo el zamorano:
Mete hierro, y saca sangre,
Y espolea ese caballo.»

«Cuando matando á los dos,
Por el que se fué volando,
Cual si yo fuera el vencido,
Quedé mi barba mesando:»

«Y tambien como los condes,
Porque fueron tan osados,
Del encuentro de mi lanza
Volaron de los caballos.»

«A cuya causa las damas
Bajaron de los andamios,
Y á competencia mi cuello
Enlazaron con sus brazos:»

«Porque dieran mil mancebos
Sus tiernos y verdes años,
Movidos solo de envidia
Por los de este viejo cano.»

«Y también haréis memoria
 De cuando con diez paganos
 Tuve solo escaramuza
 Dando de diez nueve al campo.»
 «Y con aquesta noticia,
 De cuando vencí á Albenzaydos,
 Saliendo de industria á pie,
 Y el diestro moro á caballo.»
 «Cuando le dejé la vida,
 Porque dijo á Arias Gonzalo,
 Mas vale ser tu vencido
 Que ser vencedor de un campo,
 «Y otros hechos valerosos,
 Que el mundo dice, y yo callo,
 Porque en infinito tiempo
 No hay tiempo para contallos.»
 «Porque de pavor no muera
 Aqueste estoque no arranco,
 Que está de un millon de muertes
 Boto, y de sangre esmaltado.»
 «Estas honrosas hazañas
 Por tu infamia y mi honor saco,

Las tuyas son que mataste
Un rapaz y otro muchacho.»

El cortés don Diego Ordoñez
Templóse de cortesano,
Respondiendo á voces altas
Con órgano humilde y bajo.

Y con el rostro risueño,
Un poco torcido el brazo,
De codo sobre la espada,
Y el rostro sobre la mano,

Le dice: «Aquesas proezas
Y esos hechos soberanos
El cielo y tu buena suerte
Se las concedió á tu brazo.»

«En tu causa soy testigo,
Y por serlo en razon valgo,
Y tú en las mias no vales
Por testigo apasionado.»

«Y aunque puedo referirte
Valentías y hechos raros,
Que casi imitan los tuyos,
Aunque á los tuyos no agravio;»

«Solo diré por honrarme
 Con lo que me has deshonrado,
 Que me he atrevido á venir
 Al real de mi contrario:
 Repórtate, Gonzalo Arias,
 Repórtate, Arias Gonzalo.»

El viejo que ya tenia
 El corazon desfogado,
 Conoció ayer emprendido
 Un hecho muy temerario.

Desto y del valor de Ordoñez
 Viéndose tan obligado,
 Profesando su amistad
 Le pide la amiga mano.

Dióle don Diego de Lara
 Con un semblante gallardo,
 Y tras darla el uno al otro
 Enreda y cruza los brazos.

Celebran las amistades
 Todos y el Cid castellano,
 Y con esto dió la vuelta
 A Zamora Arias Gonzalo.

DESPUES que retó á Zamora
Don Diego Ordoñez de Lara,
Vengador noble y valiente
Del rey Sancho, que Dios haya:

Su consejo tiene junto
En palacio doña Urraca,
Por su hermano dolorida,
Por su repto lastimada.

Y como es la vil envidia,
Cuando no merece, tacha
De la virtud enemiga,
Peligro de la privanza,

Murmuraban maldicientes
De Arias Gonzalo que falta,
Sospechando falsamente
Que es por mengua su tardanza;

Y á aquellos que le calumnian,
Empuñado de su espada,

Denodado les responde
 Nuño Cabeza de Vaca :

«Aquel civil que presume
 Temor, bajeza, ó fe mala,
 De Arias Gonzalo mi tío,
 Miente, miente por la barba.»

«Y el que negare el respeto
 A sus venerables canas,
 A mí que las reverencio,
 Me ponga la tal demanda.»

Estando en esto, el buen viejo
 Entró grave por la sala,
 Arrastrando grande luto,
 Haciendo sus fijos plaza.

La mano á la infanta pide,
 Mesura fizo á la infanta,
 Saludó á los homes buenos,
 Y desta suerte les habla:

«Noble infanta, leal consejo,
 Don Diego Ordoñez de Lara,
 Que para buen caballero
 Este apellido le basta,»

«En vez del Cid Don Rodrigo
 Que con vos juró alianza,
 Por la pro de su rey muerto,
 Con infame repto os carga.»

«A vuesto cabildo vengo
 Con estos cuatro en compañía,
 Ciudadanos, hijos míos,
 De Layn Calvo sangre honrada.»

«Tardéme un poco en venir,
 Que pláticas no me agradan
 Cuando los negocios piden
 Obras, valor y venganza.»

Y á una el viejo y sus hijos
 Los largos capuces rasgan,
 Quedando con armas lucias.

Lloró de nuevo la infanta,
 Los viejos graves se admiran,

Los mozos se avergonzaban,
 Porque todos daban voces,
 Y nadie quien lidie daba.

Arias Gonzalo prosigue
 Diciendo: «Recibe, Urraca,

Mis canas para consejos,
 Mis hijos para batallas.»

«Dales tus manos, señora,
 Que su juventud lozana
 Será invencible, si fuere
 De tu mano real tocada.»

«Honrar á la gente buena,
 Y á esotra comun pagarla,
 Le cumple al rey que desea
 Domeñar fuerzas contrarias.»

«Y con sangre de don Diego
 Que se quite aquella mancha,
 Que á tí y á tu pueblo repta
 Con tan insufrible infamia.»

«Y si esta sangre ques buena,
 Y se ha de vender muy cara,
 Faltare, su muerte honrosa
 Viva mantendrá su fama.»

«Yo seré el quinto y primero
 Que volveré por su causa,
 Aunque mi vejez parezca
 Mozedad noble afrentada.»

«Al campo me voy, señora,
 Non me deis por esto gracia,
 Que el buen vasallo al buen rey
 Debe hacienda, vida y fama.»

EN Toledo estaba Alfonso,
 Que non cuydaba reynar,
 Desterrábale don Sancho
 Por su reyno le tomar.

Y doña Urraca Fernando
 Mensageros va á enviar:
 Las nuevas que le traian
 A él gran placer le dan:

«Rey Alfonso, rey Alfonso,
 Que te envian á llamar:
 Castellanos y leoneses
 Por rey alzado te han»

«Por muerte del rey don Sancho
 Que Vellido fué á matar:

Solo quedaba Rodrigo
Que non lo quiere aceptar.»

Porque amaba mucho al rey,
Quiere que ayays de jurar
Que en la su muerte, señor,
Non tuviste que culpar.»

«Bien vengais, los mensageros,
Secretos querays estar,
Que si el rey moro lo sabe,
Él aquí nos detendrá.»

El conde don Peranzules
Un consejo le fué á dar,
Que caballos bien errados
Al revés avian de errar.

Descuélganse por el muro,
Sálense de la ciudad,
Fuéronse para Castilla
Dó esperándolos están.

Al rey le besan la mano
El Cid non quiere besar;
Sus parientes castellanos
Todos juntado se han.

«Herederó sois, Alfonso,
 Nadie os lo quiere negar,
 Pero si os place, señor,
 Non vos debe de pesar»

«Que nos fagais juramento,
 Cual vos lo querrán tomar,
 Vos y doce de los vuestos,
 Cuales vos queráis juntar,
 Que de la muerte del rey
 Non tenedes que culpar.»

«Pláceme, los castellanos,
 Todo os lo quiero otorgar.»
 En Santa Gadea de Búrgos
 Allí el rey se va á jurar.

Rodrigo toma la jura,
 Él la quiere razonar,
 En un cerrojo sagrado
 Le comienza á conjurar.

«Don Alfonso, y leoneses,
 Venis os á vos salvar
 Que en muerte del rey don Sancho
 Non tuviste que culpar.»

«Ni tampoco della os plugo,
 Ni á ella distes lugar:
 Mala muerte ayays, Alfonso,
 Si non dijerdes verdad.»

«Villanos sean en ella,
 Non fidalgos de solar,
 Que non sean castellanos,
 Por mas deshonra vos dar,»

«Sinon de Asturias de Oviedo,
 Que non tienen piedad.»
 Amen, amen, dijo el rey,
 Que nunca fuy en tal maldad.»

Tres veces toma la jura,
 Tantas le va á preguntar.
 El rey viéndose afincado,
 Contra el Cid se fué á ayrar.

«Mucho me afincays, Rodrigo,
 En lo que no hay que dudar.
 ¿Querrás besarme hoy la mano,
 Si agora me haceys jurar?»

«Sí, señor, dijera el Cid,
 Si suelo me ayeys de dar,

Que en las tierras de otros reyes
A hijosdalgo lo dan:»

«Cuyo vasallo yo fuere,
Tambien me lo ha de pagar,
Si vos dármelo quisierdes,
A mí en placer me verná.»

El rey por tales razones
Contra el Cid se fué á enojar;
Siempre desde allí adelante
Gran tiempo le quiso mal.

POR la muerte que le dieron (7)
En Zamora al rey don Sancho
Han jurado al rey Alfonso
Los hombres buenos y honrados,
Castellanos y leoneses
Y gallegos y asturianos.
El Cid rehusa la jura,
A quien el rey ha hablado.

«¿Decid porqué non quereis,
 Buen Cid, besarme la mano,
 Pues que lo han fecho los grandes,
 Cuantos hay en mi reinado?»

El Cid respondió: «Señor,
 Ficiéralo de buen grado,
 Sino fuera por el vulgo,
 Que gran sospecha ha tomado»

«Que por vuestra órden y mia
 A traicion murió Don Sancho:
 Y así para que se éntienda
 La verdad y lo contrario,»

«Es bien que fagais la jura
 En un altar consagrado,
 Que nunca supistes parte
 De fecho tan feo y malo.»

El rey fué contento desto,
 Y en un altar consagrado
 Ambas las dos manos puso
 Sobre un evangelio santo,

Diciendo no saber parte
 En la muerte de su hermano.

El Cid tres veces repite,
 Por lo que el rey enojado

Le dijo: «Basta que hagais
 Lo justo y no demasiado:
 Pero yo os juro y prometo
 Que presto me haga vengado.»

«Buen rey, faced vuestra guisa,
 Respondió el Cid enojado,
 Que yo tengo hecho mi oficio
 Como caballero honrado.»

FINCAD ende más sesudo,
 Don Rodrigo, con vos fablo:
 Catad que soy vuesto rey,
 Magüer que no esté jurado.»

«Que esté cerrojo de hierro
 Y esta ballesta de palo,
 Como fincan en mi jura,
 Fincan también en mi agravio.»

«Que fago testigo á Dios,
 Y á nuestro patron Santiago,
 De que no he sido traydor
 En la muerte de don Sancho.»

«Non mostreis con ser sañado,
 Ser, Rodrigo, apasionado;
 Que magüer que haya razon,
 Se ha de humillar el vasallo.»

«Si con las huestes, Rodrigo,
 Fincades sañado y bravo,
 Sed con los reyes humilde,
 Y seréis mas estimado.»

«Non eclipseis con la lengua
 Los hechos de vuestros brazos:
 Que el hablar sin ocasion
 Es de homes afeminados.»

«Bien se me miembra del tiempo
 Que como noble soldado
 Habeis servido en las lides
 A mi padre don Fernando.»

«Mas non vos ensobberbezcan
 Los triunfos que heis alcanzado;

Que es la jactancia un borron
Que borra fechos muy raros.»

«Decis, que si parte he sido
En la muerte de mi hermano,
Que me den villanos muerte:
Fablais bien, serán villanos.»

«Non fincará contra rey
Ningun vasallo fidalgo;
Que un fidalgo nunca emprende
Facer tal desaguisado.»

Esto dijo don Alfonso,
Teniendo puesta la mano
Sobre un cerrojo de hierro
Y una ballesta de palo.

45

EN santa Gadea de Búrgos (8)
Dó juran los fijosdalgo,
Allí tomara las juras
El Cid al rey castellano.

Las juras eran tan fuertes
 Que á todos ponen espanto,
 Sobre un cerrojo de hierro
 Y una ballesta de palo.

«Villanos te maten, rey,
 Villanos, que non fidalgos,
 De las Asturias de Oviedo,
 Que non sean castellanos.»

«Mátente con aguijadas,
 No con lanzas ni con dardos,
 Con cuchillos cachicuernos,
 No con puñales dorados.»

«Abarcas traigan calzadas,
 Que non zapatos de lazos,
 Capas traigan aguaderas,
 Non de contray ni frisado.»

«Con camisones de estopa,
 Non de Olanda ni labrados,
 Vayan cabalgando en burros,
 Non en mulas ni en caballos.»

«Frenos traigan de cordel,
 Non de cortos fogueados,

Mátente por las aradas,
 Non por villas ni poblados:

«Y sáquente el corazon
 Por el siniestro costado,
 Si no dijeres verdad
 De lo que te es preguntado:
 Que fuiste ni consentiste
 En la muerte de tu hermano.»

Jurado tiene el buen rey
 Que en tal caso no es culpado,
 Pero con voz alterada
 Dijo muy mal enojado:

«Muy mal me conjuras, Cid,
 Cid, muy mal me has conjurado,
 Mas hoy me tomas la jura,
 Despues besarme has la mano.»

«Por besar mano de rey
 No me tengo por honrado,
 Porque la besó mi padre
 Me tengo por afrentado.»

«Vete de mis tierras, Cid,
 Mal caballero probado,

Y no me estés mas en ellas
Desde hoy dia en un año.»

«Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo, de grado,
Por ser la primera cosa
Que mandas en tu reinado.
Tú me destierras por uno,
Yo me destierro por cuatro.»

Ya se despide el buen Cid
Sin al rey besar la mano,
Con trescientos caballeros,
Esforzados fijosdalgos.

Todos son hombres mancebos,
Ninguno hay viejo ni cano,
Todos llevan lanza en puño
Con el hierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado.

ESE buen Cid campeador
 Ya se parte de Castilla,
 Por mando del rey Alfonso
 Lleva su mensagería

A Almucanis, ese moro,
 Rey de Córdoba y Sevilla,
 Para que le dé las parias
 Que pasadas le debía.

En Sevilla estaba el Cid
 Haciendo lo que debía;
 Mudafar, rey de Granada,
 A Almucanis mal quería.

Caballeros castellanos
 Almudafar los tenía.
 Son de los mas estimados
 Que en toda Castilla avia.

Don García Ordoño el uno,
 Que conde todos decian,

Fernan Sanchez era el otro,
 Yerno del rey don García,
 Y Lope Sanchez su hermano
 Estaba en su compañía,
 Y otro caballero honrado,
 Diego Pérez se decia.

Ellos con grandes poderes
 Con Almudafar venian
 Contra Almucanis, el rey
 Que pechero es de Castilla.

El Cid cuando aquesto supo,
 Mucho pesado le avia:
 Enviara las sus cartas,
 En las cuales les decia:

Que no vengán con su gente
 Contra el reino de Sevilla,
 Que es pechero al rey Alfonso,
 Con quien gran deudo tenia.

Y si facerlo quisiesen,
 Alfonso le ayudaria
 A Almucanis su vasallo;
 Que otra cosa non podria.

Recebido han bien las cartas,
 Mas en nada las tenian.
 Entran en tierra del rey,
 Del rey moro de Sevilla:
 Quemando van y talando
 Fasta Cabra, aquesa villa.

El Cid cuando aquesto supo,
 Contra ellos se partia:
 Moros llevaba consigo,
 Cristianos los que podia.

Las huestes se habian juntado,
 El Cid mataba y heria.
 Muy reñida es la batalla,
 Durado habia casi un dia,
 Fasta que venciera el Cid,
 Y en fuida los ponía.

A caballeros cristianos
 El buen Cid muchos prendia;
 De moros no habia cuenta
 Los que cautivado avia.

Tres dias tuviera presos
 Los cristianos que vencia:

Volvióse con gran despojo
A Sevilla dó partia.

Almucanis dió las parias,
A Castilla se volvia.

Mucho plugo al rey Alfonso
De lo que el Cid hecho avia.

GRANDE saña cobró Alfonso
Contra el buen Cid castellano,
Porque le tomó la jura
De la muerte de su hermano.

Encubrió el rey la enemiga,
Aguardó á hacerse vengado.

El rey moro de Toledo,
Que Almaymon es llamado,

Del Cid se quejaba al rey
Que en su reino le avia entrado,

Hasta dentro de Toledo
Sus moros le ha cautivado.

Siete mil son los cautivos,
Sin otro mucho ganado.

Mucho al rey Alfonso pesa.
Contra el Cid estaba ayrado

Mucho mas que antes estaba.
Con el rey lo avian mezclado

Por envidia que le tienen
Los grandes de su reinado.

Escribióle el rey al Cid
Que salga de su reinado

Dentro de los nueve dias,
Que mas no le dió de plazo.

El buen Cid á sus parientes
Las cartas les ha mostrado,

Todos se quejan del rey
De haber lo tan mal mirado;

Desterrar tal caballero,
Tan valiente y esforzado,

Que muy bien le avia servido
Y á su padre y á su hermano.

Ofrécense de ir con él
A lo servir muy de grado,

Y que todos morirán
Con él juntos en el campo.

El Cid les agradecía
La palabra que le han dado.

Otro día salió el Cid
De Vivar que era su estado,

Con toda su compañía
Con ánimos esforzados.

Volvióse á sus caballeros,
Y esto les está hablando:

«Amigos, si á Dios pluguiere
Que á Castilla nos volvamos,

Digovos que tornaremos
Todos muy ricos y honrados.

DE palacio sale el Cid
Sentido de una palabra,
Que á quien palabras no siente
El sentimiento le falta.

Las manos tuerce furioso,
 Aunque no por castigarlas,
 Porque contra su cabeza
 Sus manos no se levantan.

Hechos dos Etnas los ojos
 Brotan fuego y vivas llamas,
 Porque en ellos como en lienzo
 Pinta su pasión el alma.

Erizados los cabellos,
 Revuelta la barba cana:
 Que el tiro de la deshonra
 Descompone barbas canas;

Paséase sin compás,
 Y alterada voz levanta,
 Que el corazón con decir
 Sus pesadumbres descansa.

«Mal fablastes de mí, el rey,
 Con voz muy desentonada,
 Yo palabra non vos dije,
 Ca por mí mis obras fablan.»

«Y hablara mi tizona
 Por mi honor y por su fama,

Sino que ver vos quien sois
 La enmedecé en la su vaina.»
 «Vuestra fabla, rey Alfonso,
 A mi fama non la infama,
 Ca el señor á su vasallo
 Aunque más diga, no agravia.»
 «Desterraysme de mi tierra,
 De que non me finca saña
 Ca el home bueno é fidalgo
 De tierra agena hace patria.»
 «Están muchos envidosos
 Junto á vos de mis fazañas,
 Ca de ordinario la envidia
 A la virtud acompaña.»
 «Dicen entre juglerías
 Razones desaguizadas,
 Y porque non vomitedes
 Va la píldora dorada.»
 «Mil mentiras falagüeñas
 E non verdades vos fablan;
 Ca una vegada bregaron
 La verdad y la privanza.»

«Non sentiredes mi mengua
 Fasta la primer batalla,
 Ca el bien non es conocido
 Fasta que nos hace falta.»

Esto dijo el Cid Ruy Diaz
 Cuando en Babiaca cabalga,
 Y hácia Valencia camina,
 Tierra rica, hermosa y llana.

MENTIROSOS adalides,
 Que de las vidas ajenas
 Guisais platos para el gusto
 De muchas sordas orejas;»

«Fidalgos de Villalon,
 Caballeros de Valbuena,
 Homes buenos de Villalba,
 Y cristianos de Sansueña;»

«Escuchadme si fincades
 Con memoria, que mis quejas

Son fijas de vueso agravio
Y de vuesa culpa nietas.»

«Yo soy el Cid campeador,
Que finco sobre Consuegra,
Tan humilde al rey Alfonso
Cuanto á mi doña Jimena.»

«Yo soy aquel que mis armas
Toda la semana entera
No se quitan dos vegadas
Del cuerpo que las sustenta;»

«Y el que en las batallas crudas
Con mi lanza y mi ballesta
Soy el primero de todos,
Y non me duermo en las tiendas.»

«Non fago tuerto á los mios,
Magüer facerlo pudiera,
Antes les entrego juntos
Los haberes y tenencias.»

«Peleo con la tizona,
Non ofendo con la lengua,
Por non imitar en nada
A las mal fadadas hembras.»

«Como en el suelo por falta
De las levantadas mesas,
Y por postre tengo asaltos,
Porque es fruta que me alegra.»

«Non desentierro las vidas
De home bueno ó muger buena
Nin digo si fué fidalgo,
Nin si ha pechado ó si pecha.»

«Non trato sobre comida
De facer á nadie ofensa,
Si non de si han apretado
Bien las cinchas á Babieca.»

«No me acuesto imaginando
Con mentiras quitar tierras,
Si acaso puedo, las gano,
Y si non, finco sin ellas.»

«Y en conquistando el castillo,
Fago pintar en las piedras
Las armas del rey Alfonso,
Y yo humillado á par de ellas.»

«Lloro cuando estoy á solas
La mi consorte Jimena,

Que finca cual tortolilla
Sola y triste en tierra agená:»

«Que magüer es tierra suya,
Tiene enemigos muy cerca,
Que pues lo son de su esposo,
Quién duda lo serán della.»

«Pido justicia, y mis voces
Cuido fasta el cielo llegan;
Que como son voces justas,
Non dudo que llegar puedan.»

Aquesto escribió Rodrigo
A los condes de Consuegra,
A los fidalgos y ricos
Sin honor y sin hacienda.

DON Rodrigo de Vivar
Está con doña Jimena
De su destierro tratando,
Que sin culpa le destierran.

El rey Alfonso lo manda,
Sus envidiosos se vengán,
Llórale toda Castilla,
Porque huérfana la deja.

Gran parte de sus haberes
Ha gastado el Cid en guerras:
No halla para el camino
Dinero sobre su hacienda.

A dos judíos convida,
Y sentados á su mesa,
Con amigables caricias
Mil florines les pidiera.

Díceles que por seguro
Dos cofres de plata tengan,
Y que si dentro de un año
No les paga, que la vendan,
Y cobren la logrería,
Como concertado queda.

Dióles dos cofres cerrados,
Entrambos llenos de arena;
Y confiados del Cid,
Dos mil florines le prestan.

«¡O necesidad infame,
 A cuántos honrados fuerzas
 A que por salir de tí
 Hagan mil cosas mal hechas!»

«Rey Alfonso, señor mio,
 A traydores das orejas,
 Y á los fidalgos leales
 Palacios y orejas cierras.»

«Mañana saldré de Búrgos
 A ganar en las fronteras
 Algun pequeño castillo
 Adonde mis gentes quepan.»

«Mas segun son de orgullosos
 Los que llevo en mi defensa,
 Las cuatro partes del mundo
 Tendrán por morada estrecha.»

«Estarán mis estandartes
 Tremolando en tus banderas;
 Caballeros agraviados
 Hallarán reparo en ellas.»

«Y por conservar el nombre
 De tu reino, que es mi tierra,

Los lugares que ganare
Serán Castilla la Nueva.»

Dese buen Cid campeador,
Que Dios con salud mantenga,
Haciendo está una vigilia
En san Pedro de Cardena:

Que el caballero cristiano
Con las armas de la iglesia
Debe de guarnir su pecho,
Si quiere vencer las guerras.

Doña Elvira y doña Sol
Las sus dos hijas doncellas
Acompañan á su madre
Ofreciendo rica ofrenda.

Cantada que fué la misa,
El abad y monges llegan
A bendecir el pendon,
Aquel de la cruz bermeja.

Soltó el manto de los hombros,
Y en cuerpo, con armas nuevas,
Del pendon cogió los cabos,
Y de esta suerte dijera:

«Pendon bendecido y santo,
Un castellano te lleva,
Por su rey mal desterrado,
Bien plañido por su tierra.»

«A mentiras de traidores,
Inclinando sus orejas,
Dió su faz y mis hazañas,
¡Desdichado dél y dellas!»

«Cuando los reyes se pagan
De falsías halagüeñas,
Mal parados van los suyos,
Luengo mal les viene cerca.»

«Rey Alfonso, rey Alfonso,
Esos cantos de sirena
Te adormecen por matarte.
¡Ay de tí, si no recuerdas!»

«Tu Castilla me vedaste,
Por estar holgado en ella:

Que soy espanto de ingratos,
Y conmigo no cupieras.»

«Plegue á Dios que no se caygan
Sin mi brazo tus almenas:
Tú consientes me baldonen;
Sin sentir me lloran ellas.»

«Con todo, con mi lealtad
Te prometó las tenencias
Que en las fronteras ganaren
Mis lanzas y mis ballestas.»

«Que venganza de vasallo
Contra el rey traycion semeja,
Y el sufrir los tuertos suyos
Es señal de sangre buena.»

Esta jura dijo el Cid.
Y luego á doña Jimena
Y á sus dos hijas abraza,
Mudas de llanto las deja.

Humillándose, el abad
Larga bendicion le diera,
Y á las fronteras camina
Al galope de Babieca.

POR mando del rey Alfonso
El buen Cid es desterrado:
Caballeros van con él,
Trecientos son hijosdalgo.

Ganó el buen Cid á Alcoer,
Ese castillo nombrado:
Los moros en él lo cercan
Con todos sus allegados:
No salen á la batalla
Por ser muchos los paganos.

Aquese buen Alvar Fañez,
Que de Minaya es llamado,
A las campañas del Cid
Ansí les está hablando:

«Amigos, salidos somos
De Leon, ese reinado,
Dó tenemos nuevas tierras,
Y hasta aquí somos llegados.»

«Menester es el esfuerzo,
De que sois tan abastados;
Que á no lidiar con los moros,
Comemos pan mal ganado.»

«Contra ellos salgamos luego,
Firámoslos denodados,
Que así ganaron la honra
Los nuestos antepasados.»

El Cid le dijo: «Minaya,
Vos fablais como esforzado,
Y como buen caballero,
Que lo sois y muy honrado.»

«Mostrais bien que descendéis
De buen linage estimado,
Y que no perdieron honra,
Antes siempre la han ganado;»

«Y no temieron la muerte,
Ni sufrir cualquier quebranto,
Por que ella fuese adelante,
De quien vos tomáis dechado.»

Y luego á Pedro Bermudez
La su seña le habia dado.

Díjole: «Pedro Bermudez,
 Sois muy bueno y esforzado;
 «Por esto vos doy mi seña,
 Como á noble fijodalgo.
 No aguijeis con ella mucho
 Hasta ver el mi mandado.»

Respondió Pedro Bermudez:
 «Yo os juro, buen Cid honrado,
 Por Dios trino verdadero
 Y el apóstol Santiago,»
 «De la poner hoy en parte
 Dó jamás oviera entrado,
 Y que ella gane gran honra,
 O moriré como hidalgo.»

Y con muy crecido esfuerzo
 Dió de espuelas al caballo,
 Hirió por medio los moros,
 Por medio dellos fué en salvo.
 El Cid también los siguió:
 El campo les ha ganado.

YA que acabó la vigilia (9)
 Aquel noble Cid honrado,
 Y dejó á doña Jimena
 Y sus dos hijas llorando;
 A la vista de San Pedro,
 En un espacioso llano.
 Dijo con grave denuedo
 A los que le están mirando:
 «Quinientos hidalgos sois
 Los que me ys acompañando,
 A quien no diré lo mucho
 Que os obliga el ser hidalgos:»
 «Pero pues que me destierra
 El rey por injustos casos,
 Haced cuenta mis amigos,
 Que todos vais desterrados;
 Y que han de guardar mi honra
 Vuestro valor y mis brazos.»

«Aunque el rey ha sido injusto,
 No lo han de ser sus vasallos,
 Antes derramar la sangre
 Por vencer á los contrarios.»

Todos responden: «Buen Cid,
 Vuestro hablar es escusado,
 Pues basta que nos mandeis,
 Para quedar obligados.»

Por tierra de moros entran
 Muchas batallas ganando,
 Rindiendo muchos castillos,
 Y reyes atributando.

Tanto pudo el gran valor
 De aquel noble Cid honrado,
 Que en poco tiempo conquista
 Hasta Valencia llegando,

Donde encontró gran tesoro,
 Y dello un presente ha enviado
 Al ingrato don Alfonso,
 De cien hermosos caballos,
 Todos con ricos jaeces
 De diferentes bordados,

Y cien moros que los llevan
De las riendas, sus esclavos,
Y cien llaves de las villas
Y castillos que ha ganado:

Y tambien al rey envia
Cuatro reyes sus vasallos.

Aqueste presente lleva
Ordoño su gran privado;

El cual dice al rey Alfonso:

«El Cid tu leal vasallo

Este presente te envia,

Aunque aun está desterrado.»

El rey lo agradece mucho,

Y dice: «El destierro alzo

Al Cid porque lo merece

Su noble y fidalgo trato.»

Ordoño se alzó de tierra,

Y besando al rey la mano,

Vuelto á los que le miraban,

Dijo un poco alborotado:

«Así se sirven los reyes,

No en palacio murmurando

De quien, si decirlo puedo,
Es de Castilla el amparo;»

«Y de quien con solo el nombre
Tiembla el sarracino campo:
Y he vos dicho estas razones
Porque fuy del Cid mandado.»

A los judíos pagó
Lo que quedó concertado
Principal y logrería,
Sin que les falte un cornado.

Y abrió los cofres Ordoño
Diciendo: «No aveis fiado
Vuestro dinero por prendas,
Mas solo del Cid honrado,»

«Que dentro de aquestos cofres
Os dejó depositado
El oro de su verdad,
Que es tesoro nopreciado.»

VICTORIOSO vuelve el Cid
A San Pedro de Cardena
De las guerras que ha tenido
Con los moros de Valencia.

Las trompetas van sonando
Por dar aviso que llega,
Y entre todos se señalan
Los relinchos de Babiaca.

El abad y monges salen
A recibirlo á la puerta,
Dando alabanzas á Dios,
Y al Cid mil enhorabuenas.

Apeóse del caballo,
Y antes de entrar en la iglesia
Tomó el pendon en sus manos,
Y dijo de esta manera:

«Salí de tí, templo santo,
Desterrado de mi tierra;

Mas ya vuelvo á visitarte
Acogido en las agenas.»

«Desterróme el rey Alfonso,
Porque allá en Santa Gadea
Le tomara el juramento
Con mas rigor que él quisiera.»

«Las leyes eran del pueblo,
Que no escedí un punto dellas,
Pues como leal vasallo
Saqué á mi rey de sospecha.»

«¡O envidiosos castellanos,
Cuán mal pagais la defensa
Que tuvisteis en mi espada,
Ensanchando vuestra tierra!»

«Veis aquí os traigo ganado
Otro reino y mil fronteras,
Que os quiero dar tierras mias,
Aunque me echais de las vuestras.»

«Pudiera decirlo á estraños;
Mas para cosas tan feas
Soy Rodrigo de Vivar:
Castellano á las derechas.»

ESE buen Cid campeador,
De Zaragoza partia,
Sus gentes lleva consigo,
Y la su seña tendida.

Para correr á Monzon
A Huesca tambien corria,
A Onda con Almenara
Estragado los avia.

El rey Pedro de Aragon
Muy gran pesar recibia
Cuando supo que el buen Cid
Tan cerca de sí yacia.

Apellidara sus gentes,
Muchas son en demasía:
Llegado han á Piedra Alta;
Sus tiendas fincar facia;
A ojos estaba del Cid,
Mas para él no venia.

El Cid salió de Monzon
Con doce en su compañía
A holgarse por el campo
Armados de buena guisa.

Los de ese rey de Aragon
Le tuvieron puesta espía,
Caballeros eran ciento
Y cincuenta que á él salian.
El Cid saliera con todos,
Como bueno los vencia.

Siete son los caballeros
Y caballos que prendia,
Los otros huyen del campo,
Que aguardar no lo querian.

Los presos piden merced,
Que los suelte le pedian;
El Cid como es muy honrado,
Lo que piden concedia.

CERCADA tiene á Valencia
 Ese buen Cid castellano,
 Con los moros que están dentro
 Cada dia peleando.

Muchos ha muerto y prendido,
 A otros ha cautivado.

Al real del buen Rodrigo
 Un caballero ha llegado,

Martin Pelaez ha por nombre,
 Martin Pelaez asturiano.

Muy crecido es en el cuerpo,
 En los miembros arreciado,

Aquesto de buen donaire,
 Pero muy acobardado

Halo mostrado en las lides
 Y batallas dó se ha hallado.

Mucho le pesó al buen Cid
 Cuando lo vido á su lado:

No es para vivir con él
Hombre tan afeminado.

Un dia entrara el buen Cid
Y con él los sus vasallos
En batalla con los moros;
Pelean como esforzados.

Allí va Martin Pelaez
Bien armado y á caballo:
Antes de ser el torneo,
Al real se avia tornado.

Fuese para su posada
Cubierto y disimulado:
En ella estuvo escondido
Hasta que el Cid ha tornado.

Dejó muertos muchos moros,
A ellos ganara el campo.
El Cid se sentó á comer,
Como tiene acostumbrado,

Solo en su cabo á una mesa,
Y en el su escaño asentado;
En otra sus caballeros,
Los que tiene por preciados.

Con aquestos nadie come
Sino son los afamados.

Así lo ordena el buen Cid
Por facerlos esforzados,

Y que cada uno procure
Facer fechos estimados,

Para comer á la mesa
De Alvar Fañez y su hermano.

Bien cuydó Martin Pelaez
Que no vió el Cid lo pasado:

Luego las manos se lava,
A la mesa se ha sentado,

Donde está don Alvar Fañez
Con la compañía de honrados.

El Cid se fué para él,
Y del brazo le ha trabado,

Diciendo: «No sois vos tal
Para en tal mesa sentarvos

Con estos parientes míos,
A quien vos quereis llegarvos.»

«Mas valen que yo ni vos,
Que son buenos aprobados:

Sentadvos á la mi mesa,
Comed conmigo á mi plato.»

Con mengua de entendimiento
No creyó que es baldonado.

Asentóse con el Cid
A su mesa y á su lado,
Y el Cid con gran cordura
Esta reprehension le ha dado.

A solas le reprehende
A Martin Pelaez el Cid,
Que las faltas de los buenos
A solas se han de reñir.

Dijole con rostro ayrado:
«¿Es posible que fuyr
Pueda un hombre, siendo noble,
Por temores de una lid?»

«Y mas vos, siendo quien soys,
Viniendo de dó venís,

Que cuando fincarays muerto,
Os fuera honroso morir.»

«Levantéme de la mesa,
Dó bocado non comí
Que buena pro me tuviera,
Cuidando en lo que vos ví.»

«Atended á lo que os digo,
Y non cuydeys en fuyr,
Porque fuyendo afrentades
A vuesa honra y á mí.»

«Si me dades por disculpa
Decir, que vistes venir
Mucha multitud de moros,
No la quiero recibir.»

Entraos en la religion,
Adonde podreys vivir
Sirviendo á Dios, porque en guerras
Non soys para lo servir.»

«Pusierays os á mi lado;
Que pudiera ser que allí
Se vos quitara el pavor,
Y vuestas menguas cubrir.»

«Salid esta tarde al campo,
 Que quiero ver si sufris
 Mas que os afrenten mil homes,
 Que quedar muerto en la lid.»

«Y podrá ser quedeis vivo,
 Que yo tengo de yr allí,
 Y veré lo que facedes,
 Y si de honra sentis.»

«Con esto, Martin, á Dios,
 Que aveys de yantar sin mí,
 Hasta que traygays cobrado
 El honor que yo vos dí.»

CORRIDO Martin Pelaez
 De lo que el Cid ha fablado,
 Dello cobró gran vergüenza,
 Della está muy ocupado.
 Fuese para su posada,
 Triste estaba y muy cuytado,

Viendo como el Cid ha visto
Su cobardía tan claro;

Por lo cual no consintió
Que coma con los honrados;
Propone de ser valiente,
O de morir en el campo.

Otro dia salió el Cid,
Junto á Valencia llegando;
Salieron luego los moros
A herir en los cristianos.

Llegan denodadamente
Con los esfuerzos sobrados.
Martin Pelaez fué el primero
Que en la lid avia entrado,

Y hirió tan recio en ellos
Que á muchos ha derribado.
Allí perdió todo el miedo
Muy grande esfuerzo cobrando.

Peleó valientemente
Mientras la lid ha durado,
Unos mata y otros hiere:
Hizo en ellos grande estrago.

Los moros dicen á gritos:
 «¿Dó ha venido este diablo?»
 Hasta aquí no lo hemos visto
 Tan valiente y esforzado.»

«A todos nos hiere y mata,
 Del campo nos ha lanzado.»
 Por las partes de Valencia
 A los moros ha encerrado.

Los brazos hasta los cobdos
 En sangre lleva bañados:
 Ninguno hay tal como él,
 Sino es el Cid afamado.

Los moros fueron vencidos:
 Pelaez se habia tornado:
 Esperándole está el Cid
 Fasta que fuera llegado.

Con muy crecido placer
 Rodrigo lo habia abrazado,
 Díjole: «Martin Pelaez,
 Vos soys bueno y esforzado:»

«No soys tal que merezcays
 De hoy mas conmigo sentarvos:

Sentadvos con Alvar Fañez,
Que era mi primo y hermano.»

«Y con estos caballeros,
Que son buenos y estimados,
Ca los vuestos buenos fechos
Siempre serán bien mentados:
Sereys dellos compañero,
Sereys sentado á su lado.»

De aquel dia en adelante
Fizo fechos muy ganados
De esforzado caballero,
Bueno como el mas preciado.

Aquí se cumplió el proverbio
Entre todos divulgado,
Que el que á buen árbol se llega,
De buena sombra es tapado.

AQUESTE famoso Cid
Con gran razon es loado:

Ganada tenia á Valencia,
De moros la ha conquistado.

En ella está su muger,
Hija del conde Lozano.

Doña Sol y doña Elvira
Poco ha que habian llegado

De San Pedro de Cardena,
Dó el Cid las avia dejado.

Estando el Cid á placer
Nuevas le avian llegado,

Que el rey Miramamolin,
Que Tunez era llamado,

Venia se la quitar
Con gran gente de á caballo.

Cincuenta mil eran ellos:
Los de á pie no tienen cabo.

El Cid, como era valiente,
Y en armas bien aprovado,

Basteció bien los castillos,
Y en todo puso recado,

Esforzó sus caballeros
Como lo ha acostumbado.

Subiera doña Jimena
 Y á sus hijas en su cabo
 En la que es mas alta torre
 Que en el alcázar se ha hallado.

Miraron contra la mar,
 Los moros habian mirado,
 Viendo como armaban tiendas
 A gran priesa y gran cuydado.

Al rededor de Valencia,
 Grandes alaridos dando,
 Tañendo sus atambores
 Los ayres van penetrando.

Doña Jimena y sus hijas
 Gran pavor avian cobrado,
 Porque jamás avian visto
 Tantas gentes en un campo.

Esforzábalas el Cid
 De aqueste suerte hablando:
 «No temays, doña Jimena
 Y hijas, que tanto amo.»

«Mientras que yo fuere vivo,
 De nada tengays cuydado,

Que estos moros que aquí vedes
Vencidos habrán quedado,»

«Y con el su gran aver,
Fijas, os habré casado,
Que cuantos mas son los moros,
Mas ganancia habrán dejado.»

«Y las bozinas que traen
Ante vos se habrán tocado,
Servirán para la iglesia
Deste pueblo valenciano.»

Vido entónces que los moros
Por las puertas han entrado.
Derramados vienen todos
Sin órden y á mal recaudo.

A don Alvar Salvadores
Le dijo: «Sed luego armado,
Tomareys doscientos homes
De á caballo aderezados,»

Y faced una esplanada
Contra los perros paganos,
Porque Jimena y sus fijas
Vean que soys esforzados.»

El cual luego lo cumpliera,
Como el Cid lo había mandado.
Dió de tropel en los moros:
De los huertos los ha echado.

Firiendo yvan en ellos,
Firiendo van y matando
Hasta dentro de las tiendas
Que los moros han armado.

De allí se tornaron todos
Doscientos mōros matando.
Preso queda Salvadores,
Que por ser aventajado

Se metió tanto en los moros,
Que lo avian captivado.
Sacólo el Cid otro dia
Que los ha desbaratado.

YA se salen de Valencia
Con el buen Cid castellano
Sus gentes bien ordenadas,
Las á pie y las á caballo.

Su seña lleva tendida
Bermudez el esforzado,
Por la puerta La-culebra
Salian todos al campo.

Don Gerónimo arzobispo
Delante va bien armado,
Para contra ese rey moro
Miramamolín llamado,

Que viniera contra el Cid
A le quitar lo ganado,
Cincuenta mil caballeros
Trae el moro á su mandado.

Las haces están paradas,
Mas luego se avian juntado.

Como son tantos los moros,
Y tan pocos los cristianos,
Tiénenlos en gran aprieto
Mas el buen Cid ha llegado
Armado de ricas armas,
En Babieca cabalgando,
A grandes voces diciendo:
«Dios ayuda y Santiago.»
Firiendo van en los moros,
Firiendo van y matando.
Gran sabor avia el buen Cid
De verse bien cabalgado
En su caballo Babieca.
El brazo lleva bañado
De la sangre de los moros
Fasta el cobdo ensangrentado:
No heria mas de una vez
Al moro que osa aguardallo.
Fuydo avian los moros,
El campo avian dejado;
Mas yendo en su seguimiento
Con el rey moro se ha hallado.

Tres veces lo habia ferido,
Mas el moro es bien armado:
El caballo del buen Cid
Mucho delante ha pasado,

Y cuando tornara al moro
Mucha tierra le ha cobrado,
No lo pudiera alcanzar,
En un castillo se ha entrado.

De las gentes que traia
Solamente avian quedado
No mas de mil y quinientos,
Los mas muerto y captivado.

Gran aver oviera el Cid
De oro y plata y de caballos,
Y una tienda la mas rica
Que se viera en los cristianos.

Y á don Alvar Salvadores
En la tienda lo han hallado,
De lo cual se folgó el Cid,
Y á Valencia se han tornado,
Y Jimena y las sus fijas
Gran placer avian tomado.

ADOFIR de Mudafar (10)
A Rueda en guarda tenia
 Por el buen rey don Alfonso
 Que conquistado la habia.

Almofalas, ese moro,
 Con sobrada maestría
 Metióse dentro el castillo,
 Con él alzado se habia.

Adofir cuando lo supo,
 Al rey su mensaje envia
 Pidiéndole su socorro
 Para recobrar la villa

El rey envió á Ramiro
 Y á ese conde don García,
 Con muchas gentes armadas
 Que van en su compañía.

El moro, cuando lo supo,
 Dijo, el castillo daría

A ese buen rey don Alfonso,
Y que á otro no queria.

Convidado lo ha á comer,
Por facerle alevosía;

Allá dentro del castillo
El rey tenido seria.

El infante don Ramiro
Con el conde en compañía
Entraron para comer,
Porque el rey ya no queria.

Mas luego que fueron dentro,
A entrambos quitan la vida,
Con otros que van con ellos:
Al rey mucho le dolia.

Túvose por deshonrado:
Al Cid sus cartas envia;
Que estaba cerca de allí
Desterrado de Castilla.

El Cid, que vido el message,
Para el rey luego venia.
Caballeros fijosdalgo
Consigo el buen Cid traia.

Cuando lo vido el buen rey,
 Su perdon dado le habia.

Contóle lo acontecido,
 Que le vengue le pedia,

Y que con él se viniese
 A su reino de Castilla.

El Cid le besó las manos
 Por lo que le concedia,

Mas no lo quiso aceptar,
 Si el rey no le prometia

De dar á los fijosdalgo
 Un plazo de treinta dias

Para salir de la tierra,
 Si algun crimen cometian;

Y que fasta ser oídos,
 Jamás los desterraria,

Nin quebrantase los fueros
 Que sus vasallos tenian,

Ni menos que los pechase
 Mas de lo que convenia;

Porque si lo tal ficiese,
 Contra él alzarse podrian.

Todo lo promete el rey,
Y prometido lo habia.

A Castilla vuelve el rey,
Y el Cid su cerco ponía;
Y al moro que tal mal fizo
Por gran hambre lo prendia,
Y á todos los mas traidores
A Castilla los envia.

El rey los ha recibido:
De ellos hizo gran justicia.
Mucho le agradece al Cid
Lo que enviado le habia.

CENID los membrudos brazos
Al cuello que bien vos quiere,
Por ser asaz de tal dueño
Que el mundo otro par no tiene.»
«Non refuyais de abrazarme,
Que brazos de home tan fuerte

Desentollescen mis tierras
 Y las del moro tollescen.»

«Facedlo, que bien podeis,
 Y cuidad non me manchedes,
 Que aun finca en las vuestas armas
 La sangre mora caliente.»

«No atendais tuertos que os fice,
 Pues tan buen premio merecen,
 Que non quise en mi servicio
 Home á quien sirven los reyes.»

«Si vos desterré, Rodrigo,
 Fué porque á moros que crecen
 Desterreis sus fechorías,
 Y las vuestas alto vuelen.»

«Non vos eché de mi reino
 Por falsos que vos mal quieren;
 Sí porque en tierras ajenas
 Por vos mi poder se muestre.»

«De Alvar Fañez el sobrino
 Recebí vuestro presente,
 No en feudo vuestro, Rodrigo,
 Si non como de pariente.»

«Las banderas que ganasteis
A sarracenos de allende,
Por vuesa mandadería
En San Pedro las veredes.»

«La vuesa doña Jimena,
Que tanto vos quiso siempre,
Porque la desmaridé,
Mil plantos contra mí tiene.»

«Non escucheis sus querellas
Cuando á mí las enderece,
Que á las fembras mas astutas
Cualquier enojo las vence.»

«Atended en su presencia,
Que cuido que vos atiende
Mas ganosa de vos ver
Que vos venides de verme.»

«Que si malos consejeros
Facen oficios que suelen,
En cambio de saludarme,
Atendéredes mi muerte.»

«No lo atendays, home bueno,
Así os valga San Clemente,

Y las riñas de San Juan
Sean paz que dure siempre.»

«Prended al cuello los brazos,
Que vuestos brazos bien pueden
Prender en paz vuestro rey,
Pues en guerra cinco prenden.»

El rey Don Alfonso el sexto
Esto dice al Cid valiente,
Que de lidiar con los moros
Victorioso á su rey vuelve.

HABLANDO estaba en el claustro
De San Pedro de Cardena
El buen rey Alfonso al Cid
Despues de misa una fiesta.

Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo,
Que amor desculpa y condena.

Propuso el buen rey al Cid
 El yr á ganar á Cuenca;
 Y Rodrigo mesurado
 Le dice de esta manera:

«Nuevo soys, el rey Alfonso,
 Nuevo en la Castilla reynas:
 Antes que á guerra vayades,
 Sosegad las tierras vuestas.»

«Muchos daños han venido
 Por los reyes que se ausentan,
 Apenas han calentado
 La corona en la cabeza.»

«Y non estays vos seguro
 De la caloña propuesta
 De la muerte de Don Sancho
 Sobre Zamora la vieja.»

«Que aun hay sangre de Vellido,
 Magüer que en fidalgas venas,
 Y el que fizo aquel venablo,
 Si le pagan hará, treynta.»

Bermudo en lugar del rey
 Dice al Cid: «¿Se vos aquejan

El cansancio de las lides,
O el deseo de Jimena?»

«Id vos á Vivar, Rodrigo,
Y dejad al rey la empresa,
Que homes tiene tan fidalgos,
Que no volverán sin ella.»

«¿Quién vos mete, dijo el Cid,
En el consejo de guerra,
Frayle honrado, á vos agora,
La vuesa cogulla puesta?»

«Subid vos á la tribuna
Y rogad á Dios que venza,
Que non venciera Moysés,
Si Aaron no lo ficiera.»

«Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras,
Y el rey sosiegue su casa
Antes que busque la agena.»

«Que non me farán cobarde
El amor ni la mi queja,
Que mas traygo siempre al iado
A Tizona que á Jimena.»

«Home soy, dijo Bermudo,
Que antes que entrara en la regla,
Si non vencí reyes moros,
Engendré quien los venciera.»

«Y agora en vez de cogulla,
Cuando la ocasion se ofrezca,
Me calaré la celada,
Y pondré al caballo espuelas.»

«Para fugir, dijo el Cid,
Podrá ser, padre, que sea,
Que mas aceyte que sangre
Manchado el hábito muestra.»

«Callede, le dijo el rey,
En mal hora que no en buena;
Acordarse vos debía
De la jura y la ballesta.»

«Cosas tenedes, el Cid,
Que harán hablar las piedras,
Pues por cualquier niñería
Faceys campaña la iglesia.»

Pasaba el conde de Oñare
Que llevaba la su dueña,

Y el rey por facer mesura
Acompañóla á la puerta.

LLEGÓ la fama del Cid (11)
A los confines de Persia,
Cuando andaba por el mundo
Dando razon de quien era;
Y como la oyó el Soldan,
Y supo bien la certeza
De los fechos del buen Cid,
Un gran presente apareja.
Cargó copia de camellos,
De grana, púrpura y sedas,
Oro, plata, ensencio y mirra,
Con otras muchas riquezas.
Y con un pariente suyo,
De los de su casa y mesa,
Le envia al Cid el presente.
Diciendo de esta manera:

«Dirás al Cid Ruy Diaz,
Que el Soldan se le encomienda,
Que des sus nuevas oí
Le tengo grande querencia:»

«Y por vida de Mahoma
Y de mi real cabeza,
Que le diera mi corona,
Por solo velle en mi tierra:»

«Y que aqueste don pequeño
Reciba de mi grandeza
En señal que soy su amigo,
Y lo seré hasta que muera.»

El moro se despidió,
Y en poco llegó á Valencia,
Pidiendo licencia al Cid
Para hablar en su presencia.

El Cid salió á recibirlo
Antes de saltar en tierra,
Y cuando llegara el moro,
Solo de ver al Cid tiembla.

Empezó á ñar el recaño,
Y como á darlo no acierta

De turbado, el Cid le toma
La mano, y así dijera.

«Bien venido seas, moro,
Bien venido á mi Valencia.
Si tu rey fuera cristiano,
Fuere yo á verle en su tierra.»

Con estas y otras razones
Han entrado ya en Valencia,
Donde los de la ciudad
Ficieron muy grande fiesta.

El Cid le mostró su casa
Y á sus fijas y á Jimena,
De que el moro está espantado,
De ver tan grande riqueza.

Estúvose algunos días
Folgando el moro en Valencia,
Hasta que se quiso yr,
Y pidió para yr licencia.

Y en retorno del presente
Que del Soldan recibiera,
El Cid envió otras cosas.
Las cualves allá no uviera.

Despedido que fué el moro,
 El Cid con la su Jimena
 Se quedó y con sus dos hijas,
 Dando á Dios gracias inmensas.

65

No me culpes si yo he fecho
 Mi justicia y mi deber,
 Magüer que siendo pequeño
 Me nombraste para juez.»

«Entre todos me escojistes
 Por de mas madura sien,
 Porque ficiese derecho
 De lo fecho mal y bien.»

«Non fagais desaguisado
 Si al robador enforqué,
 Que en homes este delito
 No causa ninguna prez.»

«Como de veras me pago,
 De las burlas non curé;

Quel que pugna por la honra,
 Enemigo dellas fué.»

«Atended que la justicia
 En burlas y en veras fué
 Vara tan firme y derecha,
 Que no se pudo torcer.»

«Entre la burla y las veras
 La verdad constante es
 Peña, que al agua y al viento
 Para siempre está de un ser.»

«Miémbra-se-me que mi abuelo,
 (En buen siglo su alma esté)
 Muchas veces me decia
 A questo que agora oyreys:»

«El home en sus mancebías
 Siempre debiera aprender
 A facer siempre derecho,
 Cuando en mas burlas esté.»

«Asi fice este vegada:
 Yo cuydo que fice bien,
 Que sigo un abuelo honrado,
 Que nadie se quejó dél.»

Esto decia Rodrigo
 A finojado ante el rey,
 Delante los que juzgaba
 Antes de los años diez.

CONSIDERANDO los condes,
 Lo que el Cid Ruy Diaz vale,
 Y que su fama se aumenta,
 Por las fazañas que face,
 Al rey Don Alfonso piden
 Que con sus fijas los case,
 Porque ser yernos del Cid
 Es bien que puede estimarse.
 El rey por facelles bien
 Envio al Cid un mensaje,
 Que se viniese á Requena,
 Para que con él lo trate.
 El Cid sabida la nueva,
 Dio luego á Jimena parte;

Que en tal caso las mugeres
Suelen ser muy importantes.

No gustó dello Jimena,
Y dijo al Cid: «No me place
Emparentar con los condes,
Magüer que son de linage.»

«Mas fágase ende, Rodrigo,
Lo que á vos mas vos agrade,
Que no hay mengua de consejo
Dó está el rey y vos estades.»

El Cid se partió á Requena,
Y tambien el rey se parte
Juntamente con los condes,
Porque el Cid los vea y hable.

Despues de dicha una misa
Delante el rey y los grandes
Por Don Gerónimo obispo
Con muchas solemnidades.

El rey al Cid apartó
De todos los circunstantes,
Y estas palabras propuso
Con gravadoso semblante:

«Bien sabedes, Don Rodrigo,
 Que os tengo amor asaz grande,
 Y por vuestas cosas cuydo
 Con solicitud bastante;»

«Por ende debeis saber,
 Que fice aqueste viage,
 Por hablaros de un negocio,
 Que importa con vos se fable.»

«Los condes de Carrion
 Me han rogado que vos trate
 En que les deys vuèsas fijas,
 Y que con ellas los case:»

«Que estarán agradecidos,
 Si esta merced se les face,
 Porque es gran razon se estimen
 Fijas que son de tal padre.»

«Cudician vuesa amistad,
 Atienden al trato afable,
 Amán mucho vuestas cosas,
 Y estiman á vuesa sangre.»

Agradesció el Cid entónces
 Al rey la merced tan grande,

Y dijole se sirviese
 De todo lo que á él tocase:
 Que dél, de fijas y averes
 Ficiese lo que gustase:
 Que él no casará sus fijas;
 Mas las da, que se las case,
 Dióle el rey gracias por ello,
 Y mandó les entregasen
 Ocho mil marcos de plata
 Para el dia que se casen.
 Y al tio de las doncellas,
 Que era el honrado Alvar Fañez,
 Mandó el rey que las tuviese,
 Fasta que se desposasen.
 Llamó á los condes el rey,
 Y mandó que le besasen
 Las manos al Cid Ruy Diaz.
 Y le fagan homenaje.
 Ficiéronlo así los condes
 Delante el rey y los grandes,
 Y convidó el Cid á todos,
 Porque en sus bodas se fallen.

Partióse el rey á Castilla,
 Y con él el Cid se parte,
 Y á dos leguas mandó el rey,
 Que non pasase adelante.

Fuese el Cid de allí á Valencia,
 Donde quiso se juntasen
 Los condes y caballeros,
 Porque las bodas se acaben.

Cuando el Cid los vido juntos,
 Díjole á Don Alfar Fañez,
 Que lo que le mandó el rey
 Luego al punto efectuase:

Que trujese á sus sobrinas,
 Y que á los condes ó infantes
 Que llaman de Carrion,
 Al punto las entregase.

Diéronselas, y los condes
 Con amorosas señales
 Dieron muestras del contento
 Que de este suceso nace;

Porque es tan fuerte el amor,
 Y son sus efectos tales,

Que lo publican los ojos,
 Aunque la lengua lo calle,
 Fizo el obispo su oficio,
 Dió bendiciones y paces,
 Ovo fiestas ocho dias
 De cañas, toros y bailes.
 Dió grandes dones el Cid
 A los condes y magnates,
 Que aquel que es grande en sus fechos
 Suele ser en todo grande.

ACABADO de yantar,
 La faz en somo la mano,
 Durmiendo está el Señor Cid
 En el su precioso escaño.
 Guardándole están el sueño
 Sus yernos Diego y Fernando
 Y el tartajoso Bermudo,
 En lides determinado.

Fablando están juglerias,
 Cada cual por hablar paso,
 Y por soportar la risa,
 La mano en somo los labios,

Cuando unas voces se oyeron,
 Que atronaban los palacios,
 Diciendo: «Guarda el leon,
 Mal muera quien le ha soltado:»

No se turbó Don Bermudo;
 Empero los dos hermanos
 Con la cuyta del pavor
 De la risa se olvidaron,

Y esforzándose las voces,
 En puridad se fablaron,
 Y aconsejáronse apriesa
 Que no fuyesen espacio.

El menor, Fernan Gonzalez,
 Dió principio al fecho malo,
 Que cabe el Cid se escondió,
 Bajo su escaño agachado.

Diego, el mayor de los dos,
 Se escondió á trecho mas largo,

En un lugar tan lijoso,
Que non puede ser contado.

Entró gritando la gente,
Y el leon entró bramando,
A quien Bermudo atendió
Con el estoque en la mano.

Aquí dió una voz el Cid,
A quien como por milagro
Se llegó la bestia fiera
Omildosa y coleando.

Agradecióselo el Cid,
Y al cuello le echó los brazos,
Y volvióle á la leonera,
Haciéndole mil falagos.

Aturdido está el gentío
De ver lo tal no pensado,
Que dambos eran leones,
Pero el Cid era mas bravo.

Vuelto pues á la su sala
Alegre y no demudado,
Preguntó por sus dos yernos,
Su maldad adivinando.

Bermudo le respondió:
 «Del uno os daré recado,
 Que aquí se agachó, por ver
 Si el leon es fembra ó macho.»

Aquí entró Martin Pelaez,
 Aquel temido asturiano,
 Diciendo á voces: «Señor,
 Albricias, ya le sacaron,»

Preguntóle el Cid, á quién;
 Y él respondió: «Al otro hermano,
 Que se sumió de pavor,
 Dó no se sumiera el diablo.»

«Catadle, señor, do viene,
 Empero faceos á un lado,
 Que habreys, para estar par dél,
 Menester un encensario.»

Desenjaularon al uno,
 Sacan al otro del brazo,
 Manchados de cosas malas
 De boda los ricos paños.

Vestido de lana el Cid
 A entrambos está mirando,

Rebentando por hablar;
Y por callar rebentando.

Al cabo soltó la voz
El soberbio Castellano,
Y los denuestos les dijo,
Que vos contaré despacio.

Si de mortales heridas
Fincare muerto en la guerra,
Llevadme, Jimena mia,
A san Pedro de Cardena.»

«Ansí buena andanza ayades,
Que me fagades la fuesa
Par del altar de Santiago,
Amparo á las lides nuevas.»

«Non curedes de plañirme,
Para que la gente buena,
Viendo que falta mi brazo,
Non fuya y deje mis tierras.»

«Non vos conozcan los moros,
 En ese pecho flaqueza,
 Sino que aquí griten, armas,
 Y allí me fagan exequias:»

«Y la Tizona que adorna
 Esta mi mano derecha,
 Non pierda de su derecho,
 Nin venga á manos de fembra.»

«Y si permitiere Dios
 Que el mi caballo Babieca
 Llegare sin su señor,
 Y llamare á vuesa puerta,»

«Abridle y acariciadle,
 Y dadle racion entera,
 Que quien sirve á buen señor,
 Buen galardón dél espera.»

«Ponedme con vuesa mano
 El peto, espaldar y grebas,
 Brazal, celada y manoplas,
 Escudo, lanza y espuelas.»

«Y presto que rompe el día,
 Y me dan los moros priesa,

Dadme vuesa bendición,
 Y fínca en hora buena.»
 Con esto salió Rodrigo
 De los muros de Valencia
 A dalle batalla á Bucar:
 Plegue á Dios que con bien vuelva,

QUA venida del rey Bucar
 A la ciudad de Valencia
 Está consultando el Cid
 Con muchos homes de cuenta.
 Estando en aquesta fable,
 Han entrado por la puerta
 Sus yernos, disimulando
 La traycion que asaz le ordenan.
 Asiento les diera el Cid
 A la su mano derecha,
 Él temblando de atrevido,
 Y ellos tiemblan de flaqueza.

En estas fablas estando,
 Toda la gente se inquieta
 Con cajas, pífanos, trompas
 De como los moros llegan.

Subióse el Cid con los suyos
 A una torre tan soberbia
 Como son sus pensamientos,
 Que ygualan á las estrellas.

Mira el real que ha llegado
 Con el ejército y tiendas,
 De que sus cobardes yernos
 Ya se temen y recelan.

El Cid ha sido avisado
 Que un recado del rey llega:
 Bajóse por recibillo,
 Sin bajar su fortaleza.

A las razones del moro
 Atiende el Cid con prudencia,
 Y turbado de su aspecto
 Le dice de esta manera:

«El rey Bucar, mi señor,
 Ha venido de su tierra

A deshacer el gran tuerto
 Con que tú le tienes esta.»

«Envíatela á pedir,
 Y en viendo que no la dejas,
 Te apercibe á la batalla,
 Que procures defendella.»

Alegre responde el Cid,
 Mostrando mucha clemencia:
 «Dile al rey que se aperciba,
 Que yo pondré mi defensa.»

«Valencia me cuesta mucho,
 A así yo no saldré de ella,
 Porque he pasado en ganalla
 Muchas cuytas, muchas penas.»

«Gracias infinitas doy
 A la infinita grandeza
 Que me otorgó la victoria
 En tan peligrosa guerra.»

«A solo Dios lo agradezco
 Y á la sangre y gente buena
 De mis parientes y amigos,
 Que tambien mucha les cuesta.»

El moro se despidió,
 Y al rey le lleva la nueva,
 Y el Cid se quedó ordenando
 Cosas sobre esta hacienda.

De sus yernos conoció
 La cobardía que encierran,
 Y mandóles que se queden,
 Porque no prueben sus fuerzas.

Ellos temerosos desto,
 Corridos de tal afrenta,
 Le dicen que han de yr con él
 A tan peligrosa empresa.

Todos salieron al real,
 Y el Cid con tanta braveza,
 Que los moros temerosos
 Sus hazes juntan apriesa,

Al son de trompas y cajas
 La batalla se comienza,
 Animándolos el Cid,
 Que lleva la delantera.

Diez y ocho reyes prendió,
 Y aun á todos los prendiera;

Mas poniendo en los pies alas,
Desembarazan la tierra.

Y aunque costó mucha sangre,
Durando tan grande pieza,
La victoria alcanzó el Cid,
Y con ella entró en Valencia.

MIRAD, fidalgos, tirad (11)
A vuestro troton el freno,
Que en fugir de aquese modo
Mostrays el pavor del pecho.»
¿«De un home solo fuys?
Mirad que no es home bueno
Quien fuye en tal lid á un moro,
Dónde hay tantos que lo vieron.»
«Si no queredes morir
Como buen fidalgo, á fierro,
No vivays entre fidalgos
Que fincan contino muertos.»

«Tornadvos luego á Valencia,
 Que si non faceys mas que eso,
 Tambien saldrán á lidiar
 Las damas que quedan dentro.»

«Mala andanza vos dé Dios,
 Pues con afecto tan feo
 Así en público fugis,
 ¡Qué será siendo en secreto!»

«Mala doctrina tomastes
 De mi tio vuestro suegro,
 Pues non manchays la Tizona,
 Deshonrando el honor viejo.»

«Decides que sois fidalgos;
 Pues yo vos juro á San Pedro,
 Que tales desaguisados
 Non facen fidalgos buenos.»

«Las armas traeys doradas;
 No las regaleys, mancebo,
 Porque son hierros dorados
 Que publican vuestros yerros.»

«Tomad aquesse caballo
 Del moro que yace muerto,

Y decir que le venciste,
Que de callar os prometo.»

«Pues soys galan entre damas,
Sed valiente entre estos perros,
Porque non digan de vos
A los que os han parentesco.»

«Y á Dios, que quiero partirme,
Porque el Cid mi tio es viejo,
Y le quiero ir á ayudar,
Pues no le ayudan sus yernos.»

Esto dijo el buen Bermudez,
Porque el infante Don Diego
En la vega de Valencia
Huyó de un moro gran trecho.

71

ENCONTRÁDOSE ha el buen Cid
En medio de la batalla
Con aquese moro Bucar,
Que tanto le amenazaba.

Cuando el moro vido al Cid,
 Vuelto le ha las espaldas,
 Hacia la mar va fuyendo;
 Parece que lleva alas.

Caballo trae corredor;
 Muy recio lo espoleaba;
 Alongado se ha del Cid,
 Que Babieca no lo alcanza.

Está laso y muy cansado
 De la batalla pasada;
 El Cid con gran voluntad
 De vengar en él su saña,
 Lo hierde de las espuelas,
 Mas poco le aprovechaba:
 Cerca llegaba del moro
 Y la espada le arrojara.

En las espaldas lo hirió,
 Mucha sangre derramaba;
 El moro se entró huyendo
 En la nave que lo aguarda.

Apeado se ha el buen Cid
 Para tomar la su espada;

Tambien tomó la del moro,
Que era buena y muy preciada.

DE concierto están los condes
Hermanos, Diego y Fernando;
Afrentar quieren al Cid,
Muy gran traycion han armado.

Quieren volverse á sus tierras,
Sus novias han demandado,
Y luego su suegro el Cid
Se las uviera entregado,

Y al entregarlas les dice,
Su maldad adivinando:

«Mirad que me las tratades
Como á dueñas fijasdalgo»

«Mis fijas, pues que á vosotros
Por mugeres las he dado.»

Ellos ambos le prometen
De obedescer su mandado.

Ya cabalgaban los condes,
Y el buen Cid está á caballo
Con todos sus caballeros,
Que le van acompañando.

Por las huertas y jardines
Van riendo y festejando;
Por espacio de una legua
El Cid los va acompañando.

Cuando dellos se despide,
Lágrimas le van saltando,
Como hombre que sospecha
La gran traycion que han armado.

Como el Cid tiene recelo,
Aquesto tuvo acordado:
Llamó á su sobrino Ordoño,
Y luego le avia mandado

Que vaya tras de sus hijas
Cubierto y disimulado,
Y que vea muy bien visto
Si las llevan á recado,

Porque el corazon le dice
El mal que le está guardado.

Los condes con sus mugeres
 Por su camino han andado.

Por los lugares que van
 Eran muy bien hospedados,
 Porque los señores dellos
 Del buen Cid eran vasallos.

Andando por sus jornadas
 A Torpes avian llegado,
 Y entre los robledos dél
 Las damas han apeado

De las mulas en que van,
 Porque así lo traen pensado,
 Antes mandando á la gente
 Se oviesen adelantado.

Por los cabellos las toman,
 Aviéndolas desnudado:
 Arrastran las por el suelo,
 Traen las de uno y otro lado,

Danles muchas espoladas,
 En sangre las han bañado,
 Con palabras injuriosas
 Muchas las han denostado

Los cobardes caballeros,
Y allí se las han dejado,
Diciendo: «Fijas del Cid,
En vos serémos vengados,»

«Que vosotras no soys tales
Para con nos vos casaros,
Pagareys nos las deshonras
Que el Cid á nos ovo dado,»

«Cuando soltara el leon,
Y procuraba matarnos.»
Y en medio de aquel robledo
Atadas avian quedado.

Siguen ambos su camino,
A su gente han alcanzado:
Sus gentes á sus señores
Por ellas han preguntado.
Ambos condes respondieron,
Que quedan á buen recaudo.

Las señoras muy cuitadas
Muy gran llanto estaban dando,
Alaridos hasta el cielo
Su desdicha lamentando,

Diciendo: «Condes traydores,
 ¡Cuan mal lo avedes mirado!
 ¡Siendo nos fijas del Cid,
 Así nos aveys tratado!»

«Tal es él que vengará
 La traycion que aveys obrado.»

El llanto que están haciendo
 Don Ordoño lo ha escuchado,

Y á las voces que ambas dan
 Donde están avia llegado;

Y cuando vido á sus primas,
 La cara se está arañando.

Mesaba los sus cabellos,
 Grandes gritos está dando,

A los condes alevosos
 A grandes voces llamando:

«¿Porqué á las tales señoras
 Faceys tal desaguisado,

Mayormente siendo fijas
 De un padre tan estimado?»

«De tan grande alevosía
 Él se fará bien vengado.»

Y debajo de los robles
A las damas avia echado.

Cubriólas con su vestido,
Y allí se las ha dejado:
A buscar va dó las ponga
Para que estén á recaudo.

Mas ventura deparó
Un labrador muy honrado,
Que muchas veces el Cid
En su casa se ha hospedado.

Ordoño y el labrador
Al robledo avian tornado,
Y donde dejó sus primas,
Allí las avian hallado.

Llevan las á aquel lugar,
Que es secreto y apartado:
Ellas son bien acogidas
Deste labrador honrado

Y de su muger y hijos:
Todos facian su mandado.
Don Ordoño habló con ellas:
Desta suerte ha razonado:

«Señoras, yo quiero yr
 A Valencia, vueso estado,
 A decir á vueso padre
 A questo que os ha pasado,»
 «Y que vengue vuesa injuria,
 Pues que tanto le ha tocado.»
 Ellas lo ovieron por bien.
 Su viage ha comenzado,
 Andando por sus jornadas,
 A Valencia avia llegado,
 Y en presencia del buen Cid
 Grande llanto ha comenzado.
 Contóle lo acontecido.
 Sin palabra aver faltado.
 El buen Cid como discreto
 Muy bien lo ha disimulado,
 Que lo que espera venganza
 No conviene ser llorado.
 Su muger Jimena Gomez
 Es la que mas lo ha mostrado.
 Lloraba de los sus ojos,
 Fuentes se le avian tornado.

Mucho la consuela el Cid
 Como discreto y honrado:

Con las cosas que le ha dicho
 Mucho la avia consolado.

Despachó sus mensageros
 Para ese rey castellano,

Al cual le haze saber
 Aqueste fecho malvado.

Pidióle que aya por bien
 Que dello sea vengado,

Y para que tenga efecto,
 Licencia le ha demandado

Para venir á Toledo,
 Dó el rey está aposentado.

El rey que supo el negocio,
 Gran enojo avia cobrado

De los condes y su tio,
 Que los ovo aconsejado.

La licencia que el Cid pide,
 El rey se la avia otorgado.

Envió por sus dos fijas
 Dó Ordoño las ha dejado.

No con poco sentimiento
 Mira á los condes infames
 Entre unas ramas oculto
 El cuidadoso Alvar Fañez.
 Al mandado de su tío
 Obedece, porque sabe
 Que las sospechas dudosas
 Suelen engendrar verdades.
 Viendo desnudas sus primas
 A la inclemencia del ayre,
 Amarradas á dos robles,
 Así empezó á lamentarse:
 «¿Y cómo es que así se trate
 La honra de mi tío y vuestro padre?»
 No quiso llegar á ellas,
 Mientras los dos miserables
 Al peregrino suceso
 Dieron fin para ausentarse.

Bien se atreviera á los dos
 Y á ciento de su linage,
 Sino fuera en guarda suya
 Una gran cuadrilla infame.
 Y viendo que estaban solas,
 Triste ante sus ojos parte,
 Que es propio en un pecho noble,
 Cuando no puede vengarse.
 Al cielo vuelve los ojos,
 Rebentando de coraje,
 Y dice, mirando atento
 De sus primas las señales;
«¿Cómo es que así se trate etc.
«Si vuestra honra es la mia,
 No es bien honrado me llame,
 Sino gano como fuerte
 Lo que hoy pierdo por cobarde.
 Entended, alevos condes,
 Que á mi tío no afrentastes,
 Ni que se mancha tal paño
 Con cuatro gotas de sangre,
 No puede, aunque fué en dos primas,

Afrenta aquesta llamarse,
 Si el Cid, que el baldon recibe,
 No lo escucha ni lo sabe.

Mas desaten vos mis manos,
 Que del recibido ultrage
 Venganza nos dará el cielo,
 Si yo no fuere bastante.»

«¿Cómo es que así se trate etc.

Con su capa las cubria
 (Que están desnudas al ayre),
 Mientras la noche vecina
 Su manto piadoso esparce.

A la choza de un pastor
 Vinieron á repararse,
 Que á veces pueden humildes
 Hacer merced á los grandes.

En esto amaneció el dia,
 Y el pastor corriendo parte
 A dar las nuevas al Cid,
 Mientras repite Alvar Fañez,

«¿Cómo es que así se trate etc.

ATENDED á la mi fabla,
 Aleves yernos del Cid,
 Cobardes como traidores,
 Que siempre es cobarde un vil:»
 «¿Omes buenos soys vosotros?
 No soys, sí canalla ruyn,
 Que el Cid en sus fechorías
 Da demostracion de sí.»
 «No fuyays, aleves condes,
 Que non vos valdrá el fuyr,
 Que es águila la venganza,
 Cuando el agravio es neblí.»
 «Un ome solo os va en zaga,
 Non fuygays, facedle huyr;
 Mas es la razon gigante,
 Que se acompaña con mil.»
 «Volved, que non me desmayan
 Las espadas que ceñis,

Que el Cid las cubrió de sangre,
Pero vosotros de orin.»

«Sus dos fijas le azotastes,
Pero fué tuerto, que al fin
Al Cid ofendeys y á Dios,
Al rey Alfonso y á mí.»

«Todos cuatro son leones
Y mas bravos si advertis,
Que tomarán la venganza
Sin pasta ni menjú.»

Desta suerte á los infantes,
Dando rienda á su rocin,
Sigue el valiente Bermudo,
El buen sobrino del Cid.

DLVIRA, suelta el puñal,
Doña Sol, tiradvos fuera,
No me tengades el brazo,
Dejadme, Doña Jimena.»

«Non me tollays el rencor,
 Que me empacha la vergüenza,
 Que todas mis fechorías
 Manca mi suerte siniestra.»

«¿A mis fijas, falsos condes,
 Y á mis acatadas dueñas,
 Canes, faceys tales tuertos,
 Temidas en luengas tierras?»

«A mí que vos di humildoso
 Mis fijas, cual soles bellas,
 De mil pulidas garnachas
 Guarnidas y ricas prendas:»

«Endoné vos mis espadas,
 Lo mejor de mi hacienda,
 Y en dos mil maravedis
 Me he empeñado en Valencia:»

«Cadenas de oro de Arabia
 Con buenos ingenios fechas,
 Y que en su mandadería
 Me enviara el rey de Persia:»

«Caballos vos di ruanos,
 Y para en plaza seis yeguas,

Sendas capas de contray
Con los aforros de belfa;»

«Y en pago de mi fiducia,
Y en pago de mis riquezas
¡Me las enviades, condes,
Azotadas sin vergüenza!»

«¡Sus albos cuerpos desnudos,
Ligadas sus manos bellas,
Sus crenchas desmelenadas,
Sus tristes carnes abiertas!»

«Voto fago al pescador
Que gobierna nuestra iglesia,
Y mal grado haya con él
Cuando le fable en Cardaña,»

«Si en Fromista y Carrion,
Torquemada y Valenzuela,
Villas de vuestos condados,
Queda piedra sobre piedra.»

«Antolinez testimonio,
Pelaez vino con ellas:
Yo vos pondré la caloña,
Tal que atemorice vella;»

«Que con ella y mi razon
Ellos y sus parentelas
Han de fincar á mis manos,
Y mis ofensas desfechas.»

«Tamperos tiene el buen rey
Que vos apañen y prendan:
Fáganme justicia en todo,
Y tendré mi espada queda.»

Esto fabló y dijo el Cid,
Y cabalgando en Babieca,
Parte de Valencia á Búrgos
A dar al rey su querella.

MEDIO dia era por filo (13),
Las doce daba el reloj,
Comiendo está con los grandes
El rey Alfonso en Leon,
Cuando entraba por la sala
Ese buen Cid campeador,

Armado de todas armas,
Demudada la color.

A pedir viene justicia

A su rey y su señor,

Del agravio que le han hecho

Los condes de Carrion.

Poniendo en el rey los ojos

Y en sus orejas la voz:

«Justicia venga del cielo,

Si no me la haceys, señor.»

«Justicia vengo á pedirlos,

Pudiendo tomarla yo,

Que con sangre de alevosos

Suelo yo limpiar mi honor.»

«Desterrado, ausente y pobre,

Rodrigo de Vivar soy,

Que venganza de traydores

Conmigo á la par nació.»

«Tuvieron atrevimiento;

Yo no sé quien se lo dió,

Sino que los envidiosos

Siguen siempre tras de vos:»

«Tau á guisa de traydores,
 Como es verdad que lo son,
 Se atrevieron á mis hijas
 Doña Elvira y Doña Sol.»

«Pagaránmelo los hijos
 De aquesse conde traydor,
 Porque de su sangre aleve
 No me ha de quedar varon.»

«Si los tenia agraviados,
 Armado en frontera estoy,
 Y á fuer de buen caballero
 Les diera satisfaccion.»

«Mira Alfonso por mi honra,
 Por la vuestra mira Dios,
 Que si escuchays á traydores,
 No estays muy seguro vos.»

«Los agravios que os han hecho,
 Vengádolos he bien yo,
 Pues gozays por mi trabajo
 El reyno que teneys hoy.»

«Por mí os temen las fronteras
 Que vieron vuestro pendon;

Y mis hijas agraviadas
No hallan socorro en vos.»

«Reyes moros tengo amigos,
Que vasallos míos son,
Para hallar favor en ellos,
Ya que en vuestra corte non.»

«Guarden todos su cabeza,
Que estoy vivo, aunque me voy,
Y á mi espada y á mi brazo
Le ha de venir su sazón.»

Las espaldas vuelve el Cid,
El rey de comer se alzó,
Y mandó que se pregonen
Las Cortes para Leon.

Los grandes se alborotaron,
Ninguno á comer tornó,
Sus amigos de cuydado,
Sus contrarios de temor.

OLORABA Doña Jimena

A sus solas con el Cid
De la afrenta de sus hijas,
Y así comenzó á decir:

«¿Cómo consentis, señor,
Siendo temido en la lid,
Que os afrentasen dos homes,
No siendo bastantes mil?»

«Y si aquesto non vos duele,
Y que á mi padre perdí,
Por ser vos tan vengativo
En las cosas que sentis;»

«Considerad vuestas hijas,
Aquesas que yo parí,
Que no son hijas prestadas,
Si non de vos y de mí.»

«Es bien aquesto miredes,
Y que esa gente ruyn

No se atreva á facer tal,
Sabiendo que soys el Cid.»

«Pues no hallarán salida
Para poderse eximir,
Es bien que aquesto sintades;
Farto os he dicho: sentid.»

ASIDA está del estribo
La noble Jimena Gomez,
Y en tanto que al Cid le habla
El Cid su gaban compone.

«Mirad, le dice, señor,
Que la sangre de aquel conde, Y
Que matastes como bueno,
Que la vengueis como noble.»

«A la corte vays, buen Cid,
Y lo que os lleva á la corte
Ha de ser corte de espada,
Porque no tiene otro corte.»

«Al rey habrán prevenido
 Y á sus amigos los condes,
 Ques de cobardes muy proprio
 Socorrerse de invenciones.»

«No acepteis del rey Alfonso
 Excusa, ruego, ni dones,
 Que mal se cubre una injuria
 Con afeyte de razones.»

«Considerad vuestas fijas
 Amarradas á dos robles,
 De quien hoy tiemblan las hojas
 Condolidas de sus voces,»

«Y mirad que aquella ofensa
 Contra mi fecha en el monte,
 Descubre en vos las señales,
 Y en mis fijas los azotes.»

«Dios os guarde donde vades,
 Que son los competidores
 Cruales como cobardes,
 Como cobardes traydores.»

«Yo sé bien que vays seguro,
 Sino fuere de trayciones,

Que atrevidos con mugeres
Nunca lo son con los hombres.»

«No entreys, señor en batalla,
Que mengua vuestros blasones,
Honrando con vuesa espada
Una sangre tan innoble.»

«El que venció á tantos reyes
No ha de igualarse á ios hombres,
Que relinchos de Babieca
Han vencido otros mejores.»

«Cobrad vuestas dos espadas
Para Bermudo y Ordoñez,
Que ellos pondrán en sus filios
El uso de vuestros golpes.»

«Sacará del fuego mio
La Tizona mis tizonas,
Y la famosa Colada
La mancha de mis pasiones.»

«Por mi aviso y vuesa mano,
Que á vengarme se disponen,
Desde luego la esperanza
Me promete alegres dones.»

«Así suceda, Jimena,»
 El famoso Cid responde;
 Y bajando la cabeza,
 Picó á Babieca, y partióse.

DESPUES que una fiesta hizo
 Al santo y divino Pedro,
 A aquel que africanos moros
 Pagaron tributo y pecho,
 Fizo una junta en su casa
 De parientes y homes buenos;
 Y como juntos los vido,
 El buen Cid les dijo aquesto:
 «Bien sabeis, amigos míos,
 La fazaña de mis yernos:
 Bien me pagaron las obras
 Que en Valencia hize por ellos.»
 «Con riendas me las pagaron,
 No teniendo riendas ellos,

En ponerlas en mis fijas

«Azotadas en desiertos.»

«Y agora el rey de Leon

Dice con su mandadero,

Que dentro de treinta dias

Tengo de estar en Toledo.»

«Ansí vos suplico y digo,

Aunque no es menester ruego

Para amigos tan leales,

Teniendo fidalgos pechos,»

«No se fable allá en las Córtes,

Non perdamos el respeto

Al rey, porque no es razon

Juzgando bien de derecho.»

«No se descomida nadie,

Non hablando en nuestos fechos,

Que yo pondré la demanda

De lo que les di, primero;»

«La hacienda, plata y oro

Y espadas; y lo tercero,

Demandaré el desacato

Que á mis fijas les ficeron.»

TRES Córtes armara el rey,
 Todas tres á una sazón,
 Las unas armara en Búrgos,
 Las otras armó en Leon,
 Las otras arma en Toledo,
 Donde los fidalgos son,
 Para cumplir de justicia
 Al chico con el mayor.
 Treinta dias da de plazo.
 Treinta dias, que mas non,
 Y el que á la postre viniese,
 Que lo diesen por traidor.
 Veinte y nueve son pasados,
 Los condes llegados son;
 Eran pasados los treinta,
 Y el Cid non venia, non.
 Allí hablaron los condes:
 «Señor, dadlo por traidor,»

Respondiérales el rey:

«Eso non faré yo, non,»

«Que el Cid es buen caballero,

De batallas vencedor,

Y que en todas las mis Córtes

No lo hay otro mejor.»

Ellos estando en aquesto,

El buen Cid que ya asomó

Con trecientos caballeros,

Todos fijosdalgos son,

Todos vestidos de un paño,

De un paño y de una color,

Sino fuera ese buen Cid

Que traia una albornoz.

«Mantenga vos Dios, el rey,

Y á vosotros sálveos Dios;

Y non fablo yo á los condes,

Que mis enemigos son.»

Dos vos, Martín Pelaez,
A mi Valencia y guardalla,
Mientras que me quejo al rey
De aquesta traicion tamaña:»
«Plegaréle que se miembre
Cuando á mis fijas casara
Contra la mi voluntad
De mi Jimena y mi casa,»
«Y que por facer la suya
Y cumplir la su palabra,
Yo folgué que se ficiesen
Aquestas bodas amargas.»
«Diréle, como Bermudo
Las falló tan mal paradas,
Y desnudas de las ropas
Que les diera para honrallas.»
«Y si los ojos me dejan
Contar tan malas fazañas,

Diré como las toparon
En el monte aprisionadas:»

«Y pediré que en sus Córtes
Desagravie aquestas canas,
Que el deshonor de mis fijas
Las tienen avergonzadas.»

«Y de tan grande traicion
Faré un reto, una demanda
A los condes, si tuvieren
La faz para sustentarla.»

«Y cobraré mis dos joyas,
Pues están mal empleadas
En poder de dos traidores
Mi Tizona y mi Colada.»

«Y vos, mi amigo Martin,
Quedareys de esta vegada
Como señor de mis tierras
Por mi falta, á governallas.»

«Acudireys á Jimena
A servilla y regalalla:
Tendreys mucha cuenta en esto:
Catad que os dejo en mi casa.»

Toledo había llegado
A Ruy Diaz, que Cid decian,
 A Córtes que el rey Alfonso
 Por amor suyo hacia,
 Para le dar gran derecho
 De la gran alevosía
 Que sus yernos, los infantes
 De Carrion hecho habian.
 En palacios de Galiana
 El rey mandado tenia,
 Que se junten para Córtes
 Todos los que allí vendrian.
 La silla del rey Alfonso,
 Que era hermosa y muy rica,
 Púsose en mejor lugar
 Que en toda la sala habia,
 Al rededor de la cual
 Escaños grandes ponian,

Donde se sentasen todos
 Los que sentarse debian.

El Cid llamó á un escudero,
 Muy fidalgo en demasía;
 Fernando Alfonso ha por nombre,
 El Cid criádole habia.

Mandóle tome su escaño
 Que de Valencia traia,
 Que lo ganara al rey moro
 Cuando en ella lo vencia.

Mandóle que lo pusiese
 Donde el rey tenia su silla:
 Escuderos fijosdalgo

Mandó lleve en compañía,
 Y que guarden el escaño
 Hasta que sea otro dia.

Todos llevan el escaño,
 Que es sutil á maravilla.

Sus espadas á los cuellos,
 ¡O cuán bien que parecian!
 Pusieran el rico escaño
 Donde el Cid mandado habia,

Cubierto de ricos paños
 De oro, seda y pedrería.
 Otro dia de mañana,
 Despues que el rey oyó misa,
 Fuése para los palacios
 Con muy gran caballería;
 Solo el Cid no va con él,
 Que en su posada yacia.

Garci Ordoñez, el buen conde,
 Que al buen Cid muy mal queria,
 Cuando viera aquel escaño,
 Al rey habló de esta guisa:

«Por merced vos pido, rey,
 Oigays lo que vos decia:
 Aquel tálamo que armaron
 Junto de la vuesa silla,

«¿Para cuál novia se armó,
 Pregunto, vendrá vestida
 De aljemias ó alquinales,
 O cómo vendrá guarnida?»

«Mandadlo quitar de allí,
 Porque á vos pertenecia.»

Fernando Alfonso lo oyó,
Y al Conde le respondia:

«Conde, muy mal razonades,
Mucho mal dello os vernia,
Que decides mal de aquel,
Que muy mas que vos valia.»

«No es novia como decis,
Y si decis que mentia,
Las manos yo vos pondré,
Y conocer vos faria»

«Ante el rey que está presente,
Que de lugar descendia,
Que no me podreys negar
No tener vos mejoría.»

Mucho le pesó al buen rey
Y á los que con él venian
De lo que avia pasado;

Mas el Conde Don García,

Como era un hombre sañudo,
El manto al brazo ponía;

Dijo: «dejadme ferir

Al rapaz que tal decia.»

Alfonso cuando lo vido,
 La espada sacado avia,
 Viniérase contra el Conde,
 Diciendo: «Castigaria»

«Las locuras que aveys dicho;
 Mas por el Rey no osaria.»

El Rey los ha despartido,
 Y á los presentes decia:

«Ninguno debe hablar
 Deste escaño que aquí avia,
 Que el Cid lo ganó muy bien
 Como hombre de valia,»

«Y es caballero esforzado
 Y de muy gran valentía,
 Y non ay otro en el mundo
 Que tan bien lo merecia,»

«Como el buen Cid mi vasallo
 De tan alta nombradía;
 Y quanto el Cid es mejor,
 Mas honra á mí me venia.»

«Que cuando ganó el escaño,
 Muchos moros él vencia,

Envióme su presente,
 Por Señor me conocia.»

«Como vasallo leal
 Cumpliera lo que debía:
 Muchos cavallos me dió
 Con moros que los trayan.

«Enviárame mi quinto,
 Lo que á mi pertenecia.
 Nadie non fabla del Cid
 Que segundo non tenia.»

DESPUES que el Cid Campeador
 Pidió derecho del tuerto,
 De que fuesen emplazados
 Los Condes para Toledo,

El rey Don Alfonso el bravo,
 Aquel que con gran denuedo
 Al foradar de la mano
 Tuvo siempre el brazo quedo,

Manda que dentro en tres meses
Paresciesen en Toledo,
O fincasen por traydores
Ellos y el Conde Don Suero,
Y que se fagan las Córtes,
Y se junten á ellas cedo
Sus Grandes y Ricos homes,
Que quiere tomar su acuerdo:

Que si los Condes son nobles,
Alfonso es rey de derecho,
Magüer que el Cid en honor
Es honrado caballero.

Antes de cumplir el plazo
Todos á Córtes vinieron,
Y el Cid trajo en su compañía
Novecientos caballeros.

Salió el rey á recibirlo
A dos leguas de Toledo;
Unos envidiosos callan,
Otros dicen que es esceso.

Palacios de Galiana
Mandó el rey que estén compuestos,

Las paredes de brocado,
Y el suelo de terciopelo.

Junto á la silla del rey
Su escaño del Cid pusieron,
De que mofaban los Condes
Profanando y zahiriendo.

Sentados en Córtes todos,
Fabló el rey á sus porteros:

«Mando vos que callen todos,
Infanzones y Homes buenos.»

«Vos, Cid, metedlos en culpa,
Y ellos defiendan su pleyto,
Librese á vos la justicia
Con que quedeys satisfecho.»

«Seys Alcaldes vos señalo
De mi rastro y mi consejo,
Y que todos ellos juntos
Juren en los evangelios,»

«Que cuydarán de ambas partes
Asaz entender el fecho,
Y entendido juzgarán
Sin pasion, amor, ni miedo.»

Levantóse luego el Cid,
Y sin mas alongamientos
Pide le den sus espadas
Tizona y Colada luego.

El rey miraba á los Condes,
Que respondan atendiendo;
Pero ninguna razon
En su defensa trajeron.

Los jueces mandan las den
Sin ningun detenimiento;
Magüer ovieron temor,
Y entregallas no quisieron.

El rey dijo: «descorteses,
Volvédselas á su dueño,
Que supo mejor ganallas
De los moros de Marruecos.»

Y cobradas sus espadas,
Dos mil marcos de dinero
Les pide, y todas las joyas
Que les dió en los casamientos.

Unánimes los Alcaldes
De comun consentimiento

Los condenan á que paguen
De contado todo el precio.

Comenzó de nuevo el Cid,
Los ojos como de fuego,
Y el rostro como una gualda,
A demandalles el tuerto.

DIGÁDESME, alevos Condes,
¿Qué fallastes en mis fijas,
O cuando á dicha cuydastes
Dueñas de tan alta guisa?»

«¿Por aventura, por ellas
Los fidalgos de Castilla
Qué baldones vos han dado?»

¿En qué vuestro honor vos quitan?»

«Es madre Doña Jimena
De mi Sol y de mi Elvira:
De tal madre ¿qué enseñanzas,
O que fembras de tal vida?»

«En dote vos di con ellas
Los averes que tenia,
Y las mis ricas espadas
Que menos fallo en mi cinta.»

«Yo vos las demando, Condes,
Ante el Rey que ende nos mira,
Porque á Tizona y Colada
No es bien que alevés las ciñan.

«Muy fambrientas las tenedes,
No yantan como solian,
Que siempre pechos cobardes
Dan escasas las feridas.»

«Con todo, vos reto, Infantes,
Por facer mi sangre limpia,
Porque el golpe del agravio
No hay miembro que no lastima.»

«Tenudo soy á facello
Por vuestra honra y la mia,
Que la mancha del honor
Solo con sangre se quita.»

«Dó por ella me afrentastes
Con ser mis fijas queridas,

Que aunque son mi sangre, estaba
En vuestras mugeres mismas.»

«En los robledos de Tórpes
Me las dejastes vertidas;
Pero tras de dueñas tales
Corren varones de estima.»

A los sus yernos el Cid
Tales razones decia,
Levantado de su escaño,
La mano en la barba asida.

EN las Córtes de Toledo
Que el buen Rey Alfonso hacia,
Para dar derecho al Cid,
Que querellado se avia
De los Condes de Carrion,
Sus yernos que ser solian,
Porque á sus buenas mugeres
Deshonrado las avian;

Vuelto le han sus espadas,
Y el aver tambien volvian.
El Cid por grandes traydores
A entrambos retado avia.

Los Infantes no responden
A lo que el buen Cid decia.
El Rey dijo á los Infantes,
Que era lo que respondian.

Diego Gonzalez el uno
Al Rey así le decia:
«Ya, señor, sabeys que somos
De los buenos de Castilla:»

«Dejamos nuelas mugeres,
Porque no nos merecian;
Casar con fijas del Cid
Gran deshonra á nos venia.»

Los del Cid no respondieron,
Que el Cid mandado tenia,
Que si él no lo mandase,
Ninguno hablar debia.

Ordoño, sobrino suyo,
Era el que le respondia:

«Calla tú, Diego Gonzalez,
Que eres de gran cobardía.»

«Muy valiente eres de cuerpo,
Mas esfuerzo no tenias,
Y en esa tu falsa boca
Ninguna verdad avia.»

«Miémbrate cuando en Valencia
En la lid que el Cid facia,
Echaste á fuir de un Moro,
Y el Moro bien te seguia;

«Y yo le salí al encuentro,
Muerto en tierra lo ponía:
Díte su caballo y armas,
Y al Cid entender le hacia»

«Que tú mataste aquel Moro
Que aquel caballo traya:
Yo lo fice por te honrar,
Por casar con la mi prima.»

«Alabábaste tú desto;
Yo lo otorgaba á tu guisa;
Nunca salió de mi boca,
Fasta hoy que lo decia.»

«Y si agora lo publico,
Es por tu gran villanía,
Y sepan cuando en Valencia,
Cuando el Leon que allí avia»

«Se soltó de donde estaba,
Tú por esconderte yvas,
Rompiste tu manto y sayo,
Que cobijado tenias,»

«Por entrar bajo un escaño
Que en el aposento avia.

No digo, como tu hermano,
Que es aquel que me veyá,

«Cayó con muy grande miedo
En parte dó no debia.

Así, señor rey Alfonso,
A tu Alteza yo decia,»

«Que este dia fuera bien
De mostrar su valentía,
No en los robledos de Tórpes,
Dó ferido avian mis primas,»

«Mugeres de tal linaje
Que muy mas que ellos valian;

Y dó si yo ende estuviera,
Cometerlo no osarian.»

«Ficieron como cobardes;
Yo se lo combateria:
No hicieron como buenos,
Como manda la hidalguía.»

«Muy feble es facer tal cosa
Ningun home de valía,
Y poner mano en mugeres
No es de la caballería.
Alevosos yo vos digo,
Como el buen Cid os decia.»

EN las Córtes de Toledo
A dó yace Alfonso el sexto,
El Cid le fabló á Bermudo
Con muy grande sentimiento.

«¿Non fablays vos, Pedro Mudo?
Fablad, que non estays muerto.

¿Non sabedes que mis hijas
Son vuesas primas en deudo;

«Ende mas que su deshonra
Mucha parte os cabe dello?»

Mucho le pesó á Bermudo
De lo que el Cid ha propuesto.

Juntóse con Garci Ordoñez,
Y desde que fué cerca puesto

Le diera tan gran puñada,
Que dió con él en el suelo.

Alborótanse las Cortes,
No queda nadie en su asiento,

Aquí sacan sus espadas,
Allí dicen mil denuestos,

Unos apellidan, *Cabra*,
Otros, *Valencia*, otros, *Reyno*.

El Rey está ardiendo en yra,
Diciendo: «á fuera, tenedlos.»

«Otra vez repito, á fuera,
Sin mas audiencia condeno,

Con acuerdo de mi Corte
Y de mi Real consejo,»

«Por los méritos que fallo
 Y resultan deste pleyto,
 A los Condes de Carrion
 Que lidién conforme al reto,»

«Y que el Cid aya cumplido
 Con dalles tres escuderos,
 Y los que mejor lidiaren,
 Esos salven su derecho.»

Pidieron plazo los Condes
 Para guisar en el fecho,

.

Al cabo de muchos ruegos,
 Pronunciada la sentencia,
 La noche se puso en medío,
 Volvióse el Rey á su alcázar,
 La Corte á su alojamiento.

Al salir de los palacios
 Donde las Cortes se han fecho,
 De Navarra y Aragon
 Al Rey llegan mensajeros:

Cartas le traen de sus Reyes,
 Pidiéndole otorgamiento

De las dos fijas del Cid
Para dos fijos mancebos.

Don Ramiro el de Navarra
Le pide, si bien me acuerdo,
A la mayor Doña Elvira,
Dueña de virtud y arreo.

A la menor Doña Sol
La ha pedido el Rey Don Pedro
Para su fijo Don Sancho,
De Aragon propio heredero.

Partióse á Valencia el Cid,
Ufano, alegre y contento,
Desagraviadas sus fijas,
A guisar los casamientos.

YA se parte de Toledo
Ese buen Cid afamado,
Acabáronse las Cortes
Que allí se avian celebrado.

Aquese buen Rey Alfonso
Muy gran derecho le ha dado
De los sus yernos Infantes
De Carrion, ese Condado.

Don Rodrigo va á Valencia,
Que á los Moros la ha ganado:
Novecientos Caballeros
Llevaba todos fidalgos:

De la rienda le llevaban
A Babiaca el buen caballo.
Despidióse el rey del Cid,
Que lo avia acompañado,

Lejos van uno de otro:
El Cid envió un recado;
Pide por merced al rey
Le aguarde para hablarlo.

El rey aguardaba al Cid,
Como á buen leal vasallo;
Y el Cid le dijo: «Buen rey,
He sido muy mal mirado»

«En llevarme yo en Babiaca
Caballo tan afamado,

Que á vos, señor, pertenece,
Como al mas aventajado.»

«No lo merece ninguno,
Vos sí solo en vuestro cabo.

Y porque veays cual es,
Y si es razon estimarlo,»

«Quiero facer ante vos
Lo que non he acostumbrado,
Sino cuando tuve lides
Con enemigos en campo.»

Cavalgó el buen Cid en él
De piel de armiño arreado,
Firiólo de las espuelas,
Y el rey estaba admirado

En mirar cuan bien lo hacia.
A ambos estaba alabando:
Alababa al que lo rige
De valiente y esforzado,
Y al caballo por mejor
Que no es visto ni hallado.

Con la furia de Babieca
Una rienda se ha quebrado;

Paróse con una sola,
 Como el Cid lo uviera en grado.
 El rey con sus Ricos homes
 De verlo se han espantado.
 Dijeron que nunca oyeron
 Fablar de tan buen caballo.

El Cid le dijo: «Buen rey,
 Suplico os querays tomarlo.»

«No lo tomaré yo, el Cid;»
 El rey por respuesta ha dado.

«Si fuera, buen Cid, el mio,
 Yo vos lo diera de grado,
 Que en vos mejor que en ninguno
 El caballo está empleado.»

«Con él honrades á vos
 Y á nos en extremo grado,
 Y á todos los de mis reynos
 Por vuestos fechos ganados.»

«Mas yo lo tomo por mio,
 Y con vos querays llevarlo;
 Que cuando yo lo quisiere,
 Por mí vos será tomado.»

Despidióse el Cid del rey,
 Las manos le avia besado,
 Y fuese para Valencia,
 Donde le están aguardando.

YA se parte el rey Alfonso,
 De Toledo se partia
 Para yr á Carrion,
 Que los Condes no venian
 A lidiar con los del Cid,
 Que retados los tenian,
 Por la deshonra que hicieron,
 Aleve y gran villanía
 A las fijas del buen Cid
 Doña Sol y Doña Elvira.
 Consigo lleva los seys
 Alcaldes de la porfia.
 Don Remon, yerno del rey,
 Llevaba en su compañía,

Y los que avian de lidiar
 Con los que el aleve hacian.

A Carrion es llegado
 A la vega que ende avia.

Sus tiendas mandaba armar;
 Los Condes á él venian

Con su tio Suer Gonzalez,
 Que la gran traycion urdia:

Traen consigo á sus parientes,
 Muchos son en demasía:

Armados venian todos
 De ricas, fuertes lorigas.

Tienen entre sí acordado,
 Que si tiempo se ofrecia

De matar á los del Cid
 De cualquier manera ó guisa

Antes de entrar en la lid,
 Porque así les convenia.

Los del Cid, que lo han sentido,
 Al rey, «Señor, le decian,

En vuesa mano y merced
 El buen Cid á nos ponía:»

«Por esta, rey, os pedimos
 No consintades que oy dia
 Nos fagan desaguisado,
 Ni tuerto, ni alevosía;»

«Que con la merced de Dios
 El Cid vengado seria;
 Derechos avemos de aquesto,
 Que Dios nos ayudaria.»

«El rey dijo: «Non temays,
 Magüer que yo proveeria.»
 Mandó dar luego un pregon;
 Estas palabras decia:

«Quien tuerto ó desaguisado
 A los del Cid les haria:
 Que la cabeza y los bienes
 Todo allí lo perdería.»

Él los metiera en el campo
 Dó la lid her se tenia;
 Los Infantes y su tio
 Tambien al campo acudian.

Gran compañía traen consigo
 De gente que los seguia:

El rey á muy grandes voces

Estas palabras decia:

«Infantes de Carrion,

Esta lid que herse queria,

En Toledo la quisiera,

Y non en aquesta villa.»

«Dijisteys que guarnimientos

A vos allí fallecian:

Vine al vueso natural

Por faceros cortesía.»

«Los caballeros del Cid

Conmigo yo los traya;

En mi fe y en mi verdad

Ellos sus vidas ponian.»

«Condes, yo vos desengaño

A vos y á vuesa valía;

Non fagades contra ellos

Lo que hacerse non devia;»

«Que aquel que lo tal ficiere,

Ya yo mandado tenia,

En campo lo despedacen,

Sin que nada se les pida.»

A los Condes les pesó
 De lo que el rey les avisa.
 La Colada y la Tizona
 Al rey suplicado avian,
 Que no entrasen en la lid,
 Que era mucha su valía.
 El rey les dijera: «Infantes,
 Facer eso non podría;»
 «Pidiérades lo en Toledo,
 Que aquí ya lugar no avia;
 Meted vos muy buenas armas,
 Que no se os contradiria,»
 «Que crecidos soys de cuerpos,
 Pelead con valentía.»
 En el campo son metidos
 Todos seys como cumplia
 Arredada está la gente,
 Y todos se apercebían.
 Embrazaron los escudos,
 Pónense las capellinas,
 Firiéronse de las lanzas
 Que so los brazos tenían.

A Pero Bermudez luego
 Fernan Gonzalez feria,

Pasóle todo el escudo,
 En la carne no le heria;

Él firió á Fernan Gonzalez
 De una muy grande ferida.

Pasóle de lado á lado:
 La sangre que le salia

Por la boca fuera mucha:
 Y en tierra luego caia

Por las ancas del caballo,
 Asido á la misma silla.

La lanza echara de sí,
 Mano á Tizona ponía.

Dijole á Fernan Gonzalez:
 «Traydor, perderás la vida.»

Él, que conoció la espada
 Que el buen Bermudez tenia,

Temiérase de la muerte:
 Antes que le diera herida

Dijo: «yo vencido soy,
 Y por tal me conocia.»

Martin Antolinez Burgos
 Con el otro está en gran prisa;
 Quebrado avian las lanzas
 Con las espadas reñian.

Antolinez diera un golpe
 Con Colada, espada fina,
 Por cima de la cabeza,
 Que mal ferido lo avia.

Cortárale el guarnimiento
 Y el casco tambien hendia.
 Diego Gonzalez desmaya.
 Cuydó que no escaparia.

Grandes voces da el Infante
 De golpes que recibia:
 Sacólo el caballo fuera
 Del cerco que el rey ponía.

Vencido es como su hermano,
 Y por tal él se tenia.
 Nuño Gusto y Suer Gonzalez
 Se fieren con valentía.

Las lanzas traen muy fuertes,
 Recias son á maravilla:

Gonzalez á Nuño Gustos
El escudo le partia,
Pasólo de parte á parte,
Que el golpe muy recio yva,
Pasóle los guarnimientos,
En la carne no prendia.

Firme estuvo Nuño Gustos,
Que era de grande valía:
Pasárale con la lanza
El escudo que tenia,
Y fuera de las espaldas
El hierro se parecia.

Suer Gonzalez cayó en tierra,
Nuño Gustos le ponía

La su lanza sobre el rostro,
Herirlo otra vez quería.

«No le firades, por Dios,»
Su padre á voces pedia,

«Que mi fijo ya es vencido,
Y creo muerto estaria.»

Nuño Gustos á los fieles
Dijo, si aquello valía.»

«No val nada, respondieron,
Si él propio no lo decia.»

Suer Gonzalez volvió en sí:

«Ya soy vencido,» publica.

Por alevosos el rey

Los tiene desde aquel dia,

Con su tio Suer Gonzalez,

Que el consejo dado avia.

Partiéranse de la tierra,

Que jamas no parecian,

Ni mas alzaron cabeza:

Los del Cid con honra fincan.

Dióles muy grandes averes:

A Valencia se volvian.

Gran compañía les dió el rey,

Muy seguros los envia

Para su señor el Cid,

Pues por tal lo conocian.

DE aquese buen rey Alfonso
Los del Cid se despedian,
Para volverse á sus tierras,
Pues ya vencidos tenian
A los Condes de Carrion,
Por el alevé que hacian.
Llegados son á Valencia,
A dó el buen Cid residia:
Gran placer uvo con ellos,
Muy gran gozo y alegría,
Muy mayor cuando dijeron,
Como el buen rey dado avia
Por alevosos los Condes
Y á Don Suer que los regia.
Hincado se avia de hinojos,
Las manos puestas arriba.
Grandes gracias daba á Dios
Por la victoria que avia

De los malos yernos suyos
Y el tío que los regia:

Y á Doña Jimena Gomez

Desta suerte le decia:

«Jimena, ya soys vengada
De tan grande villanía»

«Como hicieron los Condes

A nos y á las nuevas fijas.»

Cuando sus fijas oyeron

Lo que tanto oyr querian,

Recibieron gran placer,

El mayor que ser podia.

Muy gran loor dan á Dios,

Gracias grandes le rendian,

Porque vengó su deshonra:

Y con los brazos corrian

A abrazar al buen Bermudez

Y á toda su compañía.

Besarles quieren las manos

Del placer que ende tenian.

Muy grandes fiestas hicieron,

Que duraran ocho dias,

Porque Dios les dió venganza
De los que el mal cometian.

HELO, helo por dó viene
El Moro por la calzada,
 Caballero á la gineta
 Encima una yegua baya,
 Borzequines marroquies,
 Espuela de oro calzada,
 Una adarga ante su pecho
 Y en su mano una azagaya.
 Mirando estaba á Valencia
 Como estaba bien cercada:
 «¡O Valencia, ó Valencia!
 De mal fuego seas quemada.»
 «Primero fuyste de Moros
 Que de Cristianos ganada:
 Si la lanza no me miente,
 A Moros serás tornada.»

«A aquel perro de aquel Cid
Prenderlo he por la barba:

Su muger Doña Jimena
Ha de ser mi capturada:

«Su fija Urraca Hernandez
Ha de ser mi enamorada:
Despues de yo harto della,
La entregaré á mi compañã.»

El buen Cid no está muy lejos,
Que todo bien lo escuchaba.

«Venid vos acá, mi hija,
La mi hija Doña Urraca,»

«Dejad las ropas continuas,
Y vestid ropas de pascua.
A aquel moro que aquí viene
Detenédmele en palabras,»

«Mientras yo ensillo á Babieca,
Y me ciño la mi espada.»
La doncella muy hermosa
Se paraba á la ventana.

El Moro desde que la vido,
De esta manera le habla:

«Alá te guarde, señora,
Mi señora Doña Urraca.»

«Así lo haga á vos, señor,
Buena sea vuestra llegada.
Siete años ha, Moro, siete,
Que soy vuestra enamorada.»

»Otros tantos ha, señora,
Que os tengo dentro del alma.»
Ellos estando en aquesto,
Y el buen Cid que se asomara.

«A Dios, á Dios, mi señora,
La mi linda enamorada,
Que del caballo Babieca
Yo bien oygo las patadas:
Dó la yegua pone el pie,
Babieca pone la pata.»

Allí hablara el caballo,
Bien oyreys lo que hablara:
«Rebentar debia la madre
Que su hijo no esperaba.»

Siete vueltas la rodea
Al rededor de una jara;

Mas la yegua era ligera,
Muy adelante pasaba,

Hasta llegar cabe el rio,
Adonde una barca estaba.

El Moro desde que la vido,
De vella bien se holgaba.

Grandes gritos dá al barquero,
Que le allegase la barca.

El barquero es diligente,
Tiénesela aparejada.

Embarcó muy presto en ella,
Que no se detuvo nada.

Estando el Moro embarcado,
El buen Cid que llegó al agua;

Y por ver al Moro en salvo,
De corage rebentaba.

Con la furia que tenia,
Una lanza le arrojara,

Diciendo: «Recoged, yerno,
Recoged aquesta lanza,

Que quizá tiempo verná,
Que os será bien demandada.»

Uny doliente estaba el Cid,
 Dos dias tiene de vida,
 Llamara á Doña Jimena
 Su muger, que bien queria,
 Y á Don Gerónimo Obispo;
 Alvar Fañez ahí venia,
 Y tambien Pero Bermudez
 Y su privado Gil Diaz.

Todos cinco estaban juntos,
 Y el buen Cid así decia:
 «Bien sabeys como el rey Búcar
 Será presto su venida.»

«A me tomar á Valencia,
 Que yo ganada tenia.
 De Moros trae gran poder,
 Muchos reyes lo seguian.»

«Lo primero que fagades,
 Mi alma del cuerpo ida,

Es que lo lavedes bien,
Y que la henchays de la mirra»

«Y bálsamo que el Soldan
A mí enviado me avia:

Untareys la mi cabeza
Y los pies que nada finca.»

«Y vos, hermosa Jimena,
Y la vuesa compañía,
Cuando yo fuere finado,
Non lloreys porque moria.»

«Non fagays duelo ninguno,
Que gran mal dello os vernia,
Que si los moros lo saben,
Y entienden la muerte mia,»

Podreys vos morir con ellos,
Y yo pésar llevaria.

Y cuando Búcar llegare,
Mandarédes aquel dia,»

«Que suban todas las gentes
En los muros con gran grita,
Y que toquen las trompetas,
Mostrando grande alegría;»

«Y cuando partir querays
A ese Reyno de Castilla,
En secreto le direys
A la gente que ende hacia,
«No quede Moro ninguno
Del arrabal de Alcudia.
Cargaréys vuestos averes,
Non finque cosa nascida.»

«Y desque esto fuere fecho,
Babieca se ensillaria,
Fareys lo muy bien armar,
Y pondréys mi cuerpo encima»

«Apuestamente guarnido,
Y ataréysme de tal guisa,
Que non pueda dél caer,
Aunque faga arremetida.

«En la mi mano derecha
Tizona se me ponía,
Y Don Gerónimo Obispo
Al un lado de mí yria,»

«Gil Diaz yrá del otro,
Que el mi caballo guiaria,

Mi primo Pero Bermudez
 Mi seña lleve tendida,»

«Como fasta aquí lo fizo
 En lides que yo vencia.

Vos, Alvar Fañez Minaya,
 Las gentes porneys á guisa,

«Para que lidien con Búcar,
 Que por cierto yo tenia,

Que á él y á sus allegados
 Vuesa gente venceria.»

«Dios me lo tiene otorgado,
 Y ello así se cumpliria.

Cogeredes.
 riquezas avria.»

«Y lo demás que eys de hacer
 Yo vos lo declararia

Cras antes que yo me fine,
 Que mañana ello seria.

Que á nadie non perdona (14)
 Ni al rey ni á sus ricos homes,
 A mí fincado en Valencia,
 Llegó á mi puerta y llamóme.»
 «Y fallándome dispuesto,
 Y con su querer conforme,
 Fago así mi testamento
 Y mi voluntad al postre.»
 «Yo Rodrigo de Vivar,
 Llamado tambien por nombre
 El Cid bravo Campeador
 En las moriscas naciones,»
 «El alma encomiendo á Dios
 Que en su reyno la coloque,
 Y el cuerpo fecho de tierra
 Mando á su centro se torne.»
 «Y despues que sea finado,
 Con los untos de los potes

Que me endonó el rey de Persia
Le unten, compongan y adornen,»

«Y puesto en somo Babieca
Tras de la enseña y pendone,
Le enseñedes al Rey Búcar
Y á todos sus valedores.»

«Y mando que á mi Babieca
Dó le sotierren, afonden,
No coman canes caballo
Que carne de canes rompe.»

«Y para facerme exequias
Se junten los dias catorce
Los de mi pan y mi mesa
Los buenos conqueridores.»

«Y á la santa cofradía
Del rico Lázaro pobre
Mando el prado de Vivar
Ende, aquende y su quiñone.»

«Item, mando que no alquilen
Plañideras que me lloren;
Bastan las de mi Jimena,
Sin que otras lágrimas compren.»

«Y en San Pedro de Cardaña,
 Junto al Santo pescadore,
 Me fabriquen un fosal
 Con su túmulo de bronce.»

«Item, mando que al judío
 Que engañé, estando tan pobre,
 Lo que pesare de arena
 Le den de plata otro cofre.»

«Y á Gil Diaz, tornadizo,
 Que de moro á Dios volviöse,
 Le mando mis femolarias,
 Mis corazas y quijotes.»

«Y el noble rey Don Alfonso,
 Y el buen obispo Don Lope,
 Con mi sobrino Antolinez
 Sean encabezadores.»

Y lo demas de mi aver
 Se reparta entre los pobres,
 Que son entre el alma y Dios
 Padrinos y valedores.

EN Valencia estaba el Cid
 Doliente del mal postrero,
 Que agravios en pechos nobles
 Pueden mucho mas que el tiempo.

A su cabecera tiene
 Religiosos y homes buenos,
 Y en torno de su persona
 Sus amigos y sus deudos;
 Cuyo semblante mirando
 De dolor y cuita lleno,
 Con tan sesudas razones
 Así conforta su duelo:

«Bien sé, mis buenos amigos,
 Que en tan duro apartamiento
 No hay causa para alegraros,
 Y hay mucha para doleros;»

«Pero mostrad mi enseñanza
 Contra los adversos tiempos;

Que vencer á la fortuna
Es mas que vencer mil reinos.»

«Mortal me parió mi madre,
Y pues puedo morir luego,
Lo que el cielo os dió de gracia,
No lo pidays de derecho.»

«No muero en tierras estrañas,
Que en mis propias tierras muero;
Cuanto y mas que siendo tierra,
Es propia heredad de muertos.»

«No siento el verme morir,
Que si esta vida es destierro,
Los que á la muerte guiamos,
A nuestra patria volvemos.»

«Tan solo llevo en el alma
Que en poder de un rey vos dejo,
En quien vos podrá empecer
Ser mios ó ser ya vuestos.»

«Que trate bien mis soldados,
Pues le defienden sus reinos,
Y crea á piernas quebradas
Mas que á sanos consejeros.»

«Que traiga siempre en balanza
 El castigo con el premio
 Que es la lealtad en vasallos
 Virtud parte, parte miedo.»

«Que estime un noble leal
 Mas que muchos falagüenos:
 Que de muchos homes malos
 No puede hacerse un bueno.»

«Y á quien menester uviere,
 Nunca le faga denuestos,
 Ni pague servicios propios
 Por pareceres agenos.»

«Y non fablo de agraviado,
 Que antes le quedo debiendo;
 Que las sinrazones tuyas
 Fueron mis merecimientos.»

En esto entraba Jimena,
 Cuyo desamparo viendo,
 Ellos enjugan sus ojos,
 Y el Cid dejó el parlamento.

MIENTRAS se apresta Jimena (15)
Con algunos de los suyos
Para partir de Valencia
Con el silencio nocturno;
Y los nobles castellanos
Mas valerosos que muchos
Con fingidas alegrías
Velan los sobervios muros;
Alvar Fañez de Minaya,
Don Ordoño y Don Bermudo
Para la batalla aprestan
Del Cid el cuerpo difunto.
No le visten la loriga
Que él en las sus lides trujo,
Por cumplir lo que mandó
En su postrimero punto.
De pergamino pintado
Le ponen yelmo y escudo

Y en medio de dos tablones
El embalsamado bulto.

Y de un cendal claro verde
Vestido un tabardo justo,
Al pecho su roja insignia
Honor y asombro del mundo.

Unas calzas de colores
Guarnecidas de dibujo,
En lienzo crudo pintadas,
Y ellas son de lienzo crudo.

El derecho brazo alzado,
Al menos cuanto se pudo,
En la mano su Tizona,
El limpio hierro desnudo.

De esta guisa le aprestaron,
Y cuando aprestado estuvo,
Pavor les dió de miralle,
Tal se muestra de sañudo.

Trujeron pues á Babiaca,
Y en mirándole se puso
Tan triste, como si fuera
Mas razonable que bruto.

Atáronle á los arzones
 Fuertemente por los muslos,
 Y los piés á los estribos
 Porque fuese mas seguro.

Y á la lumbre del luzero,
 Que por verle se detuvo,
 Con su capitan sin alma
 Salieron al campo juntos;

Donde vencieron á Búcar,
 Solo porque á Dios le plugo;
 Y acabando la batalla,
 El sol acabó su curso.

95

VENCIDO queda el rey Búcar
 Con todos sus allegados
 De la campaña del Cid
 En el campo valenciano.

Para Castilla caminan;
 El buen Cid yva finado;

Caballero va en Babieca
 Con los suyos á su lado,
 No llevaba armas ningunas,
 Sino sobre sí unos paños.
 Los que no saben su muerte,
 Por vivo le habian juzgado,
 Cada vez que hacen jornada
 Quitábanle de á caballo:
 Quedaba yerto y derecho
 En la silla cavalgando,
 La buena Jimena Gomez
 Su mensaje avia enviado
 A los parientes del Cid,
 Para que vengan á honrallo,
 Y tambien á sus dos yernos,
 Que eran reyes coronados,
 Entanto que ellos venian,
 Alvar Fañez ha hablado,
 Que pongan el cuerpo muerto
 En ataud y tapado,
 Con púrpura lo cubriesen
 Con clavos de oro enclavado.

No quiso Doña Jimena;
Mas desta suerte ha hablado:

«El Cid tiene el rostro hermoso,
Los ojos muy aseados:»

«Mientras está desta suerte,
No hay para que sea mudado,
Que mis yernos folgarán,
Y mis hijas en su cabo,»

«Verlo como agora está,
Que non su cuerpo enterrado.»

Todos uvieron por bien
Lo que Jimena ha ordenado.

Don Sancho y tambien Garcia
Están al Cid aguardando,

A media legua de Osma
Todos se habian juntado.

Ese buen rey de Aragon
Caballeros tiene armados;

Al reves traen los escudos
De los arzones colgados,

Las capas traian prietas,
Muy grande dolor mostrando;

Las capillas traen hendidas
Segun uso castellano.

Doña Sol y las sus dueñas
Estameña han cobijado.

Gran duelo querian facer,
Mas su madre lo ha vedado;

Que así lo mandó el buen Cid
Y lo dejara mandado.

El rey y la su muger
Al buen Cid avian llegado.

Ambos las manos le besan,
De lo ver se han espantado;

No se semejaba muerto,
Sino vivo y muy honrado.

Muchos vienen á lo ver
De Castilla ese reynado:

Tambien vino Don García,
Rey de ese reyno navarro.

Consigo trae su muger,
Fija del buen Cid loado,

Las manos besan al Cid,
Muchas lágrimas llorando.

Todos van para San Pedro,
Porque allí han de enterrarlo;
Aquese buen rey Alfonso,
Que ha sabido lo pasado,
De Toledo se partiera,
Y á San Pedro avia llegado;
Saliéronle á recibir
Los del Cid emparentados.

Mucha honra fizo el rey
Al cuerpo del Cid honrado;
Mandó que no se enterrase,
Si non que el cuerpo arreado
Se ponga junto al altar
Y á Tizona en la su mano;
Así estuvo mucho tiempo,
Que fueron mas de diez años.

EN San Pedro de Cardaña (16)
 Está el Cid embalsamado,
 El vencedor no vencido
 De Moros ni de Cristianos.

Por mando del rey Alfonso
 En su escaño está asentado,
 En noble y fuerte persona
 De vestidos arreado.

Descubierto tiene el rostro
 De gran gravedad dotado,
 Su barba blanca crecida
 Como de hombre estimado.

La buena espada Tizona
 Puesta la tiene á su lado;
 No parece que está muerto,
 Sino vivo y muy honrado.

Siete años estuvo así,
 Como está ya razonado.

Por su alma, que esté en gloria,
Fiesta facen cada año.

Y á ver su cuerpo tan bueno,
Mucha gente se ha llegado,
Fuera de donde está el Cid,
La fiesta se hizo un año:

Su cuerpo quedaba solo,
Ninguno lo acompañando,
Estando desta manera
Un judío avia llegado.

Cuydando estaba entre sí,
Desta suerte razonando:

«Este es el cuerpo del Cid
Por todos tan alabado;

«Y dicen que en la su vida
Nadie á su barba ha llegado,
Quiero agora asirle de ella,
Y tomarla en la mi mano;»

«Que pues él yace aquí muerto,
Por él non será excusado.

Yo quiero ver que fará,
Si me pondrá algun espanto.»

Tendió la mano el judío,
 Por facer lo que ha pensado;
 Y antes que á la barba llegue,
 El buen Cid se avia empuñado

En la su espada Tizona,
 Y un palmo la avia sacado.
 El judío que lo vido,
 Muy gran pavor ha cobrado:

Tendido cayó de espaldas,
 Amortecido de espanto.
 Halláronlo así caido
 Los que en la Iglesia han entrado.

Agua le echan en el rostro,
 Para facerlo acordado,
 Y vuelto que fuera en sí,
 Todos le avian preguntado,
 Qué cosa fuera la causa
 De verlo tan mal parado.
 Él luego les declaró
 La verdad de lo pasado.

Todos dan gracias á Dios
 Por el milagro contado,

En se acordar de su siervo.
 No quiso fuese ensuciado
 Por mano de aquel judío,
 Que tan mal lo avia pensado.
 Cristiano se volvió luego:
 Diego Gil fuera llamado.
 Fincó en servicio de Dios
 En San Pedro ya nombrado,
 Y en él acabó sus dias,
 Como cualquier buen cristiano.

FIESTA ANTIGUA DE TOROS EN MADRID.

MADRID, castillo famoso (17)
 Que al Rey moro alivia el miedo,
 Arde en fiestas en su coso
 Por ser el natal dichoso
 De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
 De la hermosa Zaida amante,
 Las ordena celebrar
 Por si la puede ablandar
 El corazon de diamante.

Pasó vencida á sus ruegos
 Desde Avaraca á Madrid;
 Hubo pandorgas y fuegos,
 Con otros nocturnos juegos
 Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
 En las cifras y libreas
 Mostraron los amadores
 Y en pendones y en preseas
 La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
 De toda la cercanía,
 Y de lejos muchas de ellas,
 Las mas apuestas doncellas
 Que España entonces tenia.

El ancho circo se llena
 De multitud clamorosa

Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afuligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafiles y atabales
Con militar armonía
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros
Junto al puente que se llama
Por sus peces de Viveros,

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel dia;
Y en la fiesta que gozó
La popular alegría

Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril

Y á Tarfe tiró por tierra

Y luego á Benalguacil;

Despues con Hamete cierra

El temeron de Conil.

Traia un ancho liston

Con uno y otro matiz,

Hecho un lazo por airon

Sobre la enhiesta cerviz

Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia

Ofrecerle vencedor

A la dama que servia:

Por eso perdió Almanzor

El potro que mas queria.

El alcaide, muy zambrero,

De Guadalajara, huyó

Mal herido al golpe fiero:

Y desde un caballo overo

El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,

Que aunque tres toros ha muerto
No se quiere aventurar,
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas, viendo se culparia,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometia;
Y sin que el rejon le plante
Le mató una yegua pía .

Otra monta acelerado:
La embiste el toro de un vuelo
Cogiéndole entablezado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrára,
El circo desocupando,
Y emplazándose se para
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir,
La plebe grita indignada
Las damas se quieren ir

Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,
Y está en medio el toro fijo,
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega
Hincó la rodilla, y dijo:

Sobre un caballo alazano
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear un toro
Un caballero cristiano.

Mucho le pesa á Aliatar,
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar,
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
 Belfo labio, juveniles
 Alientos, inquieto ardor,
 En el florido verdor
 De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
 Por donde el almete sube:
 Cual mirarse tal vez deja
 Del sol la ardiente madeja
 Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follages,
 De una cristiana primores,
 Por los visos y celages
 En el yelmo los plumages
 Vergel de diversas flores,

En la cuja gruesa lanza
 Con recamado pendon,
 Y una cifra á ver se alcanza
 Que es de desesperacion,
 O á lo menos de venganza.

En el arzon de la silla
 Ancho escudo reverbera

Con blasones de Castilla,
 Y el mote dice á la orilla,
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan
 El bruto mas generoso,
 De mas gallardo ademan,
 Cabos negros y brioso,
 Muy tostado y alazan:

Larga cola recogida
 En las piernas descarnadas,
 Cabeza pequeña, erguida,
 Las narices dilatadas,
 Vista feroz y encendida,

Nunca en el ancho rodeo
 Que da Bétis con tal fruto,
 Pudo fingir el deseo
 Mas bella estampa de bruto
 Ni mas hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor:
 Los ojos que le veian
 Lleva prendados de amor:
 Alá te salve, decian,

Déte el Profeta favor.

Causaba lástima y grima
 Su tierna edad floreciente:
 Todos quieren que se exima
 Del riesgo, y él solamente
 Ni se precia, ni se estima.

Las doncellas al pasar
 Hacen de ambar y alcanfor
 Pebeteros exhalar,
 Vertiendo pomos de olor,
 De jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para
 Y de mas cerca le mira
 La cristiana esclava Aldara,
 Con su señora se encara
 Y asi la dice y suspira:

Señora, sueños no son:
 Asi los cielos vencidos
 De mi ruego y afliccion,
 Acerquen á mis oidos
 Las campanas de Leon,
 Como ese doncel que ufano

Tanto asombro viene á dar
 A todo el pueblo africano,
 Es Rodrigo de Vivar
 El soberbio castellano.

Sin descubrirle quien es
 La Zayda desde una almena
 Le habló una noche cortés;
 Por donde se abrió despues
 El cubo de la Almudena.

Y supo que fugitivo
 De la corte de Fernando
 El cristiano, á penas vivo,
 Está á Jimena adorando
 Y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
 Con frecuentes correrías
 Y todo en torno la cerca:
 Observa sus saetías,
 Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido:
 Que en medio de aclamaciones
 El caballo ha detenido

Delante de sus balcones
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pie
Y sus doncellas detras:
El alcaide que lo vé,
Enfurecido ademas,
Muestra cuan celoso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro
Marcha al combate cruel,
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió:
Detras de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada:
Segunda vez acomete
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:
El suelo huele y le moja
Con ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La oreja diestra mosquea,

Vase retirando atras,
Para que la fuerza sea
Mayor y el ímpetu mas.

El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuanto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja estrago haciendo;

Ni llama así fulminante
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza

Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
 Que en tal instante se oyó,
 Fué tanta, que parecía
 Que honda mina rebentó,
 Ó el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba
 Rodrigo, el lazo alcanzó
 Con que el toro se adornaba:
 En la lanza le clavó
 Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos
 Le alarga á Zaida diciendo:
 Sultana, aunque bien entiendo
 Ser favores excesivos,
 Mi corto don admitiendo,

Si no os dignáredes ser
 Con él benigno, advertid
 Que á mí me basta saber
 Que no le debo ofrecer
 A otra persona en Madrid.

Ella, el rostro placentero,

Dijo y turbada: Señor,
 Yo le admito y le venero,
 Por conservar el favor
 De tan gentil caballero.

Y besando el rico don
 Para agradar al doncel,
 Le prende con afición
 Al lado del corazón
 Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
 De envidia ardiendo se vé,
 Y trémulo y amarillo
 Sobre un tremecen rosillo
 Lozaneando se fué.

Y en ronca voz, castellano,
 Le dice, con mas decoros
 Suelo yo dar de mi mano,
 Si no penachos de toros,
 Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
 Cual vienes de fiesta y gala,
 Vieras que en toda la tierra

Al valor que dentro encierra
 Madrid, ninguno se iguala.

Así, dijo el de Vivar,
 Respondo: y la lanza al ristre
 Pone y espera á Aliatar:
 Mas sin que nadie administre
 Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos
 Su muerte ó prision pedia,
 Cuando se oyó en los distritos
 Del monte de Leganitos
 Del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto
 Tercio escogido emboscó,
 Que viendo como tardó,
 Se acerca, oyó el alboroto
 Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
 Por la puerta á su señor,
 Y Zaida á le despedir,
 Iban la fuerza á embestir;
 Tal era ya su furor.

El alcaide recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando;
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

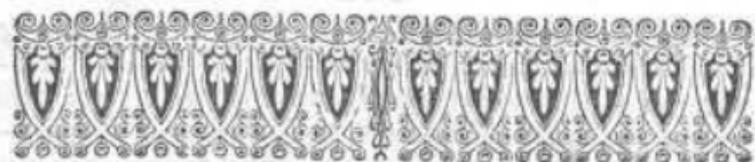
Y es fama que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada,
Hasta que gane á Madrid.



El acide recordando
 Que en Madrid tenga partido;
 Se temió disimulando;
 Y por el parage florido
 Salio con él trayendolo
 Y es lamapara á la bajada
 Juró por la cruz el Cid
 De su vencedora espada
 De no quitar la espada
 Hasta que gané á Madrid.
 De la Cruz de San Pedro
 De la Cruz de San Pedro



De la Cruz de San Pedro
 De la Cruz de San Pedro



NOTAS

DE

DEPPING.



(1) *En la historia del Cid hay otro romance que principia :*

De Rodrigo de Vivar
Muy grande fama corria , etc.

En el cual doña Jimena pide al Cid por marido:

...aquesse Don Rodrigo
Por marido yo os pedia.

Si bien dicho paso es del todo improbable.

(2) *Los muchos retruécanos de este romance prueban que no es de los antiguos. En la historia del Cid se echa absolutamente de ménos este romance, que solamente se halla en el romancero. Uno hay en la historia, muy semejante que empieza :*

A Jimena y á Rodrigo
Prendó el rey palabra y mano
De juntarlos para en uno
En presencia de Layn Calvo, etc.

En el cual se describe á retazos como en este la dote de la novia.

(3) *Este romance falta tambien en la historia del Cid. Es pieza muy notable por la descripcion que contiene de los usos de aquel tiempo, los que en efecto corresponden exactamente á la simplicidad desaliñada de los siglos medios.*

(4) *La prolijidad y estension de esta carta, parecen un indicio de que algun autor mas moderno ha ejercitado en ella su talento.*

(5) *El principio de esta poética carta es muy precioso y conforme al espíritu de los siglos medios: pero al fin de ella se encuentran ya frases que indican una época mas reciente. El papel en que se supone que escribió el rey no podia aun estar en uso en aquella edad, y esto ya es bastante para que se infiera que este romance no puede ser muy antiguo.*

(6) *El viaje del Cid á Roma es una evidente ficcion; pero debe haber lisongeado mucho á la arrogancia castellana la accion de un valiente caballero de su nacion que osaba derribar la silla del rey de Francia, porque estaba en lugar mas elevado que la del rey de Castilla. Es tambien un bello rasgo del carácter del Cid la entereza con que, aun despues de aquel hecho, exigió la absolucion del papa, amenazándole de lo contrario con que lo pasaria mal. Don Quijote alude á esta accion caballeresca del Cid en el cap. 19. Part. I., cuando fué amenazado tambien con excomunion por haber atacado á los clérigos que conducian un cuerpo muerto. Don Quijote es de opinion que la excomunion del Papa en nada disminuyó la fama y grande reputacion del Cid. «Y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.»*

(7) *Este juramento es una señal característica de la historia de aquel tiempo, y prueba el disgusto y abominacion con que se miraban los asesinatos, particularmente cuando era parte en ellos un rey. En este romance resplandece la libertad que entónces reinaba eu aquel pais, y los muchos romances á que dió lugar el asunto de este juramento dan á entender tambien cuanto agradaban á la nacion los sentimientos que en él se espresan. Cuatro son los romances de este asunto que se incluyen en esta coleccion, y en la historia del Cid hay otro que empieza asi:*

Hizo hacer al rey Alfonso
 El Cid un solemne juro
 Delante de muchos grandes
 Que se hallaron en Búrgos, etc.

(8) *Una baladronada como esta del Cid, que rehúsa besar la mano al rey, porque su padre la había besado, es tan improbable como absurda. No es menos inverosímil, ó por mejor decir, ficticio, el hecho de su destierro, que se supone como una consecuencia de su brusca y atrevida alocución. Las tres estrofas, que tan minuciosamente describen varias particularidades del traje de los asturianos, son sin duda de diverso poeta.*

(9) *Las siete últimas estrofas de este romance no se hallan en la historia del Cid, y si solo en el Romancero.*

(10) *Son dignas de observarse en este romance las condiciones que el Cid impuso al rey para entrar otra vez en su servicio, á saber: que se concedería á los vasallos el espacio de treinta días para dejar el país, en caso que cometiesen algún crimen; que el rey jamás tendría derecho para desterrarlos, sin oír sus defensas; que nunca derogaría sus fueros, ni les impondría contribuciones arbitrarias; y que no cumpliendo sus promesas, ellos podrían insurreccionarse contra él. Semejante pacto entre el rey y los súb-*

ditos es muy conforme al carácter altamente orgulloso de los castellanos, y por ello es muy probable que se verificase tal pacto entre Alfonso y el Cid; aunque pudiera ser invencion de los poetas, deseosos de inspirar á sus lectores la mas alta idea del Cid.

(11) *Es de presumir que los poetas habrán añadido á la historia de la vida del Cid la de esta improbable embajada. Quizás daría lugar á ello la de algun insignificante rey de los moros.*

(12) *En la historia del Cid hay otro romance sobre el mismo asunto, que principia con la siguiente estrofa:*

En batalla temerosa
Andaba el Cid castellano,
Con Bucar, ese rey moro
Que contra él ha llegado, etc.

(13) *En la historia del Cid se encuentra otro romance sobre el mismo asunto, que empieza de esta manera:*

Años hace, rey Alfonso,

Pero es de tan poca importancia que no merece insertarse aquí. El que va puesto en esta coleccion se encuentra tambien en aquella, con muchas pequeñas variaciones y trasportaciones de las estrofas.

(14) *Parte de este romance podia haberse omitido, porque casi es una repeticion del antecedente.*

(15) *En otro romance de la historia del Cid se describe mas menudamente esta victoria, conseguida sobre los Moros con la presencia del cadáver del héroe. Empieza de este modo:*

Muerto yace ese buen Cid
Que de Vivar se llamaba.
Gil Diaz su buen criado
Cumpliera lo que él mandaba.

Y de la destruccion de los Moros se dice :

El rey Búcar y sus reyes
El campo desamparaban;
Camino van de la mar,
Dó los navios estaban.
Los del Cid los van firiendo,
Ninguno á vida escapaba.
En la mar se anegan muchos
Mas de diez mil se anegaban,
Que con la priesa que traen,
Todos juntos no embarcaban.
De los reyes mueren veynte;
Búcar huyendo se escapa;
Los del Cid ganan las tiendas
Con mucho oro y mucha plata.
El mas pobre queda rico
De lo que endé ganaban.

Caminan para Castilla,
Como el buen Cid ordenaba.

Llegados son á san Pedro
Dó Cardena se nombraba,
Dó quedó el cuerpo del Cid,
Al que España tanto honraba.

(16) *Aquí finaliza la larga serie de romances del Cid. Todos los libros biográficos y leyendas de las vidas de los héroes de aquella edad terminan con la relacion de algun hecho portentoso, que se presenta como consecuencia de las grandes y extraordinarias hazañas: y en la del Cid, la última accion heroica de su espada fué la conversion de un judio. La historia del Cid ocupa casi todo el siglo undécimo.*

(17) *Este romance, aunque escrito en nuestros tiempos, pertenece al mismo género que los antiguos y se refiere á un hecho de que ningun autor ha mencionado mas que D. Nicolas Fernandez Moratin. La celebridad de este autor y la novedad de su pensamiento, tan hábilmente desarrollado, nos han sugerido la idea de aumentar nuestra coleccion con una pieza tan selecta.*



ÍNDICE.

Romances.

Primer verso de cada uno.

PÁGINAS.

-
- | | | |
|----|---------------------------------|----|
| 1 | Cuidando Diego Laynez..... | 7 |
| 2 | Pensativo estaba el Cid..... | 11 |
| 3 | Non es de sesudos homes ... | 13 |
| 4 | Llorando Diego Laynez..... | 16 |
| 5 | Grande rumor se levanta... .. | 19 |
| 6 | Cabalga Diego Laynez..... | 21 |
| 7 | Reyes moros en Castilla.... | 25 |
| 8 | Sentado está el señor rey... .. | 28 |
| 9 | En Búrgos está el buen rey. | 30 |
| 10 | Delante el rey de Leon..... | 33 |
| 11 | Domingo por la mañana | 35 |
| 12 | A su palacio de Búrgos..... | 38 |
| 13 | Celebradas ya las bodas..... | 40 |

14	Cercada tiene á Coymbra....	45
15	Al arma, al arma sonaban..	49
16	La silla del buen San Pedro.	51
17	En Zamora está Rodrigo....	57
18	En los solares de Búrgos....	59
19	Pidiendo á las diez del dia..	64
20	Salió á misa de parida.....	68
21	La noble Jimena Gomez.....	72
22	Doliente se siente el rey.....	74
23	Acababa el rey Fernando... ..	75
24	Atento escucha las quejas... ..	77
25	El hijo de Arias Gonzalo... ..	81
26	A concilio dentro en Roma. . .	84
27	El rey Don Sancho reinaba. . .	86
28	Don Sancho reina en Castilla. .	91
29	Llegado es el rey D. Sancho. . .	95
30	Por aquel postigo viejo... ..	97
31	Despues del lamento triste. . .	99
32	Afuera, afuera, Rodrigo... ..	101
33	Entrado ha el Cid en Zamora. .	103
34	El Cid fué para su tierra... ..	106
35	Ribera de Duero arriba... ..	108

- 36 De Zamora sale Dolfos 113
 37 Con el cuerpo que agoniza.. 118
 38 Muerto yace el rey D. Sancho. 121
 39 Despues que Vellido Dolfos. 124
 40 Ante los nobles y el vulgo... 127
 41 Despues que retó á Zamora. 133
 42 En Toledo estaba Alfonso .. 137
 43 Por la muerte que le dieron. 141
 44 Hincad ende mas sesudo... 143
 45 En santa Gadea de Búrgos.. 145
 46 Ese buen Cid campeador... 149
 47 Grande saña cobró Alfonso. 152
 48 De palacio sale el Cid..... 154
 49 Mentirosos adalides..... 157
 50 Don Rodrigo de Vivar..... 160
 51 Ese buen Cid campeador... 163
 52 Por mando del rey Alfonso. 166
 53 Ya que acabó la vigilia..... 169
 54 Victorioso vuelve el Cid..... 173
 55 Ese buen Cid campeador... 175
 56 Cercada tiene á Valencia... 177
 57 A solas le reprehende... 180

58	Corrido Martin Pelaez.....	182
59	Aqueste famoso Cid	185
60	Ya se salen de Valencia.....	190
61	Adofir de Mudafar.....	193
62	Ceñid los membrudos brazos.	195
63	Fablando estaba en el claustro	199
64	Llegó la fama del Cid.....	203
65	No me culpes si yo he fecho.	206
66	Considerando los condes	208
67	Acabado de yantar.....	213
68	Si de mortales feridas.....	217
69	La venida del rey Bucar.....	219
70	Tirad, fidalgos, tirad	223
71	Encontrádose ha el buen Cid.	225
72	De concierto están los condes.	227
73	No con poco sentimiento....	235
74	Atended á la mi fabla.....	238
75	Elvira, suelta el puñal.....	239
76	Medio dia era por filo.....	242
77	Lloraba Doña Jimena.....	246
78	Asida está del estribo.....	247
79	Despues que una fiesta hizo.	250

80	Tres cortes armara el rey....	252
81	Idos vos, Martin Pelaez.....	254
82	A Toledo habia llegado.....	256
83	Despues que el Cid campeador	261
84	Digádesme, alevos Condes...	263
85	En las Cortes de Toledo.....	267
86	En las Córtes de Toledo.....	271
87	Ya se parte de Toledo.....	274
88	Ya se parte el rey Alfonso..	278
89	De aquese buen rey Alfonso.	287
90	Helo, helo por dó viene.....	289
91	Muy doliente estaba el Cid..	293
92	La que á nadie non perdona.	297
93	En Valencia estaba el Cid...	300
94	Mientras se apresta Jimena.	303
95	Vencido queda el rey Búcar.	305
96	En San Pedro de Cardeña...	310
97	Madrid, castillo famoso.....	313



80	Tres cortes armara el rey....	282
81	Idos vos, Martin Palenx....	284
82	A Toledo había llegado....	286
83	Después que el Cid campador	261
84	Digásemos, a los Condes...	266
85	En las Cortes de Toledo....	267
86	En las Cortes de Toledo....	271
87	Ya se parte de Toledo....	274
88	Ya se parte el rey Alfonso..	278
89	De apuroe buen rey Alfonso.	287
90	Helo, belo por do vino....	289
91	Muy doliente estaba el Cid..	293
92	La que a nadie non perdona..	297
93	En Valencia estaba el Cid...	300
94	Mientras se espanta Jimena:	303
95	Yendo a pecha el rey Búcar.	305
96	En San Pedro de Carbón...	310
97	Madrid, castillo famoso....	313

LOS MOSQUETEROS.

TERCERA PARTE.

EL VIZCONDE DE BRAGELONNE.

novela de Alejandro Dumas,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

por

don Diego Bravo y Destouet.

TOMO XVIII.

MADRID.

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE DON RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA, Editor,
CALLE DE S. CIPRIANO, NUM. 3.**

1849.

LOS MONTAÑES

TRADUCIDA AL CASTELLANO

EL VISCONDE DE BRAGANZA

TRADUCIDA AL CASTELLANO

San Diego de Acuña y Balmori

Y TOMO II

MADRID

LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA





95

5710